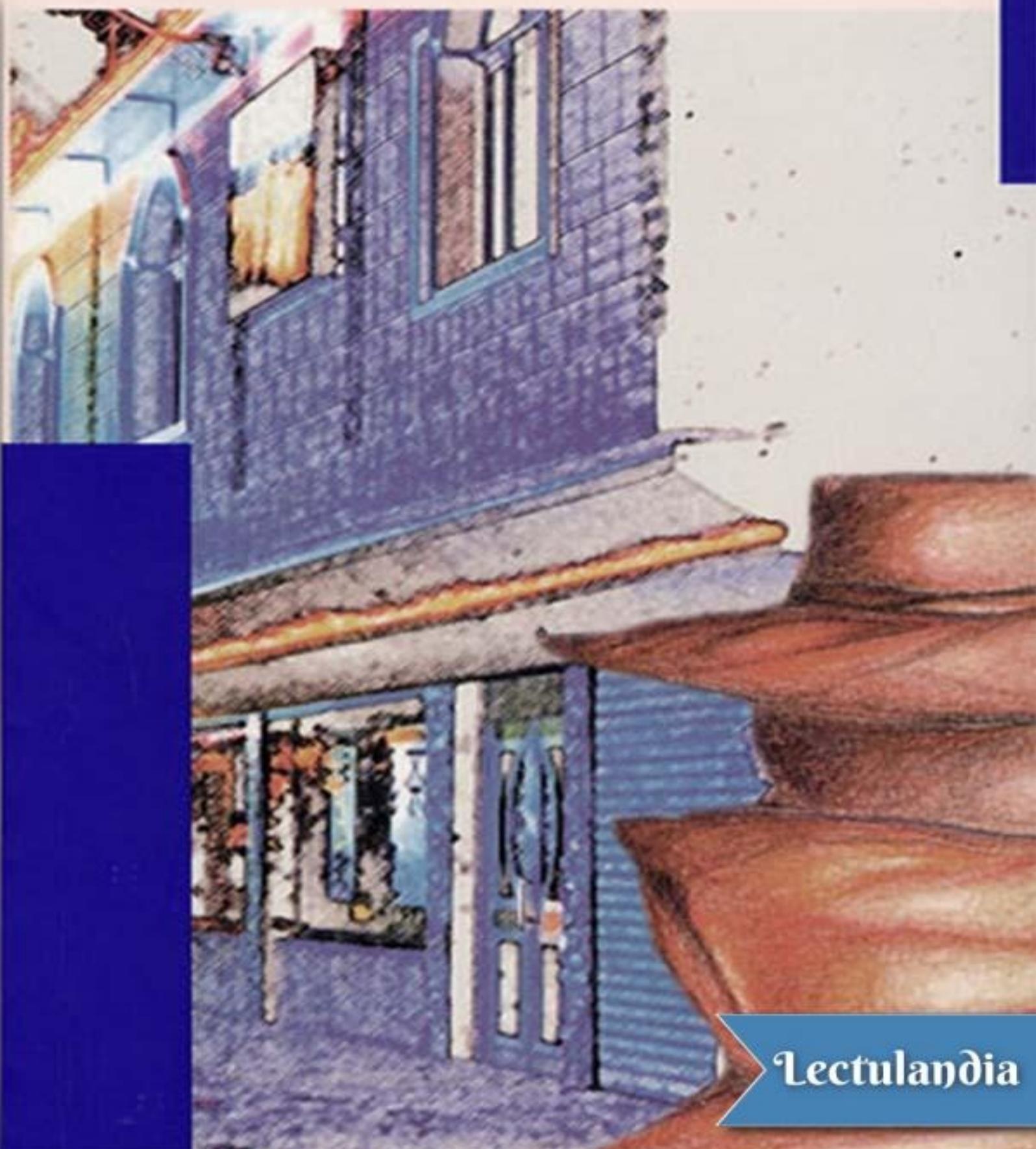


RAMÓN DÍAZ ETEROVIC

El hombre que pregunta



Lectulandia

Heredia es contratado para investigar las extrañas circunstancias que rodean la muerte de Francisco Ritter, un renombrado crítico literario. La versión policial dice que su muerte se debió a un accidente, pero su vecina y antigua amante, Berta Zamudio, piensa otra cosa y por eso recurre a los servicios del detective. La novela de Díaz Eterovic entrega una notable galería de personajes. A ellos se añade la descripción de diversos ambientes bohemios de la ciudad de Santiago en un estilo que se caracteriza por su ironía y humor.

Lectulandia

Ramón Díaz Eterovic

El hombre que pregunta

Detective Heredia - 8

ePub r1.0

Titivillus 15.01.2017

Título original: *El hombre que pregunta*

Ramón Díaz Eterovic, 2002

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*«He pasado la vida preguntando
y me olvidé cómo se responde».*

Oswaldo Soriano.

A
*Luis Aravena Azóra
por su amistad y entusiasmo
desde los poemas escritos
en nuestra época de universitarios.*

A
*Diego Muñoz Valenzuela
con la amistad de tantos año
de sueños y aventuras literarias.*

A
*José Orlando Paredes
por su amistad Sinfronteras
que acogió la primera
aventura de Heredia.*

PRIMERA PARTE

1

«... el impulso de la caída aumentó la gravitación y la enorme roca, empujada por las otras que cayeron sobre ella, enterró a Porthos en un sepulcro de piedras rotas». Detuve la lectura en ese punto y maldije al viejo Dumas que, en la gruta de Locmaría, dejaba morir al valeroso Porthos, solo y achacoso, lejos de Aramis, Athos y D'Artagnan, sus compañeros de aventuras. No era la primera vez que leía «El vizconde de Bragelonne». Conocía el final de la historia desde mis primeras lecturas, cuando guiado por la intuición y cierto sentimiento de desamparo recurría a la pequeña biblioteca del orfanato donde sobrevivían a la humedad y el polvo, unos añosos volúmenes de tapas amarillas con las historias de Dumas, Salgari y Rafael Sabatini. Sentí que una lágrima se escurría por mi mejilla derecha y sin asumir la imprevista huella de la pena, culpé al cigarrillo que fumaba en esa tarde de invierno, mientras afuera, un temporal ahuyentaba a los pocos transeúntes y convertía las calles del barrio en caóticos ríos urbanos.

No hay perdón para quien deja morir a sus héroes, le dije a mi gato Simenon, recién despertado de su siesta. No es posible, repetí, en voz baja, al tiempo que me servía el primer tazón de vino caliente, con naranja y canela, para espantar el frío que se colaba por la ventana de mi oficina, a la que nadie sino Simenon y yo habíamos entrado en los últimos dos días.

Cerré el libro de Dumas y tomé la carpeta de cartulina azul que estaba sobre el escritorio y en cuyo interior guardaba la información más relevante de los casos investigados en el último tiempo. Historias rutinarias que pensaba regalar al amigo escritor con el que solía reunirme en el «City», y al que solo le exigiría respetar el anonimato de mi nombre de pila y omitir la dirección exacta de mi oficina, para

evitar que sus lectores llegaran a importunarme con sus preguntas sobre las diferencias existentes entre la realidad y la ficción.

—¡Cabrón! —exclamé, en un grito apagado que sólo escuchó Simenon—. Dumas no debió dejar morir a Porthos. Era el más simpático de los mosqueteros.

—¿A quién le importa el destino de un mosquetero? —creí oír que preguntaba Simenon.

Moví los hombros con desgano y observé el sobre amarillo que estaba junto a la carpeta. Contenía el informe dirigido a la clienta que buscaba a su hermano mayor, al que no veía desde hacía veinte años y deseaba ubicar para resolver la repartición de una herencia. Encontrarlo me tomó quince días de caminatas y preguntas por distintos barrios de Santiago, hasta averiguar que el hombre vivía en una cité de la calle Santa Isabel, de la cual salía todas las mañanas a ejercer sus erráticos oficios de cantante en las micros y vendedor de golosinas a la entrada de una sucursal bancaria ubicada en la calle Vicuña Mackenna. En el informe explicaba los detalles de la investigación e incluía la dirección donde podía encontrar a su hermano y el monto de mis honorarios.

Simenon estiró sus patas delanteras para espantar la modorra de la siesta. Enseguida retomó su prestancia habitual y con pasos lentos se acercó al pocillo que contenía su comida. Afuera la lluvia golpeaba con furia los techos y era posible escuchar el ruido del agua escurriendo por las canaletas y planchas de zinc.

—En esta ciudad no hay términos medios. Llueve a raudales o hay sequía.

El gato no respondió y opté por encender el televisor, en el que a esa hora se transmitía el habitual espectáculo de catástrofes y desamparos que ponían en pantalla cada vez que el agua se hacía presente, recordando a los pobres del país, hacinados en mediaguas, rodeados de barro y miseria. Un periodista entrevistaba a una mujer damnificada y en un recuadro más pequeño aparecía la estampa de una actriz de teleserie que simulaba sufrir con las penurias de la pobladora. Hastiado, apagué el televisor y di un par de pasos hasta quedar junto a Simenon.

—Este país no tiene arreglo —dije y me crucé de brazos, esperando una respuesta que no llegó. Y nosotros tampoco, pensé, antes de servirme otro tazón de vino caliente que hizo el milagro de entibiar mis sentimientos y darme ánimo para continuar con la lectura de Dumas. Sin embargo, no llegué a leer otra línea, ya que en cuanto reabrí el libro, la campanilla del teléfono, inoportuna como una mosca en la torta de la novia, comenzó a sonar.

—Heredia y asociados —dije, de mala gana.

—¿Asociados? Nunca he sabido de qué se trata esa presentación telefónica —dijo alguien al otro lado de la línea y de inmediato reconocí la voz de Alfredo Razetti, el abogado que me encargaba algunas cobranzas o seguir las huellas de personas a las que sus ocasionales clientes deseaban encontrar. A falta de ocupaciones más atractivas, aquel trabajo me permitía pagar los gastos del departamento y comprar la comida que necesitábamos mi gato y yo. Razetti había comenzado a requerir mis

servicios luego de un fortuito encuentro en el Paseo Ahumada, que a él le permitió recordar nuestros viejos tiempos de estudiantes de leyes en la Universidad de Chile, y a mí contar las vicisitudes de mi oficio de investigador privado.

—Lo de asociados es por mi gato Simenon. No ayuda mucho, pero su sociedad es un agregado llamativo en el aviso de la guía telefónica. ¿A qué debo el honor de tu llamada?

—Necesito que vengas a mi oficina. Hay un asunto del que deseo te hagas cargo.

—¿En serio, Razetti? Asoma tu nariz por la ventana. Llueve a cántaros y no caminaría hasta tu oficina ni por todo el oro del mundo.

—No exageres, entre tu departamento y mi oficina no hay más de diez minutos de viaje en taxi.

—Heredia y asociados no atiende en época de diluvio. Para tu información, estoy abrigado con un chaleco de lana chilota, tengo una novela de Dumas al alcance de mis manos y prepararé una razonable dosis de vino caliente. No es la felicidad absoluta, pero se le parece.

—Necesito tus servicios de fisgón a sueldo.

—Tus cobranzas pueden esperar hasta que pare de llover.

—Es un trabajo diferente a los que habitualmente te encargo. Apuesto lo que quieras a que el asunto te interesa.

—Tu anzuelo es seductor, Alfredo. Pero soy un tiburón de cuero duro.

—Es un caso que, como el cometa Halley, sólo se ve cada ochenta y seis años.

—¿No me engañas?

—No te arrepentirás, Heredia.

—Maldito seas, Razetti. Has logrado despertar mi curiosidad.

—¿Vendrás a mi oficina?

—No. Pero podemos llegar a un acuerdo salomónico. Juntémonos en el «City», que está a igual distancia de tu oficina y de la mía. Es lo más justo; ambos nos mojamos y tú tendrás el privilegio de invitarme una copa.

—Si no se tratara de una buena cliente, te mandaría a freír monos.

Corté la llamada, y con el entusiasmo del que asiste a su propio sepelio, me cubrí con mi perramo y salí a la calle dispuesto a evitar los charcos formados en las veredas. La lluvia seguía cayendo con singular entusiasmo y por la calle sólo se veían algunos buses que avanzaban a la velocidad de una ballena herida.

Llegué al bar con ganas de beber un trago y mentar la madre a Razetti, el único cliente que estaba en el lugar, semioculto en un rincón y acompañado de una copa de vino y de su inseparable maletín de cuero rojo. Imperaba un silencio de catedral y como suave música de fondo se oía el repiquetear de la lluvia sobre el asfalto de la calle. Me observé en el espejo detrás de la barra. A mi rostro le faltaba una rasurada y le sobraban ojeras. Mi cabellera negra lucía algunas nuevas canas y mis ojos mantenían su brillo inquieto de costumbre. Volví a mirar hacia donde estaba Razetti y avancé a su encuentro.

—Llegué a pensar que te habías arrepentido de la cita —dijo, indicándome una silla, junto a su mesa.

El abogado era delgado y sus cabellos conservaban el tono castaño de nuestra época de universitarios. Vestía terno azul, camisa celeste de filosedá y una corbata del mismo tono. En su mentón lucía una barba quevediana, y eso, más sus anteojos de marcos gruesos, le daban a su rostro la seriedad que él estimaba acorde con su oficio de abogado.

—Siempre llego a las citas con los amigos.

Razetti hizo un gesto al mozo que lo atendía y éste hizo su trabajo en el bar y al cabo de dos o tres minutos dejó a mi alcance una copa de vino. Bebí un sorbo, dejé la copa sobre la mesa y encendí un cigarrillo.

—Estoy en condiciones de escuchar tu historia. Espero que el trabajo justifique tanto sacrificio.

—¿Te gusta leer las críticas literarias?

La pregunta me tomó por sorpresa y por un segundo dudé de la cordura del abogado.

—¿Para preguntar eso me hiciste venir hasta el bar?

—Críticas literarias, reseñas de libros, entrevistas a escritores. ¿Las lees, o no?

—De vez en cuando y dependiendo de quien las firme. ¿Por qué la pregunta? Para iniciar un taller literario podrías haber esperado la primavera.

—¿Sabes quién es Francisco Ritter?

—Suelo ver escrito su nombre en los diarios. Tiene buena pluma.

—Ritter era el crítico literario más temido del país. Sus palabras hundían un libro o lo elevaban al olimpo de los consagrados.

—Estoy de acuerdo contigo, Razetti. Pero ¿por qué hablas de él en pasado?

—¿No has leído la prensa?

—No he salido del departamento desde que empezó a llover. Tres días.

—Ritter falleció.

—Imposible. El fin de semana leí su comentario.

—Está muerto y muchas personas, y en especial mi clienta, lo lamentan.

—Todos los finados son buenos, incluso los políticos y los críticos literarios.

—No jodas, Heredia. No estamos hablando de cualquier pelafustán. Hace dos días cayó desde el sexto piso del edificio donde vivía. La policía hizo las pesquisas del caso y concluyó que fue una muerte accidental. Ritter estaba solo, venía llegando de una cena con un grupo de escritores y al parecer había bebido más de lo aconsejable. La hipótesis de la policía es que salió a tomar aire a la terraza, tropezó e inició su vuelo sin retorno.

—Parece un caso claro y definitivo. No veo en qué te puedo ayudar.

—Hay una mujer que duda de la versión policial. Se llama Berta Zamudio, vive en el departamento vecino al de Ritter, y aunque ellos no estaban casados, constituían una pareja estable desde hace años. La señora Zamudio es una antigua clienta a la que

he ayudado en la compra y venta de propiedades. Es la viuda de un comerciante y heredera de una millonada de pesos que administra criteriosamente.

—¿En qué basa sus discrepancias con la policía?

—Dice que Ritter no estaba solo la noche que murió, y desea saber quién era su acompañante.

—¿Por qué no insiste con la policía? Si tiene dinero la van atender con especial esmero. Algunos tiras son expertos en olfatear las buenas coimas.

—No ha sido muy explícita. Está alterada y creo que en sus dudas hay una buena dosis de pena. Le dije que conversaría contigo y ella se mostró dispuesta a pagar tus honorarios. ¿Me vas a ayudar, Heredia?

—Sabes que no puedo negarte nada. Además, hurguetear en los asuntos de Ritter parece atractivo.

—Supuse que pensarías así. Te daré el teléfono y la dirección de Berta Zamudio. No sé si sus sospechas tengan asidero, pero quiero que converses con ella. También sería conveniente que fueras al sepelio de Ritter. Es mañana, en el crematorio del Cementerio General.

—Para empezar, necesito saber qué hizo Ritter el día de su muerte. ¿Dónde y con quién estuvo?

—Berta Zamudio entregó un recuento de las actividades de Ritter. Por la mañana trabajó en la Biblioteca Nacional, recopilando antecedentes para un ensayo sobre poesía surrealista chilena; al mediodía almorzaron juntos y después él durmió una siesta. Por la noche asistió a la cena y regresó a su departamento a las tres de la madrugada, solo o acompañado, y con varias copas en el cuerpo.

—No está mal para empezar. Sin embargo, antes de iniciar el trabajo, conversemos de mis honorarios y del adelanto que necesito.

—¿Desde cuándo cobras adelantos? ¿Te he dejado de pagar alguna vez?

—Nunca, pero tengo la mala costumbre de comer lodos los días. Además, para hacer el trabajo necesito dinero. No seas coñete y dame tu bello autógrafo en un cheque de cien mil pesos.

2

Pena, delirio, miedo a la soledad. La causa da lo mismo. De seguro, bastaría escuchar a la mujer y dejarla desahogar su tristeza, para que al final aceptara que la vida suele hacer zancadillas.

Ritter yacía en su ataúd, ajeno a los discursos en su honor. El espectáculo en el cementerio era triste, pero había asistido para cumplir el encargo de Razetti y por la curiosidad de ver a Berta Zamudio y a las demás personas que, supuse, serían las más cercanas al crítico. Para no sentirme en corral ajeno, recurrí a la compañía del escritor con el que solía conversar en el «City». Me había acompañado de mala gana, y después de alegar que detestaba los funerales y que disponía de poco tiempo, porque estaba escribiendo una novela acerca de los emigrantes peruanos en Santiago.

—Está todo el mundillo literario —dijo, en voz baja, un poco antes del inicio de los discursos—. Importantes y pelagatos, buenos y mediocres, poetas malditos y académicos, izquierdistas, socialdemócratas y derechistas. Los funerales y las convocatorias a becas unen a los literatos.

Un hombre de barba blanca caminó lentamente hasta el podio destinado a los oradores que daban el último adiós a Ritter, y con voz de barítono aquejado de ronquera comenzó a improvisar un discurso que a los pocos minutos dejó en evidencia que estaba más interesado en hablar de sí mismo que del finado. Los méritos de Ritter parecían estar ligados a la obra del que hablaba, y eso, que a él le resultaba natural, provocó un murmullo risueño entre los asistentes al sepelio.

—Héctor Tedesio —señaló el escritor, al tiempo que miraba hacia el hombre canoso—. Lo apodan Tito Tedio por su afición a los discursos largos y autorreferentes. Un día que llovía tanto como hoy, lo encontré en la calle y le hice algún comentario sobre la lluvia. ¿Qué crees que preguntó? ¿Recuerdas que llovía cuando presenté mi novela «La celda del tiempo»? Le dije que no, y él se encargó de refrescarme los pormenores de la presentación y además, me dio una larga disertación acerca del contenido de su novela. Tienes que armarte de paciencia, Heredia. Cerca del podio hay a lo menos seis tipos con intenciones de hablar.

—Después de seis letanías, todos los presentes van a lamentar la muerte del crítico. ¿Es necesario quedarse hasta el final?

—Tú quisiste venir. No te quejes.

—Cuando asesinan a alguien es bueno conocer a las personas con las que convivía la víctima. Pero tampoco hay que exagerar.

—¿Qué propones, Heredia?

—Huir de prisa y beber una copa para matar las penas. Carlos Pezoa Véliz dice en uno de sus poemas: «Y como empieza la lluvia, doy mi adiós a aquel entierro, pico espuela a mi caballo y en la montaña me interno».

Más tarde, cuando bebíamos una botella de vino en un roñoso bar de la calle Recoleta, le hablé de las aprehensiones de la señora Zamudio y de mi intención de conversar con ella al día siguiente.

—¡La enigmática señora Zamudio! —exclamó mi amigo—. En el ambiente literario siempre se hablaba de la relación entre ellos. La mujer era varios años mayor que Ritter, y lo ayudó a dedicarse a su trabajo literario sin preocuparse de cosas tan odiosas como ganarse el pan. ¡Tú me entiendes, Heredia! A veces, en los corrillos de

escritores, algunos bromeaban con eso. Decían que Ritter se había ganado la beca Zamudio. Yo conocía a Ritter, y sin ser su amigo, le tenía estimación. En varias oportunidades coincidimos en foros y presentaciones de libros. También nos tocó viajar juntos a un encuentro literario en la ciudad de Valdivia. Una vez me llamó para pedir información sobre un escritor italiano. En el ambiente no eran muchos los que le tenían simpatía, pero siempre me pareció un sujeto honesto. Cuesta creer que esté muerto.

—Aparte de conversar con la señora Zamudio no sé qué más hacer.

—Conocer a la supuesta víctima y su entorno te serviría. Y en eso te puedo ayudar. Ayer estuve hablando de Ritter con un escritor al que conozco, porque suelo encontrarlo recorriendo las librerías de San Diego o en las pocas presentaciones de libros a las que asisto. Se llama Santiago Torrejón. Me contó que la misma noche de su muerte, él y otros escritores estuvieron en una comida en la que participó Ritter. Al parecer estuvo bastante animada, y por lo que me dijo, pienso que debe haber varias personas que hoy lamentarán haber sido tan duras con Ritter.

—¿A qué te refieres?

—Según Torrejón, que se caracteriza por sus copuchas, en un momento de la comida se produjo un altercado bastante violento. Ritter fue el centro de la discusión. Tal vez no sea mala idea conocer los pormenores, aunque te advierto que a Santiago Torrejón hay que creerle la mitad de lo que dice. Es un escritor que no se pierde cena, cóctel, presentación de libro, conferencia, o lo que sea donde se pueda comer gratis e informarse de los pelambres del medio literario.

—¿Crees que quiera hablar conmigo? —pregunté.

—Hablar, hablar y hablar. Nada le gusta más. Lo llamaré esta noche y te concertaré una cita.

3

Berta Zamudio vivía frente al Parque Forestal, a media cuadra de la Plaza Italia, donde por las noches la ciudad se divide en dos mundos y la Alameda adopta un tono gris de abandono y soledad, ajeno al neón de los restaurantes y las alocadas carreras de los buses. En contra de mi predicción, la mujer me citó de noche; a una hora en la que suponía ella clausuraba las puertas de su reino. Su departamento era espacioso y con ventanales orientados hacia el parque y la Fuente Alemana. De sus muros colgaban pinturas con paisajes marinos y retratos que supuse correspondían a sus

antepasados. Los muebles, platos de porcelana, figurillas de plata y cristal, lámparas y arreglos florales, estaban dispuestos según un orden riguroso y aparentemente inalterable.

Debía tener setenta o más años de edad. Era alta, delgada y sus cabellos, teñidos de un tono violáceo, resaltaban la palidez de su piel. Su rostro estaba marcado por las huellas del insomnio, y su voz baja, entrecortada, evidenciaba la pena que la consumía. Me observó detenidamente, y luego me ofreció asiento en un mullido sillón de cuero negro.

—¿Puedo ofrecerle algo, señor Heredia? ¿Café? ¿Una bebida? —preguntó, y luego de mirar hacia el rincón de la sala ocupado por una licorera, agregó—. Es la hora en que Francisco bebía su whisky nocturno. Yo lo acompañaba y hablábamos de su trabajo. Él me recomendaba libros o comentábamos sus críticas. A veces veíamos una película o escuchábamos música. Era un enamorado de Barber y Wagner.

—Bebería una copa de vino, señora.

La mujer hizo repicar una campana de cristal. De inmediato apareció una empleada, de vestido negro y delantal, a la que ordenó traer vino y una copa de oporto.

—Conocí a Francisco hace veinticinco años. Yo era una viuda joven y él un estudiante recién egresado de la universidad —comenzó a decir la mujer, después que la empleada nos sirvió las bebidas—. Nos conocimos en un ateneo literario y desde entonces no nos separamos, pese a lo que decían algunos miembros de mi familia que veían en él a un joven ambicioso, interesado en mi fortuna. Nos amábamos, señor Heredia. Nuestra diferencia de edad nunca fue obstáculo para ello.

—Sin embargo, nunca vivieron juntos ni se casaron.

—Francisco deseaba un espacio propio donde sentirse a sus anchas, junto a sus libros, su música y los pocos amigos que siempre tuvo y a los que invitaba, religiosamente, una vez al mes. Tenía independencia para recibir a estudiantes y escritores jóvenes. Su departamento está ubicado frente al mío, y a diario, salvo que él tuviera un compromiso, desayunábamos, almorzábamos y terminábamos el día juntos. En cuanto al matrimonio, mi marido dispuso en su testamento que para disponer de toda herencia, yo no podía volver a casarme —dijo la mujer e hizo una pausa para beber su oporto.

La imité y bebí un sorbo de vino. Luego decidí tratar el tema que me había llevado hasta su departamento.

—Razetti dice que usted tiene dudas respecto a la muerte accidental del señor Ritter.

—Su muerte fue inesperada y absurda. Francisco era cuidadoso y detestaba ocupar la terraza. Si hubiera querido suicidarse habría empleado otro medio. Sufría de vértigo y por eso evitaba las alturas. Y aunque parezca algo desmedido, por esa razón, varias veces rechazó invitaciones para viajar al extranjero. Volar le producía pánico, y hasta donde le era posible, lo evitaba.

—Esa noche tal vez bebió más de la cuenta.

—Tenía buena cabeza para el licor. Podía beber y se mantenía lúcido. Lo concreto, y lo que alienta mis dudas, es que la noche de su muerte escuché una voz extraña en el departamento.

—Tal vez hablaba solo, en voz alta.

—Ese día no me sentía bien. Pedí a Francisco que no fuera a la cena, pero él insistió en ir porque deseaba conversar con el escritor Pedro Angel Golconda. Dijo que estaría de regreso antes de la medianoche, y no fue así. Esperé a que llegara, y cuando escuché ruidos en su departamento, casi a las tres de la madrugada, fui a su encuentro. Salí y vi que la puerta del departamento estaba entreabierta. La empujé para entrar y en ese momento escuché una voz distinta a la de Francisco. La voz de otra persona.

—¿Escuchó lo que decía?

—Nada que pudiera entender con claridad. Pensé que Francisco tenía invitados y no era prudente presentarme a esa hora. De manera que volví a mi departamento.

—¿Qué escuchó?

—Negocio, es un negocio, dijo la voz. Y luego, escuché que también decía algo respecto a destruir un escrito. El que hablaba con Francisco le dijo, dos o tres veces: tienes que destruirlo. No sé a qué se refería, pero evidentemente estaba alterado. De regreso a mi departamento, llamé por teléfono a Francisco y nadie contestó. Nunca más pude hablar con él.

—La voz que escuchó, ¿era la de un hombre?

—Creo que sí, pero no podría asegurarlo.

—¿Usted cree que lo asesinaron?

—Estoy segura que otra persona estaba con él. Tal vez esa persona lo empujó por el balcón, tal vez pelearon y la caída fue el resultado del forcejeo. Sólo tengo un montón de dudas, señor Heredia. Por eso llamé a Razetti el mismo día de su muerte. ¿Puede hacer algo al respecto?

—Lo intentaré —dije, y después de prestar unos segundos de atención a la copa de vino, le pregunté si el edificio tenía cuidadores.

—Día y noche. Pero el hombre que estaba en la custodia no vio nada. Seguramente dormía.

—Mañana o pasado, desearía conocer el departamento del señor Ritter —dije, y me dispuse a concluir la conversación con la mujer.

—Cuando usted lo disponga. Sólo le pido que deje las cosas tal cual están. Francisco era especialmente ordenado con sus libros y materiales de trabajo.

—Sé lo que es eso —dije, y por un instante recordé el magnífico desorden existente en mi biblioteca.

—¿Quiere otra copa de vino? —preguntó la señora Zamudio.

Recuerdos. A la señora Zamudio sólo le quedaban sus recuerdos y la incógnita de una voz escuchada a hurtadillas. Una voz, algunas palabras, la posibilidad de un secreto cuyo descubrimiento en el fondo carecía de importancia, porque nada le devolvería al hombre amado. La escuché hasta la medianoche y después salí al frío.

Había dejado de llover y las calles parecían el rostro lloroso de una ciudad que sentía pena de sí misma y de los seres que la recorrían buscando refugio contra el hálito destemplado del invierno.

Caminé por el Parque Forestal, siguiendo la senda de las hojas que el viento botaba de los árboles, y luego me detuve frente al Mercado Central, junto a cuatro hombres que habían encendido una fogata con restos de cartón y cajones manzaneros. Los miré y nos miramos, en silencio. Ofrecí cigarrillos y enseguida uno de ellos hizo circular una botella de pisco.

—¿Están esperando algo? —pregunté.

Los hombres, desconfiados, se miraron entre sí.

—Que termine la noche —dijo uno de ellos. Era un hombre bajo y su rostro moreno estaba marcado por infinitas picaduras de viruela.

—¿Qué más se puede hacer? —preguntó otro—. En una noche como esta no se encuentra a nadie en la calle.

—¿Y usted, en qué anda? —preguntó el primero de los hombres. En su voz reconocí un velado tono de amenaza.

—Esperando que termine la noche y nada más.

Los hombres rieron y la botella de pisco volvió a circular.

—¿No le da miedo andar solo? —preguntó uno que hasta ese instante se había mantenido en silencio.

—Soy del barrio y estoy acostumbrado a recorrerlo —respondí—. Pueden preguntar por mí en cualquier boliche de las calles San Pablo o Aillavillú. Me llamo Heredia.

—He oído hablar de usted —dijo el del rostro picado por la viruela.

—Y ahora sigo mi camino a casa —agregué, sin esperar los comentarios del hombre.

—¡Cuídese! —dijo la voz de uno de ellos cuando comenzaba a alejarme. Nunca se sabe a quién se puede encontrar en la noche.

Pero el único que me esperaba era mi gato, recostado como era su costumbre desde que llegara al departamento, sobre la colección de novelas de Georges Simenon. Afuera la lluvia volvía a caer con alevosía sobre las maltrechas calles del barrio, y cada cierto tiempo se oía la sirena de una ambulancia o un carro de bomberos.

—No hay nada como ver llover bajo buen resguardo —dije, mientras me despojaba de mis zapatos mojados—. Es una música que no me canso de escuchar.

«La lluvia hace crecer la ciudad como una gran rosa oxidada».

—La única lluvia que me gusta es la que mencionan en los poemas —respondió el gato, malhumorado.

5

El reloj marcaba las ocho de la mañana cuando desperté, sobresaltado por el ruido de la lluvia que seguía cayendo implacable, desmedida. En algún momento de la noche, una ráfaga de viento había vencido la resistencia de la ventana del dormitorio. El agua había mojado una pila de diarios antiguos y parte del suelo de la habitación. Maldije a la lluvia y de mala gana me puse de pie y cerré la ventana. Luego volví a la cama, tomé un diario que tenía sobre el velador y durante media hora leí los resultados de las carreras en el Hipódromo Chile. Revisé los nombres de los caballos ganadores y de sus jinetes, el tiempo empleado en cada carrera y la distancia por la cual cada ganador había derrotado a sus rivales más próximos. Después de eso me animé a ir a hasta la cocina y preparar una taza de café que bebí junto a mi escritorio atestado de libros, recibos de cuentas y papeles. Al observar el desorden y luego de colocar en el equipo de música una cinta de Astor Piazzolla, tomé una bolsa plástica y comencé a poner en su interior los papeles que me parecieron definitivamente inútiles. Cartas de potenciales clientes que preguntaban por el monto de mis honorarios, folletos de casas comerciales, breves resúmenes que escribía para ordenar el sentido de mis pesquisas, y una considerable cantidad de cuentas de teléfono y electricidad, pagadas casi todas con retraso. Y en ese afán que me llevaba a escudriñar en mi pasado más reciente dejé pasar la mañana, arrullado por la música y reuniendo ánimo en mi interior para decidirme a salir del departamento y cumplir las tareas que me había impuesto para investigar la muerte de Ritter.

Poco antes del mediodía recibí la llamada de mi amigo escritor. Su voz sonaba pesada, somnolienta, y deduje que vendría despertando de una larga noche de trabajo junto a su computadora. Conocía su hábito de enfrentar la página blanca en horas nocturnas, hilvanando sus palabras al ritmo de su música favorita o de una transmisión radial que le servía para atenuar el silencio de su departamento. Y aunque no conocía su lugar de trabajo, podía imaginarlo rodeado de sus libros, una colección de diccionarios, ceniceros y varios cuadernos en los que anotaba sus argumentos.

—Tienes una voz de resaca o de ultratumba —le dije—. Seguro que has pasado la noche entera tocando el piano de las palabras.

—Cuando se encuentra un hilo hay que jalarlo hasta dar con toda la madeja.

—En eso tu oficio y el mío se asemejan —dije, y luego de aguardar en vano el siguiente comentario de mi amigo, agregué—. Parece que hoy no tienes ganas de conversar.

—Concerté tu cita con Santiago Torrejón. Te espera mañana, a las once, en la «Confitería Torres». Pregunta por él a cualquiera de los mozos del lugar. Va todos los días, así que lo conocen de sobra. Le insinué algo sobre la finalidad de tu investigación y eso despertó su curiosidad. Ten cuidado, porque seguramente va a querer sonsacarte información.

—Gracias. Te debo un favor.

—Nada es gratis. Si llegas a descubrir algo interesante, tendré tema y material para otra novela. Reclamo mi derecho a la exclusividad, Heredia.

—La tendrás —dije, y luego de una pausa, añadí—. Quiero visitar la sección de la Biblioteca Nacional donde Ritter iba todos los días a trabajar. ¿Conoces a alguien que me pueda ayudar en ese lugar?

—Pascual Avello. Dile que vas de parte mía.

La conversación con el escritor me alentó para ir a la sección de la Biblioteca Nacional donde, cada mañana y hasta el día de su muerte, había trabajado Ritter en la lectura o recopilación de la información que utilizaba en la redacción de sus críticas y ensayos literarios. Di de comer a Simenon, me puse el perramo y salí a la calle dispuesto a desafiar la lluvia que ese invierno se imponía sobre Santiago con especial enfado, recordándome la historia de Noé y su zoológico flotante que tanto me impresionara en mis años de residencia en el orfanato. Y mientras abordaba el Metro que me dejaría frente a la entrada de la Biblioteca Nacional recordé el conocido verso de Vallejo —«Me moriré en París con aguacero»— y concordé con él en el deseo de un día de lluvia para decir adiós a todas mis cosas, y que alguien, en una despedida fugaz, dijera «ha muerto, le pegaban todos sin que él les haga nada». Pero la idea de la muerte fue breve como la luz de un fósforo. Pensé en Ritter y en las dudas de su vieja amante. ¿Por qué alguien desearía matar a un crítico literario? Por la humillación de un poeta maltratado en las páginas dominicales de un diario; por el rencor de un narrador ignorado por el crítico. No parecían razones suficientes ni lógicas. Las inquinas y los resquemores literarios no pasaban más allá del chismorreo o las declaraciones altisonantes. Ni siquiera en el tiempo de la guerrilla literaria entre Neruda y De Rokha los odios habían llegado más allá de algunas letras escritas en tinta roja, y a lo más, en alguna ocasión le habían pegado un puñetazo a Vicente Huidobro por maltratar la reputación de una dama. ¿Y si las razones no eran literarias, si en su vida cotidiana Ritter tenía deudas de juego o por la compra de drogas? En el pasado había conocido a escritores involucrados en el consumo de cocaína o perseguidos por prestamistas, y hasta había defendido a un poeta al que unos matones deseaban cobrar una deuda contraída en partidas de billar. Las personas a veces tienen una zona oscura que llega a conocerse sólo de modo accidental. ¿Y si

lo único real eran las aprehensiones de Berta Zamudio, alentadas por su miedo a la soledad? Demasiadas preguntas para un caso cuyas huellas me disponía a seguir para quedar en paz con Razetti.

El salón de la Biblioteca Nacional donde trabajaba Kitter era un espacio amplio e iluminado. En su interior había ocho mesas para los lectores, y otras cuatro, ocupadas por los funcionarios encargados de clasificar y archivar la información relacionada con escritores chilenos. Entré al salón, observé las mesas desiertas y avancé hasta el escritorio ocupado por un funcionario. Le pregunté por Pascual Avello.

—Yo soy —dijo, parco, y se quedó a la espera de mis siguientes palabras. Era un hombre moreno, bajo, de aspecto tranquilo.

—Necesito información sobre un escritor —le dije.

—Dígame el nombre y lo buscaré en los archivos —agregó Avello, mientras miraba las paredes del salón, tapizadas con las cajas de cartón que contenían las referencias críticas de los escritores.

—Disculpe, creo que me expliqué mal. La información que requiero no está dentro de esas cajas. Se trata de Francisco Ritter. Sé que él trabajaba en este salón y tal vez usted pueda comentarme algo sobre sus hábitos.

—Hemos lamentado mucho su muerte —dijo Avello y cubrió con su mirada a los funcionarios que trabajan en los demás escritorios—. Durante los últimos diez años, y salvo los días en que andaba de viaje o estaba enfermo, no dejó de venir a este salón. Llegaba a las nueve de la mañana y trabajaba hasta la una de la tarde.

—¿Siempre igual?

—A veces, cuando debía ir al médico o hacer alguna otra cosa, se retiraba antes o llegaba más tarde. Pero lo normal era que cumpliera su horario. Teníamos una muy buena relación. Conversaba de los escritores que estaba leyendo, nos pedía información o que les diéramos sus recados a otros escritores.

—El día de su muerte estuvo aquí y se retiró anticipadamente. ¿Sabe por qué lo hizo?

Avello pensó su respuesta, y mientras lo hacía simuló ordenar unas carpetas que tenía sobre su escritorio.

—Dijo que tenía una cita en El Parronal. Parecía nervioso. No pidió los archivos que estaba consultando desde la semana anterior y se limitó a revisar la prensa.

—¿Mencionó algo en especial sobre la cita?

—Nada. Pero, me llamó la atención que mencionara El Parronal. Él solía almorzar en su casa o en el Café Colonia que está a media cuadra de aquí y es un lugar agradable. En cambio, El Parronal, es un sitio más modesto, por decirlo de algún modo.

—Es un boliche paupérrimo al que he ido en época de vacas extremadamente flacas y sedientas.

—Entonces comprende bien lo que le digo. No era el sitio adecuado para una persona como Ritter.

—¿Se reunía con alguien en esta sala?

—No. A lo más conversaba con los escritores que le traían sus libros. Pero no diría que esos encuentros fueran reuniones. Detestaba a los autores que lo perseguían o hacían valer sus influencias para obtener un comentario. Ser considerados por él, aunque los destrozara con su crítica, era una manera de existir.

—Y usted cree que alguien quisiera matarlo.

Avello sonrió nerviosamente, y por algunos segundos no supo que decir.

—¿En qué está pensando? —preguntó finalmente.

—En un escritor despechado o furioso.

—He conocido a cientos de escritores. Algunos de ellos han asesinado a la poesía y otros a la novela, pero a un crítico literario, jamás.

—Y la posibilidad de un suicidio.

—Ritter acostumbraba andar de buen ánimo. Su trabajo le gustaba, y si a eso le sumamos el prestigio, es difícil imaginar que tuviera problemas.

6

Después de conversar con el bibliotecario fui a El Parronal. El restaurante, ubicado en el sector céntrico de la ciudad, frente a la Iglesia de San Francisco, atendía en el tercer piso de una construcción que sobrevivía a la modernidad de Santiago aprisionada entre edificios de oficinas y locales comerciales. Era frecuentado por vendedores, oficinistas y estudiantes universitarios. Para llegar a él era necesario subir una ruinoso escalera, gastada por el uso y el paso de los años. No era el lugar apropiado para invitar a una madre, pero se podía comer por un precio razonable. Sus muros lucían innumerables grafitos políticos, sexuales o románticos, y las cubiertas de sus mesas estaban rayadas con leyendas de todo tipo.

Comencé a subir la escalera y a poco andar, mis piernas se negaron a seguir con el esfuerzo. El exceso de tabaco me pasó la cuenta. Tosí fuertemente. Algo en mi interior pareció desgarrarse. Mientras recobraba el aliento en uno de los descansos, recordé que años atrás había pasado tres días en el restaurante, vigilando desde una de sus ventanas la entrada al hotel San Francisco, uno de los más antiguos refugios para amantes del centro de Santiago. Seguía los pasos de un esposo, al que pese a sorprender en compañía de una colega de oficina, decidí no delatar. Después de eso, renuncié definitivamente a los casos de infidelidad.

Al llegar al final de la escalera, reuní mis últimas energías y avancé hasta la barra

del restaurante, sobre la cual había unas jarras de chicha y pipeño, fuentes con arrollados y huevos duros, y un recipiente lleno de pickles. Me acodé en el mesón y pedí una caña de vino al mozo que atendía la barra. Luego, mientras el hombre escanciaba la bebida, observé el lugar y deduje que no era un sitio donde la presencia de Ritter hubiera pasado inadvertida.

—Mucho tiempo sin venir por estos lados —escuché decir al mozo, al tiempo que colocaba a mi alcance la bebida—. ¿Se acuerda de mí?

—Lo siento. Subir la escalera destrozó mi memoria.

—Usted es Heredia, el detective. Años atrás solía venir con su amigo Anselmo, el que fue jinete en el Hipódromo Chile. Pero de eso hace mucho tiempo. No se habrá muerto el hombre, ¿no?

—Se fue a Viña del Mar. Se casó con una adivina y, por lo que sé, vive más aburrido que copetina en un convento.

—Así que sentó cabeza el hombre.

—Más bien diría que la perdió.

—Y a usted. ¿Qué le trae por aquí?

—La sed y la necesidad de ubicar a un amigo: Francisco Ritter.

—¡El profesor Ritter! El caballero siempre deja buenas propinas.

—No quisiera ser ofensivo, amigo, pero ¿qué hace el profesor Ritter viniendo a este cuchitril?

El mozo miró de reojo a su alrededor, y cuando comprobó que estábamos solos se animó a seguir hablando.

—Creo que al profesor se le queda una patita. Viene a buscar muchachos.

—No te creo —aseguré, y mientras el mozo preparaba una explicación bebí un sorbo de vino—. Más te vale pensar en lo que dices o de lo contrario terminarás mordiéndote la lengua.

—Seguro, seguro, no estoy. Pero cada vez que venía conversaba con un muchacho. Bebían piscólas y al cabo de un par de horas se iban juntos. Más claro echarle agua, amigo.

—¿Siempre con el mismo joven?

—Usted que es preguntón. Una caña de vino no paga tanta información.

Deslicé dos billetes de mil pesos sobre la barra y el mozo los guardó rápidamente en el bolsillo derecho de su pantalón.

—¿Te hago de nuevo la pregunta o aún la recuerdas?

—Siempre el mismo muchacho.

—¿Cómo se llama?

—Usted parece muy interesado en el tema.

—Hago mi trabajo.

—Y seguro que cobra un buen turro de billetes.

—Menos de lo que imaginas.

—¿Sabe cuál es mi problema, Heredia? Tengo los bolsillos muy grandes.

Sin decir nada, deslicé otros dos billetes.

—No me ofendo si dobla la recompensa.

—Estás resultando más caro que mantener a una amante —dije, y por tercera vez coloqué dos billetes sobre el mesón.

—Lo llaman el poeta Román. Debe ir por los veinticinco años. Estudia en la universidad y para financiar sus estudios vende libros y unas hojitas con poemas. Una vez intentó cambiar sus poemas por una cerveza. No le di pasada. Es un muchacho tranquilo, no como otros que beben más de la cuenta.

—¿Cuándo fue la última vez que se vieron?

—Tres semanas atrás.

—¿Seguro?

—Imposible que me equivoque. Discutieron en voz alta y el profesor terminó enojado.

—Ritter estuvo en este boliche hace tres o cuatro días.

—Solo como un perro. Ese y otros días más después de la discusión. En cambio, al muchacho no se le ha vuelto a ver.

Bebí otro trago de vino y miré fijo al mozo.

—¿Sabes dónde vive Román?

—Ni idea.

—No lo sabes o quieres más billetes.

—Por algunos billetes más puedo averiguar dónde vive el muchacho.

—¿Cómo te llamas, cabrón?

—José Fuentes.

—Bien, José Fuentes, consigue la información. Volveré y te daré diez billetes de a mil. ¿De acuerdo?

—¿Le pongo otra caña para cerrar el trato?

—Si me sirves otra copa de lo mismo, me muero —dije y me alejé unos pasos de la barra, dispuesto a huir del lugar.

—La próxima vez me cuenta alguna cosita de su trabajo. Anselmo decía que usted es un tipo famoso.

—De acuerdo a la teoría de la fama de Norman Mailer, aún puedo mear en la calle sin temor a que me reconozcan.

Salí del restaurante con un malestar en el estómago que no sabía si atribuir al vino o a la posible relación entre Ritter y el joven. ¿Relación de homosexuales? ¿Encuentros entre el crítico y un discípulo? Preguntas. Mi oficio está lleno de preguntas a las que inevitablemente debo encontrar respuestas satisfactorias. Y para eso necesito ayuda. Busqué una cabina telefónica y marqué el número de Marcos Campbell, el periodista al que recurría cuando necesitaba información acerca de la vida social, política o económica de Santiago. Campbell editaba una revista y en su oficina de la calle Diez de Julio mantenía un completo archivo de artículos y documentos de prensa. Además, él mismo era una suerte de enciclopedia ambulante.

Lo saludé y le hice una rápida reseña de la investigación. El periodista escuchó pacientemente y sólo interrumpió unos segundos el final de mi relato para expresar su sorpresa por mis dudas acerca de la muerte de Ritter.

—No es idea mía.

—¿Quién pagará tus servicios?

—Berta Zamudio, la amante del crítico.

—Sé quien es. ¿En qué te puedo ayudar? —preguntó Campbell.

—Estuve en un bar donde insinuaron que Ritter pudo ser un homosexual a la caza de muchachos. No encaja con la imagen que tengo de él. Pero de todos modos, es una pista para explorar. Pensé en ti y en Belarmino Zelada, el tira que alguna vez quiso ser tu cuñado, pero al que tu hermana no le dio el amén. Sé que ustedes son amigos. Pregúntale si tiene antecedentes sobre Ritter y su posible afición a los jovencitos.

—Para eso no necesito recurrir a Zelada. Hace un mes terminé de escribir un reportaje sobre los homosexuales en Santiago e hice amistad con algunos de los dirigentes de la asociación que los agrupa. Te sorprendería la información que he obtenido conversando con ellos. Si escribiera, con nombre y apellido, todo lo que me han contado, sería candidato a un sinfín de querellas por atentado a la honra y la moral de conspicuos personajes. Jueces que llevan niños a sus despachos, ex ministros, profesores universitarios aficionados a recorrer por la noche los alrededores de la Plaza de Armas, militares con estampas de hombres recios, publicistas, directores de televisión. No tengo nada contra los homosexuales, Heredia, pero me preocupa cómo son chantajeados. La hipócrita moral chilena permite eso y otras cosas peores.

—¿Crees que es una buena fuente?

—En el ambiente de mis amigos cualquier información corre deprisa y es difícil que una personalidad como Ritter pase inadvertida. Haré unas llamadas y apenas sepa algo te lo cuento.

—Puedo regresar más tarde. Recojo la información y compartimos unas copas. Hace tiempo que no tenemos una larga conversación.

—Dejemos la conversación para otra oportunidad. Mañana debo entregar un reportaje sobre contaminación en los vertederos de basura y todavía no escribo la primera línea del texto. Y si no trabajo, el buque se hunde.

Ya no se puede tomar una copa con los amigos. Todos trabajaban de sol a sol para llenar la olla o pagar deudas, sin un minuto de calma, confundidos en una carrera sin sentido.

Dejé el teléfono. La lluvia seguía cayendo sobre las veredas. La gente corría a refugiarse en las galerías comerciales o a tomar un bus. Frente a un portal divisé a los vagabundos construyendo un refugio de cartón y frazadas mugrosas. Santiago es una ciudad donde cada día hay más gente abandonada, como si de pronto se hubieran cansado de luchar y se resignaran a la humillación de implorar una limosna. «Hurgueteando entre la basura, buscando la cara de Dios», como dice el poeta Sergio Parra en uno de sus textos. Viejos, hombres de extremidades mutiladas, muchachas de rostros sucios, ciegos, jóvenes de miradas extraviadas. Una colección de personajes a los que nadie pregunta ni sus nombres.

Subí el cuello del impermeable y disfrutando la lluvia que mojaba mi rostro, caminé hacia el departamento donde me esperaba Simenon y la lectura inconclusa de «El vizconde de Bragelonne». Había trabajado bastante y era hora de refugiarme entre las paredes de mi oficina, acompañado de una copa de vino y algo de música para que la soledad de esa noche no pesara demasiado.

—¿Novedades? —pregunté a Simenon, al llegar a la oficina.

El gato agitó su cola blanca.

—Nada —me respondí, mientras colgaba el perramo en el perchero ubicado junto a la puerta—. No estás muy comunicativo. ¿Qué pasa? ¿La lluvia te quitó las ganas de pasear por el barrio? El frío no hace bien a los huesos, y con los años éstos se ponen cada vez más duros y remolones. ¡Carajo! Al menos podías hacer un esfuerzo y salir a caminar por los pasillos del edificio.

—¿No tienes a quién joder? ¿Qué pasa? ¿Cerraron los bares o no te quedan monedas en los bolsillos?

—¡Gato cabrón! Me preocupo de tu salud y te enojas.

—Haz algo útil y enciende la estufa. Hasta un oso polar tendría frío en este sucucho.

Seguí las instrucciones de Simenon y encendí la estufa a parafina instalada a un costado del escritorio. Observé la llama azulina que comenzó a entibiar la pieza y luego coloqué una cinta de Chet Baker en el equipo de música. El gato se puso de pie y dio los pasos necesarios para tenderse junto a la estufa.

Me acerqué a la ventana y miré hacia la calle.

—¿Qué sabemos de los demás? Vemos pasar a la gente a nuestro lado y nada más. Pero ¿qué hay detrás de cada rostro? ¿Qué historias podrían contarnos? Muere un hombre al que muchos creen conocer y sin embargo, haces un par de preguntas y comienzas a suponer que llevaba una doble vida. ¿Será eso lo que ocurre con Ritter?

Mis preguntas quedaron sin respuesta. En ese instante sonó el timbre del teléfono. Al contestar reconocí la voz de Razetti.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó, sin perder tiempo en saludos ni preámbulos.

—Nada que comentar por el momento.

—Dejaste una buena impresión en la casa de Berta Zamudio.

—La acompañé a beber un par de copas.

—¡Buen comienzo! Mal que mal, ella es la que paga.

—Y tal vez tenga debilidad por los hombres jóvenes. Ritter podría haber sido su sobrino o su ahijado.

—¿Qué insinúas?

—Solo pienso en voz alta. Quisiera saber más de Ritter.

—Tus pensamientos en voz alta me aterran, Heredia. Suelen ser demoledores — dijo Razetti, y luego de una pausa, agregó—. Nunca te he presionado con mis encargos. Pero esta vez quiero todas tus energías concentradas en resolver las inquietudes de doña Berta. ¡Hay muchas cosas en juego!

—Empezando por tus honorarios.

—Quiero que tu trabajo arribe a buen puerto.

—Me conmueven tus buenas intenciones. Y a propósito, ¿tienes tiempo para beber una copa?

—No esta noche, Heredia. Debo preparar un alégalo y redactar cuatro escritos.

—Trabajo, trabajo y más trabajo. ¿No hay otra cosa en qué pensar?

—Hay que parar la olla.

—¿Y qué hay de vivir, Razetti?

8

Llevaba más de un año sin entrar a la «Confitería Torres», desde una noche en que fui a escuchar tangos con Campbell y un par de amigas ocasionales. Dentro del bar el tiempo seguía detenido en otra época. Observé desde su puerta las mesas cubiertas con manteles blancos, el escenario donde actuaban los cantantes y las rimas, alusivas al vino, pintadas en los viejos muros de adobe.

Pregunté por Torrejón a un mozo de chaqueta alba que bostezaba en una esquina del salón. Me indicó la mesa ocupada por un hombre de mediana estatura, canoso y con una pequeña barba blanca que parecía la prolongación de su rostro quijotesco. Debía tener más de sesenta años y en su rostro se apreciaba el tono sonrosado de los buenos bebedores. Di unos pasos para llegar junto a él y lo dije mi nombre. El escritor sonrió y me indicó la silla que estaba frente a él. Sobre la mesa había un vaso en cuyo interior reconocí una generosa ración de whisky.

—Nuestro común amigo aseguró que usted no era un escritor en busca de editorial ni de consejos. De otro modo no habría accedido a conversar. Estoy harto de los tipos que me agreden con sus obras inéditas o requieren mi ayuda para ser considerados en alguna editorial.

—Solo me interesa ser un buen lector. Hay demasiados libros escritos como para contaminar la literatura con otros nuevos —dije—. Soy detective privado y si alguien ofrece una beca para leer a tiempo completo, la aceptaré con mucho agrado.

—¿Detective privado? —preguntó Torrejón, admirado—. Siempre he querido escribir una novela policíaca al estilo de Edgar Wallace o Cárter Dickson. Usted debe conocer muchas buenas historias...

—Pero no me pida que se las cuente. Así como usted está harto de los escritores que le ofrecen sus obras inéditas, yo lo estoy de los que quieren escribir novelas policíacas a mis expensas. Quiero hablar de Ritter.

—Tiene malas pulgas, amigo —dijo Torrejón, y luego de beber un sorbo de whisky, preguntó—: ¿Por qué le interesa Ritter?

—Intento reconstruir lo que hizo los días anteriores a su muerte.

—Un hecho lamentable —murmuró Torrejón, y en su congoja encontró justificación para beber otro sorbo de licor—. ¿Quiere un trago o es de los que no beben cuando trabajan?

—Soy de los que beben antes, durante y después del trabajo. Acepto una copa de vino tinto.

Torrejón llamó a un mozo y le ordenó servir una botella de Corton.

—Usted dirá en qué puedo ser útil —dijo el escritor.

—Sé qué estuvo en una cena con Ritter, la misma noche de su muerte. Hábleme de lo que ocurrió en esa oportunidad.

—Veo que ya se ha informado de algunas cosas. La última cena de Ritter estuvo llena de sabrosos incidentes. ¿Está al tanto de ellos?

—Sólo sé que hubo una discusión entre los asistentes, y como ando buscando algo de qué asirme para llevar adelante la investigación, necesito conocer más detalles.

—La comida fue uno de los tantos eventos organizados por la editorial Visual, para celebrar sus últimas publicaciones. No pensaba concurrir, pero a última hora recibí la llamada de Jorquera, el relacionador público de la editorial. Hay que cuidar las amistades, me dije, y aunque mi entusiasmo no era mucho, llegué a la cena, a punto para compartir una mesa que un principio me pareció agradable en su composición. Conocía a la mayoría de los presentes, y ahora que lo pienso, en esa mesa y al igual que en la mentada última cena de nuestro señor Jesucristo, éramos trece los comensales. ¿Le interesa saber quiénes eran?

—Me interesa saber todo —dije, al tiempo que bebo el primer sorbo del vino ofrecido por Torrejón.

—Trece personas. El malogrado Ritter y él que habla para empezar. Casimiro

Poblete, el narrador Mario Cabanes y Raimundo Jorquera.

—Hasta ahí, tenemos cinco nombres.

—Genoveva León, Carmen Trigo y Patricia Nogueras, tres féminas de dispar encanto y edades. Julio Zegarra, un escritor de Valdivia, y dos poetas argentinos cuyos nombres no recuerdo. Los demás eran nuestras joyas de la narrativa nacional: Leandro Verón y Pedro Ángel Golconda.

—Salvo los dos últimos nombres, los demás no me dicen nada.

—Si no está apurado, puedo hacer un breve perfil de cada uno.

—Tengo tiempo y el vino es amable —respondí a Torrejón que, a simple vista, parecía entusiasmado con el tema de conversación.

—Casimiro Poblete, a quien tengo un gran aprecio, es un mercachifle al que la única lectura que le interesa son los balances de la editorial. Raimundo Jorquera, su mano derecha, alguien que olvida lo que sabe de literatura cada vez que se inclina frente a su jefe. Estudió para adúlón en la universidad y lo aprobaron con honores. Cabanes es un escritorzuelo de café que tuvo su mayor aproximación a la buena narrativa una vez que entrevistó a Borges en Buenos Aires. Genoveva León es una escritora de edad avanzada que vive de los recuerdos y Carmen Trigo, a la que no he tratado mayormente, es una narradora de gran éxito en los últimos años. De Patricia Nogueras se dice que es una escritora que promete. De los poetas argentinos no sé nada ni me interesa. Tampoco conozco qué puntos calza el colega valdiviano, Zegarra, aunque al parecer es una gloria de la literatura de su región. Verón y Golconda son dos autores conocidos.

—Si me dejara guiar por sus juicios no leería ni a Cervantes.

—Trato de ser objetivo, señor Heredia. ¡Objetivo!

—Aún no me dice nada de Ritter.

—Él era un talento. Sí señor, un talento que hemos perdido.

Bebí otro sorbo de vino y observé de reojo a Santiago Torrejón, cuya mirada parecía extraviada en un punto indeterminado del restaurante. Pensé en los santos extasiados de las pinturas italianas del Renacimiento y tuve que hacer un esfuerzo para no sonreír.

—Habló de incidentes durante la cena, señor Torrejón...

—Va a pensar que soy un copuchento.

—Ratificaré su fama de cronista memorioso.

—¿Usted me ha leído, Heredia? —preguntó Torrejón, interesado—. La verdad es que no he publicado mucho en los últimos años, pero...

—«Bohemia sin fe», «Muchachos en la vereda», «Nuevas crónicas de un bohemio» —dije, repitiendo los títulos que había tenido la prudencia de consultar en un diccionario de escritores chilenos.

—Me sorprende, Heredia —dijo, hinchado de vanidad—. ¿Quiere conocer las circunstancias en que escribí esas obras?

—Antes de eso, si no le molesta, quisiera conocer los incidentes ocurridos

durante la comida.

9

—A veces el vino es mal consejero —afirmó Torrejón, después de probar su tercer whisky de la mañana—. De otra manera no se explica que a espíritus tan elevados se les desate la lengua en forma destemplada. El vino y los mezquinos rencores, Heredia. Y lo peor de todo, es que los deslenguados parecían concertados en atacar al pobre Ritter que, como era su costumbre, sólo deseaba beber algunas copas en paz. Parecían concertados, como cuatro judas infiltrados en la última cena de Ritter.

—¿Por qué habla de cuatro judas? —pregunté, interrumpiendo al cronista que empezaba a sufrir los estragos del whisky.

—¿Judas? Una metáfora, amigo Heredia. Y cuatro, porque fueron cuatro los comensales que discutieron con Ritter. Abrió los fuegos el joven Cabanes, al que tres meses atrás, Ritter le destrozó su primera novela. Una crítica ácida, pero certera. Cabanes es un leño que nunca dará buen fuego, y aunque esa sea la verdad, a cualquiera le duele leerla en las páginas de uno de los principales diarios del país. Cabanes acusó a Ritter de ser un crítico de esquemas añejos, incapaz de apreciar las corrientes innovadoras y empeñado en favorecer con sus juicios a escritores que ya no tenían mucho que decir. Cabanes habló en plural, pero la mayoría de los presentes nos dimos cuenta que se refería a Leandro Verón, a quien Ritter siempre privilegió en sus comentarios. Después le dijo que por su culpa iba a perder el espacio editorial que tanto le había costado conseguir. Ritter lo ignoró. Cabanes invitó a Ritter a salir a la calle y resolver la disputa a golpes. Sin embargo, la sangre no llegó al río. Jorquera pidió tranquilidad a Cabanes y le dijo que su espacio en la editorial no se había afectado por las malas ventas de la novela. Sus palabras calmaron al joven narrador, y luego de un rato entregó el testimonio a Poblete. El gerente, a esa hora, ya estaba ebrio.

—La segunda pelea de la noche —dije, imitando a los animadores de las peleas de box que antaño había presenciado en el Teatro Caupolicán.

—Sin bromas, señor Heredia —interrumpió Torrejón, y luego de una pausa que ocupó para renovar su atención al vaso de whisky, agregó—: Cuando Poblete criticó a Ritter sus ataques a varios de los libros editados por él, pensé que hasta ahí llegaba la cena. Poblete se puso de pie para increpar a Ritter. Usted es un perjuicio

permanente para la literatura y alguien debe ponerlo en su lugar, le dijo. Ritter se negó a discutir. Dejó que Leandro Verón asumiera su defensa. Eso fue algo que el gerente no esperaba, y por eso al cabo de unos minutos se dejó caer sobre su silla, desinflado. Nunca había visto a una persona tan fuera de sí. Poblete peligra en su trabajo. Por lo menos, en el ambiente, se dice que los dueños de la editorial le han dado seis meses para revertir los malos resultados de su gestión. Solo eso y su borrachera pueden explicar su conducta.

—¿Es frecuente ese tipo de discusiones entre escritores? —pregunté a Torrejón.

—Habitualmente se impone una suerte de diplomacia hipócrita que permite compartir algunos espacios a quienes no se aprecian. Prefieren el chisme tras las espaldas a decir la verdad a la cara. Y, chilenos al fin de cuentas, optan por las verdades a medias y les gusta esconder la basura bajo las alfombras. Sí, es extraño lo que sucedió; como si los que atacaron a Ritter hubieran sabido que era la última oportunidad para discutir con él, sin temor a sus represalias.

Torrejón pareció agotado por la explicación. Miró su vaso en el que naufragaban dos hielos a medio derretir y de inmediato hizo un gesto al mozo que lo atendía. Pensé que debía apurar mis preguntas o de lo contrario terminaría sosteniendo en mis brazos a un escritor mudo y borracho.

—Sigamos con nuestro tema, señor Torrejón —dije.

—La tercera discusión fue de tono menor. Genoveva León reprochó a Ritter que en la columna que escribía no consideraba sus libros. Nadie le prestó mucha atención. El último libro de la León se publicó en 1980, y desde entonces lo único que ha hecho es engrosar sus caderas y su vanidad. Cuando advirtió que su reclamo caía en el vacío, tomó su cartera y se fue al baño a retocar el maquillaje. A su regreso, media hora más tarde, había olvidado sus protestas. Probablemente, retocó su nariz con unos gramos de coca.

—Y la última discusión...

—Se produjo fuera del restaurante, cuando el grupo estaba reducido a Verón, Ritter, la escritora Trigo, Golconda, Zegarra y el que habla. No es mucho lo que puedo decir, amigo Heredia. En algún momento, Golconda invitó a terminar la cena en un bar próximo. Zegarra, Trigo y yo lo seguimos. Verón y Ritter se quedaron rezagados y cuando Golconda me pidió que los fuera a buscar presencié la disputa. Hablaban en voz baja y creo que Verón le reprochaba su silencio frente al gerente de la editorial. Finalmente, Ritter detuvo un taxi y lo abordó.

—¿Recuerda qué hora era en ese momento?

—Supongo que la una o dos de la mañana.

—¿Qué hizo Verón?

—Nos acompañó al bar, donde bebimos una copa más y nos despedimos. Golconda ofreció llevar a Verón en su auto, Carmen Trigo tomó un taxi. Zegarra y yo volvimos a entrar al bar.

—¡La copa del estribo!

—Lástima que el cuerpo no aguante como en otras épocas. Al otro día desperté con una resaca de los mil demonios y cuando vi la noticia de la muerte de Ritter en la televisión no sabía si era verdad o una mala jugada de la borrachera. No lo quería creer hasta que recibí la llamada telefónica de Verón, incrédulo ante la verdad que acababa de escuchar en una radioemisora.

—¿Bebió Ritter en exceso?

—¿Qué era exceso para él? Nunca, en todos los años que lo traté, lo vi ebrio. Pero tal vez esa noche se le pasó la mano con las copas.

—En ese caso, ¿le parece razonable que su muerte fuera accidental?

—¿Y por qué no? Hoy, usted y yo estamos hablando y mañana quién sabe lo que nos puede pasar. Estamos a merced de las triquiñuelas de la vida.

—Se comenta que Ritter pudo haberse suicidado.

—Ritter no era capaz de tomar una decisión tan drástica.

—¿Y si fuera la víctima de un asesinato?

—¡Por Dios, Heredia! ¡Qué ocurrencia! Yo bebo más whisky del que debo y usted se emborracha con dos miserables copas de vino.

—De acuerdo a su relato, Ritter tenía enemigos.

—Enemigo es una palabra muy fuerte. No creo a ninguno de los que discutió con Ritter capaz de matar. Temo que su cabeza está llena de ideas retorcidas, Heredia.

—Pensar en cosas retorcidas es parte de mi oficio.

—Usted dijo que sólo deseaba reconstruir los últimos días de Ritter.

—Y su información ha sido de gran utilidad.

—Si puede olvidar por unos minutos esa cena, lo invito a almorzar.

—Sería un abuso de mi parte.

—Y mi oportunidad de hablarle sobre el origen de mis libros. ¿Le interesa?

—Sí —respondí con resignación—. Gracias.

10

Faltaban tres minutos para la cinco de la tarde cuando dejé a Torrejón, rodeado de sus recuerdos de la época en que era un escritor con ambiciones, dispuesto a seducir a las musas. Recuerdos y contactos en el medio literario eran todo lo que tenía para sentirse un escritor vigente, al que de tanto en tanto solicitaban integrar el jurado de un concurso, redactar un artículo de añoranzas o lo invitaban a cenas y ceremonias en las que siempre resultaba simpático un personaje dispuesto a contar los últimos

chismes del ambiente.

—¿Sabrá llegar a su casa? —pregunté al mozo, indicándole al escritor que estaba con sus brazos apoyados sobre la mesa.

—No se preocupe. Yo lo cuido —respondió—. Si antes de las siete no es capaz de ponerse en pie y tomar un taxi, llamaré a su casa y vendrá a buscarlo su sobrino.

—¿Siempre es igual?

—Se desbanda cuando está con alguien dispuesto a escuchar sus historias. Normalmente no bebe más de dos copas.

—¿Quién responde por las cuentas?

—Anotamos lo que corresponde y a fin de mes, él paga.

Salí a la calle y mientras caminaba sin rumbo fijo recordé las confidencias de Torrejón. Una suma de incidentes en los cuales debía encontrar algunas de las claves de mi investigación, y que sin embargo, en ese momento no me decían nada. Pensé en ir a conocer el departamento de Ritter pero temiendo caer en otra interminable charla con Berta Zamudio, pospuse la visita para el día siguiente. Me detuve en la esquina de San Martín con la Alameda y por unos segundos observé a la gente que pasaba a mi lado. Estudiantes, oficinistas apurados, cientos de personas con la angustia grabada en sus rostros. Caminé hacia la Estación Moneda del Metro y abordé un carro. Había apostado algunas fichas en El Parronal y deseaba averiguar si la bolita estaba en el número escogido.

El bar estaba más concurrido que el día anterior. Busqué a Fuentes y lo vi atareado en el servicio de varias mesas, ocupadas por clientes con aspecto de estudiantes universitarios. En una de las mesas divisé a una muchacha pelirroja que me recordó a Griseta, mi joven amante de otra época. Espanté el recuerdo como a una barata y recorrí con la mirada los grafitos rayados en los muros. Leí el que decía: «Votar significa elegir a tus verdugos. Abstención y lucha». A su lado, otro graffiti reproducía el verso de Enrique Lihn: «No pude ser feliz, ello me fue negado, pero escribí».

La tristeza del lugar era deprimente, como la de muchos otros sitios que sobrevivían en los rincones más anónimos de Santiago. Me pregunté si los muchachos que bebían junto a las mesas tendrían, al cabo de unos años, una historia más alegre que contar o si estaban condenados a soportar la realidad de un país condenado a las mentiras y las apariencias.

—Dos minutos —escuché decir a Fuentes—. Espéreme dos minutos y cambiamos la dirección del poeta por los diez mil pesos.

Saqué de mi chaqueta un billete azul y lo dejé sobre el mesón. Fuentes lo miró detenidamente y luego de sonreír, dejó un papel amarillo junto al billete. Tomé el papel y leí la dirección.

—¿Es un dato de buena ley?

—Pregunté la dirección a dos muchachos que lo conocen.

—Si no es así, hundiré tu cabezota en una barrica de ese vino espantoso que

vendes.

—Pasaron sus dos minutos —dijo el mozo y se alejó en dirección a una mesa desde la que reclamaban su atención.

Busqué la salida del bar y una vez en la calle me dejé llevar por la ola de gente que recorría la Alameda.

En la entrada sur del Paseo Ahumada me detuve a observar el espectáculo de cada tarde. Vendedores de chucherías asiáticas, mimos inmovilizados en coloridas estatuas de emperadores romanos y soldados griegos, predicadores que anunciaban el fin del mundo, cantantes callejeros, mendigos, lustrabotas y un anónimo imitador de Gene Kruppa que intentaba sacar ritmo a una colección de latas vacías. Avancé entre la gente que recorría el paseo y al cabo de diez minutos divisé la puerta giratoria del «City».

El bar conservaba su tranquilidad de mesas añosas. Tomé asiento junto a la barra y pedí una copa de vino. Luego caminé hasta el teléfono público instalado a un costado del mesón y llamé a Marcos Campbell.

—¿Qué te habías hecho? Te llamé toda la tarde y tu obeso gato ni siquiera se molestó en levantar el teléfono.

—¿Para qué tanto interés en ubicarme?

—Hice las llamadas prometidas. Ritter no era un personaje del que se hablara en el medio homosexual. Falló tu puntería, Heredia.

—Sólo era un tiro al aire.

—¿Dónde estás? ¿En el «City»? Toda la tarde, seguramente.

—Acabo de llegar.

—A otro perro con ese hueso.

—No me pagan por convencerte de nada.

—Cuida la salud, Heredia. Me gustaría hacerte compañía, pero...

—No lo digas, tienes un trabajo que entregar. Gracias por tus averiguaciones. Tal vez para el día del juicio final podremos beber unos tragos —dije y colgué el fono.

A la distancia observé mi copa sobre la barra. Me dio pena verla tan sola.

SEGUNDA PARTE

1

Habían transcurrido tres días desde la conversación con Torrejón. Comenzaba a creer que mi trabajo carecía de sentido y no era sino el capricho de una mujer que deseaba mantener vivo el recuerdo del hombre al que alguna vez amó. A través de Campbell, y gracias a su contacto con Zelada, tuve acceso al informe policíaco que describía el lugar del suceso y ratificaba que la muerte del crítico literario había sido accidental. El informe descartaba toda huella de violencia en el cuerpo de Ritter y ponía sus acentos en la gran cantidad de alcohol detectada en la sangre del muerto. Mencionaba también el interrogatorio del mayordomo, quien aseguraba no haber visto llegar a Ritter la noche de su muerte ni detectado la presencia de extraños en el edificio.

Mi trabajo estaba reducido a una serie de citas acordadas con los escritores que compartieron con Ritter su última cena. Esperaba confirmar lo único que hasta ese momento sabía con certeza: la vida de Ritter carecía de sobresaltos. Tenía su cátedra, el trabajo literario y la relación con Berta Zamudio, bien calificada por todos los que conocieron a la pareja, y en especial por tres matrimonios amigos con los cuales compartían sesiones de bridge y fines de semana en el balneario de Algarrobo. El resto de la vida de Ritter estaba limitado a su vida en el departamento, las lecturas, la preparación de sus clases universitarias y los comentarios que, según el relato de Torrejón, era lo único que le ocasionaba algunos enojos.

Para cumplir con el encargo de Razetti, dejé esa mañana mi oficina y me encaminé hacia el departamento de Ritter. La noche anterior concerté la visita con Berta Zamudio, y ésta dispuso que a mi llegada me esperara el mayordomo. El empleado me entregó las llaves y me dejó a solas en medio de la pieza que servía de

sala de estar. Tenía sus paredes cubiertas de fotos enmarcadas, pequeñas pinturas, máscaras de cerámica y algunos galvanos recibidos por Ritter. Presté atención a las fotos donde aparecía acompañado de escritores y pude reconocer a dos o tres autores a los cuales había leído algunas de sus obras. El resto de las habitaciones eran una pequeña cocina, un baño y la enorme biblioteca donde trabajó hasta el día de su muerte. En el centro de la biblioteca destacaba un escritorio de caoba, y sobre éste, un computador con aspecto de haber sido comprado recientemente. Acaricié su teclado con mis manos. Una delicada capa del polvo se adhirió a mis dedos y me hizo deducir que nadie había entrado a la biblioteca después del accidente. A un costado del computador vi un teléfono y la hoja donde el crítico había anotado las actividades de la semana: Preparar clases, entregar comentario sobre cuentos del Vargas Llosa y revisar trabajos sobre las novelas de Leandro Verón y Carmen Trigo. Guardé la hoja en mi chaqueta. Después revisé los estantes de la biblioteca. Los libros estaban ordenados por géneros literarios y nombres de los autores. Recordé mi caótica biblioteca y por un segundo envidié el orden de Ritter, y sobre todo la enorme cantidad de libros que atesoraba. Daban ganas de sentarse a leer y no salir del lugar en varios meses.

Revisé las primeras ediciones de algunas novelas de Manuel Rojas y Francisco Coloane y las obras recientes de tres o cuatro poetas, con sus respectivas dedicatorias a Ritter. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no guardar en mi chaqueta un ejemplar de la primera edición de «Juntacadáveres» de Juan Carlos Onetti. Finalmente dejé el libro en su sitio y no volví a tocar otro volumen hasta que llamó mi atención uno de Cioran. Lo abrí. Al azar, leí una frase que decía: «La mayor proeza de mi vida es hallarme todavía vivo».

—Confío en que dejaré los libros ordenados —oí decir a mis espaldas.

Sobresaltado, dejé el libro de Cioran en su lugar; enfrenté la mirada de Berta Zamudio.

—Sólo me dejaba llevar por la curiosidad —expliqué.

—Francisco conocía al dedillo el orden de su biblioteca. Podía encontrar rápidamente el libro que deseaba consultar.

—Gran cosa, considerando esta cantidad de libros.

—Treinta mil, por lo menos —dijo la señora Zamudio y luego agregó la pregunta que había estado esperando—: ¿Encontró algo de utilidad?

—Nada. A simple vista no hay nada.

—¿Examinó la terraza?

—Aún no llego a esa parte del departamento.

La mujer me dio la espalda y se puso a caminar hacia otro punto de la habitación. La seguí y después de cruzar la sala de estar, la vi abrir una puerta de vidrio.

Entramos a una terraza desde la cual se tenía una privilegiada vista de la Cordillera de Los Andes. Era un rectángulo de ocho metros cuadrados en el que había dos sillas metálicas y una docena de macetas destruidas, como si alguien las hubiera

arrojado contra el suelo. Me acerqué a la baranda y sentí un súbito vértigo.

—Es el único lugar del departamento que Francisco detestaba. Y aunque le gustaba mirar la cordillera, o por las noches las luces de la ciudad, nunca lo hizo si no estaba acompañado.

—Y sin embargo...

—Fíjese en los maceteros rotos y recuerde lo que le conté acerca de la voz que oí la noche que mataron a Francisco —interrumpió Berta Zamudio. Al mirarla vi lágrimas en sus ojos. Indiqué la puerta de la terraza y volvimos a entrar a la sala de estar.

—He tratado de reconstruir los últimos pasos del señor Ritter —dije cuando intuí que la mujer se había recuperado de la emoción—. Obtuve información sobre la cena y tengo algunas inquietudes al respecto. De los asistentes a esa cena, ¿visitaba alguno de ellos al señor Ritter?

—Torrejón, Verón, Golconda, la Nogueras. Aunque debo confesar que a ella la ahuyenté un par de veces de este departamento. Parecía dispuesta a cualquier cosa con tal de obtener el apoyo de Francisco. Es una mujer ambiciosa —sentenció, y luego de una pausa, agregó—: Las visitas de Verón eran las que Francisco más disfrutaba. Compartían gustos literarios y la manía de hacer alarde sobre sus conocimientos respecto a las biografías de escritores famosos. En cuanto a Torrejón, no lo soporto. Es tedioso y parlanchín. Francisco le tenía afecto porque Torrejón gestionó la publicación de sus primeros comentarios.

—¿Venía a visitarlo algún joven?

—Muchos. Sus alumnos y otros que le pedían consejos o deseaban entrevistarlos. A Francisco le gustaba conversar con los jóvenes. Decía que así se mantenía al tanto de las cosas nuevas que sucedían en el mundo, aunque yo creo que su afecto por los jóvenes era una manera de llenar el vacío de no tener un hijo.

—Y entre todos esos jóvenes, ¿recuerda a uno del apellido Román?

—¿Román? No. ¿Debería conocerlo? ¿Quién es?

—Un estudiante universitario. Se reunía con el señor Ritter.

—¿Me oculta algo, señor Heredia?

—Nada. Si llego a descubrir una pista, usted será la primera en saberlo —dije, y sentí que mis palabras no eran convincentes.

—¿Cree que la muerte de Francisco fue accidental?

—Hasta ahora no tengo una razón que me haga pensar lo contrario.

—No olvide lo que le dije sobre Francisco y su temor por la terraza. Investigue, señor Heredia. No importa cuánto tiempo le demande, pero hágalo. Soy paciente puedo esperar.

2

«Athos conservó aun en el sueño eterno esa sonrisa suave y sincera, como adorno, que habría de acompañarlo a la tumba». La pena o la rabia pareció empequeñecer las letras impresas en las amarillentas páginas del libro publicado el año 1954 por la editorial Sopena Argentina. ¡Maldito Dumas! Dejaba morir también a Athos, y a mí me tocaba revivir el capítulo de su muerte, justo en el momento en que recurría a la tranquilidad de mi oficina para analizar el hipotético asesinato de Francisco Ritter. ¿Qué podía hacer? Estaba confundido, como un mago inexperto que intenta sacar un conejo del sombrero sin que el público advierta su truco. La hipótesis del asesinato parecía sin asideros, y por pereza o falta de pistas me aferraba a las conclusiones del informe policial.

El enigma más evidente era el del joven poeta universitario. Intuía que resolverlo me permitiría observar la muerte de Ritter desde otra perspectiva. Decidí conocer esa misma tarde la casa de Román, y para eso dejé de lado la novela de Dumas y salí del departamento hacia la dirección indicada por Fuentes.

El poeta Román vivía a tres cuadras de la Gran Avenida José Miguel Carrera. Conduje mi auto a velocidad moderada, sorteando las arremetidas de los buses que se dirigían al sur de la ciudad, atestados de escolares que regresaban de sus estudios. El barrio lucía deslavado por la lluvia de los últimos días. Me detuve frente a una casa de adobe, descendí del auto y pulsé el timbre instalado en el portón metálico de la vivienda. Luego de unos minutos salió una mujer de aspecto desgreñado. Me observó un instante y enseguida caminó a mi encuentro.

—Busco al joven Román —dije, después de saludarla.

La mujer bajó la mirada y por un instante pareció buscar algo entre las plantas que estaban a su alrededor.

—¿A mi hijo Claudio? —preguntó, finalmente.

Debía tener unos cincuenta años y en sus ojos creí descubrir las huellas de una pena.

—Claudio Román.

—No está informado —comenzó a decir la mujer y luego de una pausa, agregó—. Mi hijo murió hace dos semanas.

El asombro me dejó sin palabras. La mujer advirtió mi situación y comenzó a hablar en forma rápida, como repitiendo un parlamento que había dicho varias veces en los últimos días.

—Era de noche y venía de sus clases en la universidad. Lo asaltaron a dos cuadras de la casa. Unos vecinos escucharon sus gritos, salieron a ver que ocurría y lo encontraron botado en la vereda. Lo trasladaron al Hospital Barros Luco pero no se pudo hacer mucho por él. Sus heridas eran graves. Murió a los pocos minutos de llegar.

—¿Quién lo hizo?

—Es lo que yo quisiera saber. Cuando los vecinos salieron a la calle alcanzaron a ver a dos hombres que huían en una camioneta. Todo el tiempo ocurren asaltos similares en el barrio. Una piensa que nunca le va a tocar. Mi hijo solo llevaba tres mil pesos y un par de libros —agregó la mujer con resignación.

—¿Qué dice la policía?

—Fui a la comisaría del barrio. Los carabineros hicieron preguntas y anotaron algunas cosas. Hasta ahora no he sabido nada de ellos. Y al final de cuentas, qué más da, aunque encuentren a los culpables, no voy a recuperar a Claudio. Y usted, ¿para qué lo buscaba?

La pregunta me tomó de sorpresa y sólo atiné al balbucear algunas palabras incomprensibles.

—Puede ser más claro.

—Trabajo como orientador profesional en la universidad donde estudiaba su hijo. Estoy a cargo de coordinar la bolsa de trabajo. Analizo los antecedentes de los alumnos y luego propongo sus nombres a quienes requiere algún servicio. Claudio estaba postulando a un trabajo y yo debía hacer un informe sobre su situación económica.

—Pase a la casa —invitó la mujer—. Aunque no sirva de nada, le puedo decir algunas cosas sobre Claudio. Soy viuda y él era mi único hijo. Creerá que estoy loca, pero la verdad es que me consuela hablar de él.

La seguí hasta el interior de la casa. Me invitó a entrar en una pequeña habitación donde había una cama y dos o tres estantes con libros y cuadernos.

—Esta es su pieza —explicó—. Se pasaba horas enteras aquí, leyendo los libros que conseguía o escribiendo poemas. No sé de dónde sacó talento. Me gustaban las cosas que escribía, y a veces, cuando estábamos solos, él leía sus poemas y me explicaba lo que había tratado de decir.

—Debió ser un gran sacrificio pagar los estudios de su hijo.

—Él mismo costeara sus estudios. Vendía libros usados y también sus poemas, en los bares y cafés del barrio Bellavista. Además, escribía cosas que le encargaban distintas personas. Memorias para obtener títulos universitarios, novelas, discursos, qué sé yo. Era reservado con esos trabajos. Sólo una vez, cuando llegó con un televisor de regalo, me contó que lo había comprado gracias a una novela escrita por encargo de un señor adinerado. El hombre deseaba contar la historia de un amor juvenil, y si mal no recuerdo, se trataba de una novela ambientada en Italia, durante la Segunda Guerra Mundial.

Mientras escuchaba el relato de la mujer, di una ojeada a los libros ordenados en los estantes. La mayoría eran de poesías y el resto, novelas de autores como Raymond Carver y John Cheever. Entre esos libros, desgastados por el uso, descubrí los ejemplares de algunas novelas escritas por Leandro Verón y Pedro Angel Golconda, y varios manuales sobre técnica narrativa, estilo literario y uso del idioma.

—No hay mucho que ver —agregó la mujer—. Su cama, sus libros, el diploma

que ganó en un concurso literario de la universidad. Fotos y recuerdos de un viaje que hizo a Chiloé hace tres años.

—¿Tenía amigos? ¿Recibía visitas?

—Se juntaba todas las semanas con sus amigos del grupo literario. Seis o siete muchachos que se reunían a leer las cosas que escribían. En el cementerio los vi por última vez. Uno de ellos, Javier, me dijo que pensaban reunir dinero y publicar los poemas de Claudio. Ese era el gran sueño de mi hijo: un libro con su nombre en la portada.

—Me gustaría colaborar —mentí—. ¿Dónde puedo ubicar a Javier?

—Atiende un negocio de libros usados, en la calle Merced. Tiene nombre de librería de evangélicos, pero según me explicó Claudio, es un homenaje a la novela de un escritor cubano: «Paradiso».

—No quiero robar más de su tiempo —dije al tiempo que daba mis primeros pasos para salir de la habitación.

—Tiempo es lo que me sobra.

—Una última pregunta —agregué, cuando nos disponíamos a salir de la casa—. ¿Visitó o llamó por teléfono a su hijo, el señor Ritter?

—No que yo sepa. ¿Quién es ese señor?

—Un profesor de la universidad.

Di otros pasos hasta llegar a la reja metálica que marcaba el fin de la casa, y cuando ya estaba por despedirme, escuché otra vez la voz de la mujer.

—No me dijo su nombre, ¿señor?

—Heredia, me llamo Heredia.

Subí al auto y me alejé de la casa, acelerando a toda la velocidad que permitía el ruinoso motor del vehículo. Pensé en la mujer, que seguramente conservaría inalterable la pieza de su hijo ausente y lamenté entrar a su casa con mi carga de mentiras y secretas intenciones.

Más tarde, mientras recorría la calle Merced en busca de la librería «Paradiso», reconocí que la visita a la madre de Román había servido para conocer el motivo de su ausencia en el restaurante donde se juntaba con el crítico. ¿Sabía Ritter que el poeta estaba muerto? me pregunté frente a la vitrina de una tienda de antigüedades. Y si así era, ¿tenía la muerte de Román alguna relación con el aparente suicidio de Ritter? Dudas. Interrogantes. Siempre existía una pregunta que apuraba mis pasos hacia los misterios ocultos tras las vidas ajenas. Y frente a eso, mis reclamos sólo eran suspiros al aire. Indagar en lo ajeno era la inevitable exigencia de un oficio al que seguía fiel, pese a la incertidumbre de lo desconocido y a los golpes que a veces recibía por meter mis narices donde nadie me llamaba. Un oficio que muchas personas miraban con recelo y que había alejado de mi lado a mujeres que dijeron amarme, pero no estuvieron dispuestas a compartir sus sueños con un hombre que solo aspiraba a llegar vivo al final de cada noche.

La librería estaba en un sector ocupado por tiendas de antigüedades, galerías de

arte, salas de teatro y restaurantes. Llenaba un espacio pequeño, entre dos boliches de abarrotes y una disquería. Sus paredes estaban recubiertas de libros y afiches de conciertos de rock, obras de teatro y películas.

Entré, y una vez en su interior, examiné las estanterías simulando ser un cliente en busca de gangas. Un muchacho delgado y pálido vigilaba la tranquilidad de la librería desde un roñoso escritorio de madera. Vestía chaqueta de cotelón y un chaleco de cuello alto. Se notaba que sentía frío y estaba aburrido, con ganas de irse a otra parte, lejos de ese lugar donde se respiraba un pesado olor a humedad y papel viejo.

De uno de los estantes saqué un ejemplar de la novela «Luces de Hollywood» de Horace Mac Coy. Me acerqué hasta el escritorio, el muchacho tomó el libro, revisó su valor escrito en la primera hoja y lo dejó en una esquina del escritorio, a mi alcance.

—Dos mil pesos —dijo—. Si le interesa Horace Mac Coy, puedo ofrecerle un ejemplar de «Acaso no matan a los caballos».

—Lo tengo, y también vi la primera película basada en esa novela, la que filmó Sidney Pollack. La exhibieron cuanto tú aún no nacías, en uno de esos viejos cines del centro que ahora están convertidos en sucursales bancadas.

El muchacho sonrió y con un movimiento de sus manos dio a entender que contra el paso de los años no había nada que hacer.

—La primera novela que leí de Horace Mac Coy fue «Di adiós al mañana» —dijo—. Entonces no sabía que era un autor marginado por sus ideas políticas ni que había trabajado de guionista en Hollywood.

—Veo que sabes de libros y autores —comenté y luego de una pausa que aproveché para examinar las portadas de los libros que estaban sobre el escritorio, pregunté—. ¿Cómo van las ventas?

—¡Flojas! ¡Muy flojas! Cada día es menos la gente que compra libros.

—¿Tú eres Javier? —pregunté. El muchacho se sorprendió al escuchar su nombre.

—Sí —dijo—. ¿Quién es usted?

—Alguien que conoció a Claudio Román. Sé que ustedes dos eran amigos y tenían un grupo literario. ¿Me equivoco?

—Usted no era amigo de Claudio. Podría apostar a eso.

—Me llamo Heredia y soy detective —dije—. Investigo la muerte de Claudio y me gustaría saber algunas cosas sobre sus actividades, amigos y trabajos.

—¿Detective? —preguntó Javier, inquieto.

—Detective privado. Quiero saber cómo era y qué hacía tu amigo Claudio. Su madre me dio tu nombre.

La mención de la mujer tranquilizó al muchacho. Encendió un cigarrillo y habló de su relación con Román; de cómo se amistarón durante el primer año en la universidad y de los proyectos literarios compartidos con otros poetas que, como ellos, persistían en el oficio pese a las dificultades para difundir sus obras.

—Claudio era el mejor del grupo —dijo, deteniéndose un segundo a contemplar

la estela de humo que brotaba de su cigarrillo—. Dejó un libro que nos hemos propuesto publicar y que él, durante mucho tiempo, presentó en distintas editoriales. Pero no tuvo suerte; es difícil que las editoriales acojan la obra de un poeta joven y desconocido.

—Su madre me dijo que él escribía algunas cosas por encargo.

—Le decíamos el poeta fantasma, porque redactaba textos que una vez publicados eran firmados con los nombres de otras personas. Escribía mucha prosa fantasmal. Entre otras, ordenó y reescribió una especie de ensayo basado en las charlas y entrevista de un psicólogo. El libro tuvo mucho éxito. Claudio no podía decir nada respecto a su autoría de los textos ni recibir los beneficios de las ventas. Le pagaban una cantidad fija y punto. También le encargaban escribir memorias para obtener títulos universitarios o textos para folletos, afiches o volantes publicitarios. Se sentía mal haciendo esos trabajos, pero le permitían pagar sus estudios y ayudar a su madre.

—Sé lo que es eso. A menudo investigo casos que no me interesan, pero llenan mi billetera. Hay que aprender a trabajar en asuntos ingratos. Sin ir más lejos, Horace Mac Coy, de quien hablábamos, trabajó en los oficios más diversos: vendedor de periódicos, extra de película, y «prostituta literaria», como él calificó su trabajo de guionista en Hollywood. Todo es válido con tal de mantener vivo el fuego que nos calienta —dije y luego pregunté—. ¿Cómo llegó Claudio a ese trabajo?

—Gracias a la ayuda de un profesor de la universidad.

—¿Ritter?

—¿Lo conoce? —preguntó Javier, sorprendido, y luego de una pausa, agregó—. Parece que sabe más cosas de Claudio de las que me ha dicho.

Observé al muchacho y la transparencia de su mirada me hizo confiar en él. Le hablé acerca de mi trabajo y sobre las dudas respecto de la muerte de Ritter.

—¿El asalto de Claudio está relacionado con la muerte del profesor?

—Hasta ahora, nada me hace pensar que sea así —dije—. Quería saber más cosas sobre Ritter. Comencé mis indagaciones y di con el nombre de Claudio. Luego supe de su muerte y aquí me tienes, dando palos de ciego.

—Nunca nos habló mucho sobre su relación con Ritter. El profesor venía a buscar unos sobres que Claudio le dejaba. La última vez que lo vi fue tres días después de la muerte de nuestro amigo. Ritter no lo sabía y se descompuso al conocer la noticia. Preguntó, dos o tres veces, si Claudio había dejado un sobre a su nombre. Le dije que no, y eso pareció preocuparlo, tanto o más que la mala noticia.

—¿Existía entre ellos algo más que lazos de trabajo?

—El profesor le tenía afecto y Claudio, un gran respeto.

—Mi pregunta apuntaba a otra cosa.

—Claudio tenía los pantalones bien puestos.

—Por ahora no tengo más preguntas —dije, y luego de pasarle una de mis tarjetas de visita, agregué—. Si recuerdas algo más, llámame.

—Lo haré, no le quepa duda.

—Y otra cosa, si te llegan libros de Mac Coy, guárdamelos.

El muchacho sonrió. Caminé hacia la calle y una vez en ella, me di cuenta que había vuelto a llover. Un duende diabólico en mi interior me exigió buscar refugio en un bar.

3

—Demasiados literatos en mi vida —dije al escritor, que junto a una mesa del «City», bebía su habitual Jack Daniels—. Como suelen decir: es mejor leer a los escritores que conocerlos; alojarlos en pieza aparte, darles de comer en el patio.

—Aún te queda una larga lista de escritores con quienes conversar. Vas a tener que armarte de paciencia.

—¿Crees que uno de ellos pudo matar al crítico?

—De todo hay en la viña del Señor. No pongo las manos al fuego por nadie.

—Si no veo pronto una luz, llamaré a Berta Zamudio y le diré que abandono el caso.

—No has dicho nada acerca del poeta fantasma. ¿No te parece sospechosa su muerte?

—Me llama la atención la cercanía de su muerte con la del crítico. Mientras caminaba hacia el bar pensaba que quizá he seguido huellas erradas. Si la muerte de Ritter se debe a un asesinato, hay que buscar al culpable en otra parte, no entre sus amigos escritores.

—Tú desánimo me conmueve.

—La depresión me arrastra de las mechas. La culpa es de Alejandro Dumas. Mató a Porthos y Athos.

—¿Otra vez releendo las historias de los mosqueteros? Lo que necesitas es una buena borrachera, porque ya ni siquiera te quejas por la ausencia de Griseta, esa muchacha de la que en otra época parecías tan enamorado.

—Hay sentimientos que van quedando en el pasado. Volver a ellos es tan inútil como tratar de subir de nuevo a los árboles de la infancia. Mis huesos, incluidos los del alma, se han puesto duros.

—Necesitas otro trago.

—Otro trago y luego seguir trabajando en un asunto que carece de interés.

—«La realidad no tiene la menor obligación de ser interesante».

—¡Borges! Por esta vez te concedo el placer de una cita, pero no olvides que yo soy el que suele refugiarse en palabras ajenas. Lo cierto es que echo de menos una pista clara, el testimonio de un testigo, o a un matón que se cruce en mi camino, y a quien, luego de unas trompadas, se le pueda extraer una fugaz verdad.

—No todos los crímenes dejan huellas ni se cometen en los callejones.

—Eso lo sé. Los peores crímenes se comenten en los salones empresariales, las oficinas de gobierno y los cuarteles militares. Lo demás son asesinatos o robos cometidos por delincuentes menores, tan indefensos como sus víctimas. El crimen en el callejón, en la barriada miserable, sólo nos recuerda que vivimos en la selva. Una selva sofisticada, pero selva al fin de cuentas, con sus leyes de sobrevivencia, sus camuflajes de camaleones o la triste resignación de la lagartija que ve, sin otra opción más que mirar, cómo la serpiente irrumpen en su nido y le come los huevos. En fin, sé que no vienes al bar a escuchar disertaciones. Solo quiero decirte que el asunto de Ritter me fatiga. Debe ser por culpa de los años. Me cansa conversar con personas desconocidas, mentir para sacar un fragmento de verdad de sus conciencias, oírlas hablar sus vidas, sin tener la posibilidad de contarles un par de cosas acerca de Heredia y sus miserias.

—Parece que es cierto que Dumas te tiene deprimido. Pide otra copa. El señor Jack Daniels es un psicólogo excepcional.

—No es un asunto que se resuelva con copas. Es la cabrona vida.

—¿Y de qué te sirve quejarte? Escogiste un camino, has andado por él un buen trecho y no puedes volver atrás. La gente que va a tu oficina espera algo de ti, y no puedes defraudarlas.

—A veces me canso de vender esperanza.

—Mañana será otro día y el sol alumbrará de nuevo.

—¡Deja esas pendejadas para tus novelas!

4

Al otro día salió el sol, pero sin el entusiasmo esperado. Seguía lloviendo y en mi cabeza hacía estragos la resaca provocada por los tragos compartidos con mi amigo escritor. Después del «City» caminamos hasta un sucucho próximo a mi oficina y de ahí, ya al inicio del nuevo día, nos fuimos al Mercado Central a comer mariscales. Nos despedimos a la salida del mercado y de regreso en mi oficina, me tendí en la cama sin escuchar las protestas de Simenon.

Al despertar el gato seguía a mi lado, entretenido en el aseo matinal de sus extremidades y bigotes. Lo atraje a mi lado y acaricié su blanco pelaje. Las ideas se ordenaron en mi cabeza y luego de un rato, decidí visitar a Leandro Verón.

—Una ducha, dos cafés cargados y a la calle —le dije a Simenon, anticipándole la futura secuencia de mis pasos.

—Ya era hora que asomaras a la vida. Es la una de la tarde y aún no me sirves el almuerzo. Como sigas con la misma irresponsabilidad, un día de estos me cambio de casa y te dejo solo.

—La misma amenaza de siempre. ¡Ya no me asusta!

—Últimamente ni siquiera conversas conmigo.

—Acabo de acariciarte la cola. ¿Qué más quieres? —le pregunté y sin esperar su respuesta, caminé hasta el baño, donde me aguardaba una ducha inesperadamente helada.

—Si hablaras conmigo, sabrías que se acabó el gas.

Maldije al gato y aguanté el chorro de agua fría hasta que mis huesos suplicaron piedad. Después me vestí y salí a la calle a la búsqueda de una cálida taza de café.

Dos horas más tarde estaba golpeando a la puerta del departamento de Leandro Verón.

Salió a recibirme un hombre joven, que supuse era el mayordomo. Le di mis señas y me hizo esperar un momento. En el aire había un olor dulce, como si alguien estuviera horneando un queque o preparando mermelada. Pensé en las preguntas que debía formular a Verón y no se me ocurrió ninguna. Necesitaba estar frente a él y mirarlo a los ojos. Sólo entonces sabría qué preguntar.

El mayordomo regresó y me invitó a pasar a la habitación donde se encontraba Verón. Entramos a una sala amplia, de paredes limpias, y en cuyo interior sólo había un escritorio rodeado de cuatro sillas. Sobre el escritorio divisé un computador portátil y un diccionario. Una de las sillas era ocupada por un hombre de mediana estatura, rostro sonrosado y cabellos negros. Vestía pantalón azul y una camisa blanca, ceñida, que dejaba en evidencia su abultada barriga. Se puso de pie e intentó una sonrisa que no pasó más allá de una mueca. Recordé los libros de Verón que había encontrado en la pieza del poeta fantasma, y deduje que la foto que aparecía en ellos había sido tomada diez o doce años atrás. El hombre que estaba frente a mí tenía un rostro más abultado y peinaba menos cabellos.

—¿Heredia? —preguntó, al tiempo que indicaba una de las sillas desocupadas frente al escritorio. Asentí con un movimiento de cabeza y de reojo observé la habitación, desprovista de todo adorno, cuadro o afiche que indicaran algo sobre la personalidad del escritor.

—No vivo en este departamento —dijo, adivinando mis pensamientos. Su voz tenía un tono engolado, desagradable—. Esta sala es sólo mi lugar de trabajo.

—Me extrañaba que no hubiera libros en la casa de un escritor.

—Lo que necesito para trabajar está en esta pieza. El escritorio, una silla que no

atormente mis glúteos, mi computadora y el diccionario. Lo demás está en mi cabeza.

Observé el escritorio con la intención de ver sobre ella alguna página impresa y no tuve suerte. Deduje que ese día no estaba resultando productivo para Verón. Si algo tenía en mente para escribir, tendría que posponerlo para más tarde.

—¿De qué revista viene usted? —preguntó, acomodándose en su silla—. No recuerdo que me lo haya dicho cuando me llamó para concertar la entrevista.

—No mencioné ninguna revista. Soy detective privado e investigo el posible asesinato de Francisco Ritter —respondí y vi que en su rostro se dibujaba una expresión de sorpresa. Fue algo breve; de inmediato Verón recuperó el aspecto pétreo de su rostro, semejante al de un moái de la Isla de Pascua.

—Leí todo lo que salió en la prensa sobre su muerte, fui a su funeral, y nadie mencionó jamás una idea semejante. ¿A quién se le ocurrió?

—A la señora Zamudio.

—Berta y otra de sus alocadas ocurrencias. Soy amigo de ella, como lo fui de Francisco, pero creo que la edad juega en su contra. Lo comenté alguna vez con Francisco. Él estaba preocupado, porque al parecer Berta lo celaba, inventaba intrigas en su contra o romances que nunca habían pasado por la mente de mi infortunado amigo. Es más, en varias ocasiones tuve que prestarle este estudio para que pudiera reunirse con sus alumnas. Yo en su lugar, no prestaría atención a la enfermiza imaginación de Berta.

—El problema es que ella paga mis honorarios.

—Bueno, en ese caso, sí tiene algo de que preocuparse —dijo, al tiempo que sacaba un paquete de cigarrillos desde uno de los cajones laterales de su escritorio—. Aunque el medicastro que frecuento me prohibió el tabaco, me permito algunas licencias. ¿Usted fuma?

Acepté un cigarrillo y saqué el encendedor que portaba en la chaqueta. Después de arrojar la primera bocanada de humo, el escritor pareció más feliz que unos minutos atrás.

—Supongo que usted tiene que hacer su trabajo dijo. —¿De qué desea conversar?

—Intentó reconstruir los últimos momentos de Ritter. Sé que usted y él estuvieron en una cena, la misma noche de su muerte.

—¡Esa cena! Uno debería solicitar los antecedentes mentales de los invitados antes de aceptar ir a una cena. Imagino que usted ya debe saber lo que ocurrió en aquella reunión. El alcohol desató la locura de algunos de los comensales, y lo peor de todo, si lo miramos a la luz de lo sucedido más tarde, se produjo una especie de conjura en contra de Ritter.

—Esa locura como usted la llama, ¿pudo haber motivado una acción violenta?

—De ninguna manera. Sólo fue la expresión de algunos resentimientos menores. A los escritores, cuando su trabajo no va acompañado del reconocimiento que creen merecer, se les van pegando algunas costras en el alma.

—¿Y usted, tiene costras en su alma?

—Probablemente, en mis inicios, cuando consideraba que el medio era indiferente a las bondades de mis textos. Con el tiempo he aprendido a contener los ímpetus y sé que la impaciencia es mala consejera en asuntos literarios. Si usted está medianamente informado acerca de mi obra, sabrá que reconocimientos no me faltan. Mis libros se leen y la crítica ha sido entusiasta con ellos.

—En especial la de Ritter, a quien algunos consideran su principal promotor.

—No sólo él, Heredia —dijo, acentuando el tono severo de su voz—. Aunque reconozco que sus juicios siempre me favorecieron y que él sentía un entusiasmo especial por mis novelas. Eso, más la amistad que nos unía, indudablemente cargaba sus juicios a mi favor. Pero, le insisto, no solo él supo reconocer mis méritos. Podría mostrar muchos comentarios elogiosos, escritos por críticos a los que no conozco.

—Volviendo a la noche de la cena. ¿Es verdad que a la salida del restaurante, usted y Ritter discutieron?

—Deduzco que ya conversó con Santiago Torrejón.

—Hasta ahora él es mi principal fuente para saberlo que ocurrió esa noche.

—Entonces tendrá una versión detallada de los hechos. Torrejón es el mayor chismoso del medio. Si la agilidad de su lengua la pudiera traspasar a sus escritos sería un genio.

—Veo que no le tiene simpatía.

—Al contrario. Lo estimo y de tarde en tarde me entretiene conversar con él. Solo que no tengo un gran concepto de sus dotes literarias. Es un buitre que vive picoteando las sobras que dejan los auténticos escritores.

—¿Qué motivó su discusión con Ritter?

—Es usted insistente —dijo Verón, intentando sonreír—. No llamaría discusión a mi diálogo de esa noche con Ritter. Simplemente le hice ver que no podía soportar las críticas de sujetos como Cabanes y Poblete. Le dije que debía hacerse respetar. Tal vez hablé en un tono más elevado que lo habitual y eso llamó la atención de Torrejón. Ritter abordó un taxi y se fue a su casa.

—Y usted fue a beber una última copa con Torrejón y los demás.

—Así es. Fuimos a otro lugar, comentamos los incidentes de la comida, y eso fue todo. Después Golconda se ofreció para llevarme a mi casa. —Verón aprovechó una pausa para mirar el paisaje a través de las ventanas, y luego agregó—. Parece que usted me tiene en su lista de sospechosos.

—No tengo ninguna lista de sospechosos. Quiero recomponer los hechos, y luego convencer a la señora Zamudio de que la muerte de Ritter fue accidental.

—Hace bien, Heredia. No es bueno rodear el nombre de Francisco con sospechas injustificadas. ¿Alguna otra pregunta?

—Me llama la atención que usted, teniendo un mal concepto de Torrejón, lo llamara a la mañana siguiente para comentar la muerte de Ritter.

—La necesidad tiene cara de hereje, señor Heredia. Escuché la noticia en la radio y dadas las características ya comentadas de nuestro amigo Torrejón, pensé que era la

persona más adecuada para ratificar lo que mis oídos se negaban a creer.

—¿Y él estaba al tanto de todos los detalles?

—Había escuchado la noticia y hablado por teléfono con Cabanes, la escritora Nogueras y con Poblete, el gerente de la editorial Visual.

—¿Por qué no llamó a la señora Zamudio?

—Lo hice y nadie respondió.

—Como en un buen cuento, el círculo se vuelve cerrar. Salvo que me equivoque y deba hacer mi búsqueda fuera del medio literario.

—¿A qué se refiere, Heredia?

—Ritter pudo tener conflictos de otra índole, con otras personas. Estoy pensando en deudas de juego, adicción a las drogas, líos sentimentales.

—Fui amigo de Francisco y nunca supe que tuviera problemas como los mencionados. Sin embargo, a veces los amigos no se cuentan todas las cosas. Le recomiendo que hable con la escritora Nogueras. Durante algún tiempo se dijo que entre ellos dos había algo íntimo. Ahora, y si no tiene más inquietudes, me gustaría seguir con mis tareas del día. En unos días más empieza la Feria Internacional del Libro de Santiago y tengo que preparar una conferencia sobre la literatura chilena en el siglo diecinueve. También, y aunque ya lleva casi un mes en librerías, se presentará mi nueva novela. Los escritores trabajamos más de lo que la gente habitualmente cree. Usted podrá ocupar dos o tres tardes en leer mi última novela, y a mí, escribirla me demandó nueve meses de intenso trabajo.

—Como un embarazo.

—Veo que tiene humor, Heredia. Me gusta la gente con humor.

—En mi próxima visita traeré uno de sus libros para que lo autografie. Con la firma de sus autores los libros tienen otro valor. Además, el autógrafo obliga a pensarle dos veces antes de vender el libro en los puestos de la Plaza Almagro.

—Espero que venga a verme solo para eso, y que para entonces ya haya convencido a Berta de que está tratando de ver bajo el agua. Dígale que no pierda su tiempo ni su dinero. La muerte de Francisco fue un accidente lamentable y triste, pero accidente al fin de cuentas.

Verón se puso de pie para acompañarme hasta la salida de su estudio.

Mucho diálogo y pocas nueces, me dije una vez que estuve de nuevo en la calle, frente a la vitrina de una librería donde se apilaban numerosos ejemplares de su más reciente novela: «El dios de los seres cotidianos».

Entré a la librería y adquirí un ejemplar. Después busqué refugio en una fuente de soda, pedí una cerveza y me acomodé en un rincón apartado del boliche para leer la primera página de la novela.

Mi cita con Carmen Trigo estaba originalmente concertada para las diez de la mañana, pero una hora antes recibí la llamada de su secretaria que aplazaba nuestro encuentro para más tarde.

—Lo recibiré a las ocho de la noche —dijo y cortó la comunicación sin darme tiempo a responder si estaba de acuerdo o no con la propuesta.

Ocupé algunas horas de la mañana en continuar la lectura de la novela de Verón, iniciada el día anterior y abandonada por la noche por «El vizconde de Bragelonne». La novela de Verón no había conseguido entusiasmarme en sus primeras treinta páginas. La historia, protagonizada por un empleado bancario descendiente de una familia aristocrática venida a menos, era la repetición de otras de sus novelas. Pese a eso, decidí darle una segunda oportunidad y retomar su lectura en otro momento.

Después del almuerzo salí a caminar por el barrio, entré a revisar las novedades en la tienda de discos del barrio y regresé al departamento a dormir una siesta, acompañado por el ronroneo de Simenon y las notas siempre oportunas de la tercera sinfonía de Mahler. Más tarde, me afeité cuidadosamente y salí al encuentro de Carmen Trigo, la escritora que según una revista hojeada en el quiosco de Anselmo, había irrumpido en el medio literario con la fuerza de un tornado. Era autora de tres novelas y un volumen de cuentos, que tenían como eje el retrato de la vida cotidiana de las mujeres. Eso, más un estilo ágil y depurado, según apuntaba el comentario, la convertían en una escritora que captaba rápidamente el entusiasmo de sus lectores.

Me esperaba en su departamento ubicado a una cuadra de la Plaza Nuñoa. Salió ella misma a recibirme y me hizo pasar a una sala en la que había un enorme sillón de cuero rojo y varios estantes con libros. En el ambiente flotaba un fuerte aroma a incienso. Carmen Trigo era una mujer atractiva y si la información que aparecía en las solapas de sus libros no mentía, debía estar bordeando los cuarenta años. Su cabellera azabache y ensortijada caía sobre sus hombros hasta rozar el inicio de sus pechos. Vestía polera roja, falda de cuero, y sus piernas estaban enfundadas en unas llamativas medias negras. Tenía un bello rostro y en sus ojos negros había una huella de tristeza que, acompañada de unas ojeras mal disimuladas por el maquillaje, me hizo pensar que, al menos ese día, la mujer no era feliz o se reponía de una trashedada.

—Cuando hablamos por teléfono y dijiste que eras detective imaginé que serías una especie de gorila con bigotes de bandido mexicano. Qué bueno que me equivoqué —dijo, concentrada en mi rostro, luego de indicarme que me sentara en el sillón. Enseguida y al tiempo que se acercaba a un mueble ubicado junto a una lámpara de pie, preguntó—. ¿Quieres beber algo? Hace frío y no nos vendría mal calentar el cuerpo.

Sin esperar mi respuesta, tomó dos vasos y los llenó con generosas raciones de whisky.

—Ahora estamos en condiciones de conversar —dijo, sentándose a mi lado y después de pasarme uno de los vasos. Me inquietó la proximidad de sus piernas y no pude evitar observarlas con el entusiasmo del ratón que mira su trozo de queso favorito. Ella, al reconocer mi atracción, sonrió maliciosamente.

—Todos los hombres son iguales, enmudecen frente a un par de piernas. Si una aprende a usarlas puede obtener muchos beneficios —insistió y luego de probar su bebida, agregó—. Te escucho.

—Como le dije en nuestra conversación telefónica.

—Como te dije —corrigió la escritora, sonriendo.

—Como te dije, se trata de la muerte de Francisco Ritter. La persona que me contrató piensa que no murió en un accidente y...

—Estoy en tu lista de sospechosos. ¿Es eso? —preguntó, coqueta.

—Intento saber si alguien tenía motivos para asesinarlo y, a falta de otras pistas, estoy conversando con las personas que lo acompañaron en la última comida a la que asistió. Pensar que alguien lo pudo asesinar por una mala crítica no me parece una línea de acción muy sólida, pero uno tiene que jugar con las cartas que le tocan, y en el fondo, lo que pretendo es llegar a conocer mejor a Francisco Ritter. Cómo era, qué opinión tenían las personas de él, cuáles eran sus principales amistades, qué hacía además de ejercer como crítico literario.

—Dudo que pueda ayudarte —dijo Carmen Trigo—. Conocí a Ritter en esa comida. Antes sólo había leído sus comentarios, incluidos los que escribió sobre mis libros, a los que trató con especial generosidad. La idea de que lo mataran por algunas de sus críticas me parece descabellada. Si no fue accidente, pudo ser un suicidio. Ahora, si aceptara la hipótesis del asesinato, me inclinaría a pensar que fue por algo que estaba escribiendo y cuya publicación se quiso evitar. Como puedes ver, mi imaginación trabaja deprisa. Lástima que no sea igual todo el tiempo.

—¿Conocías a los otros comensales? —pregunté.

—Sólo a Casimiro Poblete, mi editor; y a Jorquera, el relacionador público de la editorial Visual. Esa noche dieron un espectáculo bastante entretenido.

—¿Por qué dices que fue un espectáculo entretenido?

—Conocía a los otros de nombre. Como me cuesta hablar con personas a las que recién conozco, me sentí como se estuviera ante una obra de teatro, solo que en lugar de la primera fila, me encontraba en el escenario. Verón y Golconda en sus roles de intocables, hablando de sus invitaciones al extranjero y las entrevistas que les quitaban tiempo. Y luego estaba el pobre de Casimiro Poblete, a quien estimo porque apoyó la publicación de mi primer libro, aunque no puedo dejar de reconocer que se portó como un imbécil al atacar a Ritter. Jorquera, intentando decir alguna cosa inteligente, cuando todos saben que de literatura no entiende nada. Y Patricia Noguera, que se hacía la amable y cariñosa con el finado, sin darse cuenta que el crítico se sentía incómodo.

—Tienes una lengua afilada.

—Déjame que termine mi retrato de la escena. Estaba Mario Cabanes, con sus aires intelectualoides, actuando como si sus logros literarios fueran comparables con los de Golconda o Verón. Sus ínfulas corrían a la par de las de la vieja Genoveva León, recordando sus años de supuesta gloria, sus amoríos con éste y el otro. El único que no actuaba era Santiago Torrejón. Sólo quería pasarlo bien, disfrutar de la comida y escuchar algunos chismes nuevos.

—Tienes buena capacidad de observación.

—Soy escritora. No lo olvides.

—Tendré cuidado con lo que haga.

—No tienes nada de qué temer —dijo Carmen Trigo, sonriendo—. Se nota que eres un tipo inofensivo.

—¿Tú crees?

—Algo en ti me da confianza —contestó la escritora, y enseguida volvió a beber.

—¿No vas muy rápido con la bebida?

—Descuida, últimamente estoy acostumbrada —dijo, y la tristeza se acentuó en sus ojos—. No voy a perder la cabeza.

Tomé mi copa y apuré su contenido para estar a la par con mi anfitriona.

—Además de la entretención, ¿qué más te dejó esa cena?

—Un horrible dolor de cabeza.

—Me refiero a las discusiones durante la cena.

—Era como esos juegos en que los participantes están obligados a decir lo que piensan. Como no frecuento, a mis colegas, todo parecía ser parte de una escena ensayada muchas veces, y en algún momento me pregunté si ellos hablaban en serio o estaban divirtiéndose. Después cuando fuimos con Golconda y Verón a tomar una copa, les pregunté que opinaban sobre lo sucedido. Verón le restó importancia y Golconda, que no se caracteriza por su humildad, dijo que era uno de los peligros de reunirse con mediocres.

—¿Eso es todo?

—Bebí mi copa y me fui en un taxi —dijo Carmen Trigo, y luego de beber el último sorbo de licor que sobrevivía en su vaso, preguntó—. ¿Sigo siendo sospechosa?

—Quisiera hacerte otra pregunta —le dije, al tiempo que miraba sus labios pintados en un suave tono rojo.

—¿Sobre qué? ¿Aún no te convengo de mi inocencia?

—Tu prisa con el licor.

La escritora intentó una sonrisa, sin éxito. Se puso de pie, me arrebató la copa que tenía en una de mis manos, y se acercó al mueble donde guardaba sus botellas. Volvió a rellenar nuestros vasos y después se sentó a mi lado.

—Pensarás que soy una borracha —dijo.

—Creo que estás triste, sola y deprimida.

—Parece el título de una novela de Osvaldo Soriano, pero es verdad.

—¿En qué orden vas a contarme tu historia?

—¿Por qué habría de contarte algo?

—Porque estoy triste, solo y deprimido.

Carmen Trigo me miró a los ojos. Retuve su mirada y sin pensar mucho en lo que hacía, me aproximé a su lado y la besé en los labios. Ella se dejó besar, y luego de unos segundos abrió los ojos y me apartó.

—¿Con todas tus sospechosas usas el mismo método de interrogación?

—Sólo con las que son hermosas y no me dejan concentrarme en las preguntas.

—No te andas con rodeos, Heredia. Eso me gusta.

Carmen volvió a buscar mis labios. La besé y nos besamos. Ella posó su cabeza en mi pecho y comenzó a desabrochar mi camisa. Acaricié sus piernas y volvimos a besarnos. Luego ella se puso de pie y con movimientos rápidos comenzó a despojarse de su ropa hasta quedar desnuda, sólo con sus medias negras cubriéndole las piernas. Se acercó hasta posar su sexo en mis labios, y suavemente, como si me dispusiera a trasladar un valioso jarrón de porcelana, tomé su perfecto culo entre mis manos. Sentí su estremecimiento y seguí en mi afán, hasta que ella me invitó a tenderme a su lado. La tibieza de sus pechos impactó en mi cuerpo como dos balas fulminantes.

Volví a buscar su boca y no pensé en ninguna otra cose que no fuera recorrer las historias escritas en el cuerpo de Carmen Trigo.

6

En algún momento de la noche nos trasladamos al dormitorio. El amanecer nos sorprendió desnudos, en medio de una cama que parecía extenderse hasta el infinito. Sobre la ventana del dormitorio caía una suave lluvia. Parecíamos los sobrevivientes de un intempestivo naufragio, del que ninguno de los dos deseaba ser rescatado. Carmen yacía a mi lado. Deslicé una caricia por su espalda; ella abrió los ojos y sonrió.

—¿Sigues investigando? —preguntó.

—Quería comprobar que era verdad y no el producto de una borrachera.

—Yo soy la ebria del grupo, no lo olvides —dijo.

—Sólo hasta que te cuente algunas de mis historias. En verdad, ignoras lo que es vivir pendiente de las sonrisas de una botella.

—Quiero conocer esas historias.

—Todo a su tiempo.

—¿Piensas volver?

—Aún no te borro de mi lista de sospechosos.

—Pensé que te había convencido de mi inocencia.

—Además, te incorporé a mi lista de escritoras favoritas.

—¿Es muy dura la competencia?

—Patricia Highsmith, Vera Caspary, la baronesa de Orczy, entre otras.

—Ninguna de ellas te podrá mostrar la intimidad de sus escritos —dijo Carmen, y luego de buscar mis labios con un beso, preguntó—. ¿De verdad quieres volver?

—Si tú no te opones ni me das con la puerta en las narices.

—No todos los días son domingo, Heredia. La próxima vez puedes encontrar la cara oculta de la luna.

—¿Y qué hay en esa cara oculta?

—Una escritora deprimida que no encuentra una buena historia, y a la que cada dos días llama su editor para exigir la entrega de la novela por la cual ya pagó un buen adelanto. No sé qué hacer.

—Algo me dice que me estás contando una verdad a medias.

—La verdad es que terminé de escribir la novela y como no me convence, no me atrevo a entregarla a la editorial. La leo y releo, y me da pánico. No sé si vuelva a escribir algo que me satisfaga.

—Dicen que si alguien escribe una vez, volverá a hacerlo.

—Esa frase sólo prueba que has leído a Hemingway. En la realidad, a veces se llega a cierto punto de una historia y luego no se sabe cómo seguir. La inventiva se agota; comienza a operar una suerte de parálisis, y no se hace otra cosa que pensar, inútilmente, en la frase siguiente.

—El viejo Hem decía cosas sabias. «Si uno sigue pensando en lo que escribe, pierde el hilo y al día siguiente no hay modo de continuar. Yo necesitaba hacer ejercicio, cansarme el cuerpo y además era buena cosa hacer el amor con la persona que uno amaba. No hay nada mejor que eso».

—Como ejercicio de la memoria, no está mal. Pero no confundas el amor con una noche de ternura. Yo no te amo, Heredia. Otra de las cosas que puedes encontrar en la cara oculta de la luna es a una mujer sola y triste porque hace cuatro meses la dejó el hombre al que ella quería. Nos conocimos hace dos años y durante un tiempo la relación fue armoniosa. Pero él estaba enamorado de una imagen. La de la escritora exitosa y alegre que aparecía en las entrevistas. Y se encontró con una mujer retraída, que prefiere quedarse en casa en lugar de asistir a los eventos sociales, y que pasa gran parte de sus horas frente a una computadora escribiendo historias que la entusiasman y deprimen al mismo tiempo. Al final, él tomó sus cosas y se marchó.

—La vida suele dar segundas oportunidades.

—Me gustaría verte otra vez —dijo Carmen y se acercó a mi lado. Sentí la tibieza de su cuerpo y maldije todas las noches que había dejado pasar, solo, cubierto con mis miedos y los fantasmas de mis viejas amantes.

—Volveré —dije y ella buscó mi cuerpo con sus labios hasta que despertó en mí el viejo e insaciable deseo.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

Tomábamos desayuno luego de un baño compartido. Se había quedado mirándome fijo, como si hubiera descubierto una mancha extraña en mi rostro.

—El hombre del que antes te hablé, dijo que se había cansado de mí. Si yo me enamorara de ti, Heredia, ¿te aburrirías?

—Solo soy un desconocido que se cruzó en tu camino. No sé anticipar el futuro ni tampoco hago apuestas en su nombre.

7

—¿Quién eres, Heredia? Llegas a mi casa con tus preguntas, me haces el amor, me despiertas el deseo de verte otra vez y no tengo la menor idea de quién eres.

—¿Te interesa saber quién soy?

—Quiero conocer la cara oculta del hombre que pregunta.

¿Quién eres, Heredia? Recordé aquellas palabras mientras caminaba hacia mi auto, luego de abandonar el departamento de Carmen Trigo. La pregunta me tomó de sorpresa, y con la sensación de estar frente a un espejo y sin la posibilidad de traicionar mis recuerdos, le hablé de mis primeros recuerdos en el orfanato, de la imagen de un muchacho silencioso, aficionado al anonimato de las sombras y al frío de la pequeña biblioteca donde pasaba leyendo novelas. Le hablé del miedo y el desencanto. De mi trabajo como júnior en el hotel galante donde conocí a Santibáñez, un policía retirado que me enseñó dos o tres reglas del oficio y me alentó a instalar una oficina de investigaciones legales que desde entonces compartía con mi gato Simenon y los ocasionales clientes que contrataban mis servicios. Quince o más años de oficio, siguiendo huellas ajenas y apostando el pellejo por causas que me parecían justas, sin esperar más recompensa que imponer mi frágil verdad de justiciero al borde de la ley. ¿Sólo eso había contado a Carmen? También le hablé de las cicatrices de navajas y proyectiles que adornaban mi cuerpo, o peor aún, de las que marcaron mis sentimientos por la lejanía de dos o tres mujeres a las que amé y perdí, o por la ausencia de mi amigo, el comisario Dagoberto Solís, que yacía bajo una lápida después de salvarme la vida en el desenlace de una historia de ángeles y solitarios. ¿Le había dicho algo de Simenon y mis interminables diálogos con él; de mi afición a las citas literarias, a las apuestas hípicas, a la música de Mahler y a los tangos que

escuchaba para alimentar la nostalgia? Mientras me alejaba de su departamento sentía más próximo a mí el perfume de su piel y su desolada tristeza. Al igual que ella, estaba tan solo que lo más probable era que le hubiera hablado de todas mis cosas, sin reparar en la fugacidad de nuestro encuentro, o que tras la seducción bien podía ocultarse el deseo de confundir mis pasos. Pero, no. La soledad no podía golpear de modo tan artero y mis dudas no eran otra cosa que el reflejo de muchas noches pasadas a solas, sin la opción de extender los brazos y tocar una piel amable.

—Al fin recordaste que tienes casa —oí decir a Simenon, al tiempo que abría la puerta de mi oficina. Su reproche interrumpió mis recuerdos de Carmen Trigo. Me despojé del impermeable con desgano y lo tiré al suelo. No quería romper el encanto de la noche vivida junto a la escritora. Puse una cinta de Miles Davis en el equipo de música, caminé hasta el dormitorio y me acosté sobre la cama a repasar cada instante de nuestro encuentro.

—¿De qué se trata?

Simenon había seguido mis pasos hasta el dormitorio.

—¿Te apaleó una patota de matones?

Tomé al gato entre mis brazos y acaricié su cabeza.

—Si se trata de una mujer no te hagas grandes ilusiones. Ya estás viejo para creer en amores sorprendivos. Recuerda que todo lo que tienes está dentro de las cuatro paredes de este departamento. Tu oficina, la Beretta Centurión que compraste para reemplazar a la añosa Whalter el escritorio metálico, tus archivos y los libros. Y tu gato al que tienes varias horas sin comer. Sí, no me digas nada. ¿De verdad crees que puedes cambiar tu suerte? ¿Qué basta con salir a la calle, golpear a una puerta y esperar que suenen los violines? Que no te engañe la soledad Heredia. Tómalo como lo que es: una noche cálida, un amanecer con aromas de café y pan tostado. Una luz que te ilusiona con el fin del túnel y que luego adviertes solo vive en tu imaginación, y el túnel sigue ahí, profundo inhóspito como siempre. Duerme, Heredia. Unas horas de sueño podrán en orden tus ideas.

Desperté sobresaltado. Me tranquilicé al mirar e reloj. Tenía varias horas para llegar a la cita con Casimiro Poblete. Mientras despejaba las últimas brumas del sueño recordé algo que había dicho Carmen Trigo, y sin pensarlo dos veces, llamé a Marcos Campbell.

—Tu voz suena agitada —dijo mi amigo, luego de saludarme y de quejarse tres minutos por el exceso de trabajo que tenía en su oficina.

—Necesito tu ayuda.

—Dinero no tengo y envié el auto al taller. ¿Qué más puedo hacer por ti?

—Usar tus conocimientos de informática para revisar un computador.

—Si requieres servicio técnico, recurre a las páginas amarillas.

—No se trata de eso. Quiero recuperar unos archivos.

Berta Zamudio escuchó con atención y enseguida, sin hacer comentarios, tomó el teléfono, llamó al mayordomo del edificio y le ordenó que me permitiera entrar al departamento de Ritter.

Campbell llegó a la hora convenida. Recorrimos juntos las habitaciones del crítico literario. Los objetos seguían en la misma disposición de mi primera visita. Me pregunté si Berta Zamudio se atrevería alguna vez a intervenir en las cosas de Ritter o si iba a dejar esa tarea a algún sobrino lejano que dispondría de los bienes sin ninguna consideración por sus recuerdos. Probablemente, muerta la señora Zamudio, los libros de Ritter terminarían vendidos en una librería de San Diego y sus muebles en las vitrinas de una casa de remate.

—Esto es una mina de oro —dijo Campbell, mientras observaba los estantes repletos de libros—. Me gustaría estar muchas horas en este lugar y llevarme algunos recuerdos. Hay primeras ediciones de gran valor y libros difíciles de encontrar.

—Debemos hacer el trabajo por el que estamos aquí.

—¿Qué quieres que haga?

—Tú sabes utilizar estos aparatos —le dije, indicándole el computador que estaba sobre el escritorio—. Quiero que revises sus archivos y copies los documentos que Ritter escribió durante el último mes.

—Deberías aprender a usar un computador, navegar en Internet y utilizar el correo electrónico. No puedes seguir viviendo en la edad de piedra, sujeto al estado de ánimo del cartero o escribiendo tus informes en una Underwood manual.

—Tal vez, pero esta no es la ocasión para iniciar un curso rápido de computación.

Campbell acercó una silla al escritorio y comenzó a trabajar.

—Este aparato es una joyita —dijo—. Se nota que es nuevo y que tiene más memoria que treinta elefantes.

Casi de inmediato, el computador se puso en funcionamiento, mostrando una pantalla con varios iconos.

—Dame unos minutos y llegaré a los archivos que te interesan —dijo el periodista.

Lo dejé trabajando y me dirigí hacia la terraza del departamento. Los maceteros rotos, las plantas y las sillas seguían en su sitio. Al apoyarme en la baranda de la terraza sentí el mismo vértigo que habría experimentado Ritter en ese lugar, y recordé que en el informe policial se descartaba la presencia de huellas digitales que no fueran las de Ritter y Berta Zamudio en la terraza. La baranda que separaba la terraza del vacío llegaba a la altura de mi cintura. Bastaba que alguien me diera un leve empujón; para caer al abismo. Por primera vez, desde el inicio del caso, consideré que las sospechas de Berta Zamudio podían no ser descabelladas.

Un grito de Campbell me hizo volver a la realidad. Fui al encuentro de mi amigo y lo encontré batallando con el teclado del computador.

—¿Novedades? —pregunté.

—No tiene sentido —dijo Campbell—. ¿Quién compra un computador para escribir una veintena de documentos y luego borrarlos? No hay nada que puedas leer, Heredia. Todos los archivos fueron borrados y sólo queda el registro de sus nombres, la inútil constancia de que alguna vez existieron.

—¿Estás seguro?

—Con el perdón de tu mascota, creo que aquí hay gato encerrado.

—¿Qué sucede? —oí preguntar a mis espaldas.

Berta Zamudio se había introducido en el departamento silenciosamente y nos observaba.

—Me proponía examinar los últimos trabajos del señor Ritter —respondí—. Pueden aportar alguna información pero mi amigo, que entiende del uso de computadoras dice que en el equipo del señor Ritter se escribieron unos pocos documentos y que luego fueron eliminados.

—¿Eliminados? ¿Quién pudo hacer eso? Nadie más que el mayordomo, la policía y yo hemos entrado en este departamento.

—El señor Ritter o alguien que no deseaba que se conociera el contenido de los documentos —dije, al tiempo que observaba la reacción de la mujer.

—Francisco compró ese computador hace un mes. Tal vez por eso tenía pocos documentos guardados. Su antiguo computador se estropeó. Aunque según parece no tenía arreglo, quizás sea posible recuperar la información. Francisco me hizo algunos comentarios al respecto. Había conversado con Jaime, el mayordomo. Él tiene un ahijado que podía hacer el trabajo.

—Quisiera hablar con el mayordomo.

—Lo puedo llamar y pedirle que venga a conversar con ustedes.

—Basta que lo llame y le diga que necesitamos el computador.

—Su oficina está en el primer piso.

Miré el computador con la esperanza de encontrar una respuesta a mis inquietudes, y sólo encontré el insensible brillo de su pantalla.

—¿Sabe si el señor Ritter mantenía un archivo de los artículos que escribía?

—Sólo de sus textos publicados. Tenía unas carpetas en las que iba guardando los recortes de diarios y revistas. Mantenía el resto de sus trabajos, conferencias, ensayos, apuntes de clases y notas bibliográficas, archivados en el computador. Desde que compró su primer equipo tenía una suerte de romance con la computación. Parecía un niño con su juguete favorito. Pasaba muchas horas navegando por Internet o contestando el correo electrónico. Cuando se descompuso su equipo estuvo deprimido durante una semana, y sólo le volvió la sonrisa el día que supo que existía la posibilidad de recuperar la información que creía perdida.

—Sé lo que es eso. Si a mí me pasara algo igual, me suicido —acotó Campbell, y de inmediato comprendió que había hablado de más.

—Llamaré al mayordomo —dijo la mujer conteniendo la rabia frente al desatino

del periodista—. Tengan ustedes la amabilidad de dejar todo en orden.

Vimos alejarse a la mujer. A modo de consuelo, di una palmada en la espalda de Campbell.

—Dura la vieja. Lo del suicidio era una metáfora —dijo.

—Vamos a ver al mayordomo. Y por favor, no hagas más comentarios en presencia de la señora Zamudio.

La oficina del mayordomo quedaba a un costado de la entrada principal del edificio. Más que oficina, era una bodega enorme en la que se amontonaban un par de escritorios, una cocina a gas, una mesa de comedor y varios estantes repletos de objetos tan disímiles como; herramientas de carpinteros, líquidos limpia vidrios, trozos de manguera, botellas vacías, diarios viejos, sartenes, botas de goma, palas de jardinería y guantes de trabajo. Resultaba evidente que el orden no era una característica del mayordomo, y también que los residentes del edificio jamás se habían dado la molestia de entrar en esa bodega.

El mayordomo, un hombre bajo, de cabellos grises y mirada desconfiada, nos recibió sentado junto a unos de los escritorios. Tenía un ejemplar de «The Clinic» a su alcance y una radio portátil de la que salían los sones de una cumbia.

—¿Ustedes son los que vienen por el computador? —preguntó—. Sé que debí decirlo antes, pero con el asunto de la muerte del señor Ritter, no lo consideré oportuno.

—¿De qué está hablando? —le pregunté.

—Del computador —contestó el hombre con cierto temor en su voz—. Mi ahijado, el técnico en equipos computacionales, lo revisó y dijo que no tenía tiempo para reparar reliquias; que lo mejor era botar el aparato y olvidarse de su resurrección. Al parecer lo que podía cobrar no justificaba tanto trabajo. No me atreví decírselo al señor Ritter y bueno, supongo que ahora ya no tiene importancia.

—Tal vez nos esté mirando desde su nubecita en el cielo —dije, y el mayordomo no supo si le estaba hablando en serio, o sólo era una broma.

—¿Dónde está el computador? —preguntó Campbell.

—En ese rincón —dijo el hombre, indicando la caja de cartón apilada en unos de los estantes que había en la habitación.

Campbell no perdió su tiempo; abrió la caja y con alguna dificultad logró poner el equipo sobre uno de los escritorios.

—Bonito dinosaurio —dijo luego de examinarlo—. Para este equipo ya no se encuentran repuestos en el mercado. Es un modelo discontinuado, tan antiguo como una carreta tirada por bueyes.

—¿Puedes hacer algo por su salud?

—Dudo que pueda arreglarlo. Pero intentaré recuperar la información que hay en el disco duro. No es fácil, pero no se pierde nada con probar. Llevaré el disco a mi oficina y cuando logre sacar algo de su interior, te aviso. ¿De acuerdo?

—Lo que digas, Campbell. Tú eres el genio de la computadora de Aladino.

—El trabajo te va a costar caro. Tendrás que invitarme a comer una parrillada.

9

Llegué media hora atrasado a mi cita en la editorial. El lugar, amplio y luminoso, estaba diseñado para dar una imagen de opulencia. A medida que avanzaba hacia la oficina de Poblete, fui observando los afiches colgados en los muros, con los rostros de los escritores más destacados de la editorial. Me detuve frente al de Carmen Trigo y por un instante contemplé la expresión triste de sus ojos. ¿Quién eres? le pregunté en silencio. Pensé en llamarla por teléfono para saber cómo se encontraba, y seguí caminando hasta llegar a una mesa de recepción atendida por una secretaria de cabellos rubios.

—Tengo cita con el señor Poblete —le dije.

—¿Usted es el señor Heredia? —preguntó.

—Sí, desgraciadamente vengo unos minutos atrasados.

—Don Casimiro se marchó —dijo—. Vuelve en una hora más. ¿Quiere dejar algún recado o prefiere esperarlo?

—Una hora es mucho tiempo —dije.

—¿Viene a dejar un original?

—Vengo por un asunto personal. No literario. Lo único que he escrito en mi vida son algunas composiciones escolares. Y de eso ha pasado bastante tiempo —le respondí, consciente de que se trataba de una mentira, porque en uno de los cajones de mi escritorio guardaba los poemas escritos en mi época de estudiante universitario, y el cuaderno con los esbozos de una historia que más tarde entregué al escritor del «City». Él le añadió algunas anécdotas de su invención, mejoró la ortografía y escribió lo que llamaba la crónica de una ciudad triste.

—Si es así, le diré dónde ubicar a don Casimiro. Si va a la fuente de soda que está en la esquina, lo encontrará tomándose un café. Es el lugar en que se refugia cuando quiere estar solo.

La fuente de soda era un sucucho de aspecto triste, en cuyo interior había cuatro mesas con cubierta de acrílico y un mesón rodeado de taburetes. En uno de ellos se encontraba sentado un muchacho vestido con uniforme de escolar y, acodado en una de las mesas, un hombre alto y obeso, que lucía un corte de pelo militar, comía deprisa un hot dog atiborrado de mayonesa y salsa de tomate. Llevaba anteojos de marcos gruesos y una corbata azul sobre la cual había caído un poco de mayonesa.

Pero aquel detalle no parecía inquietar al hombre, que seguía engullendo el hot dog con la voracidad de un hambriento tigre de zoológico.

Me acerqué a su lado y le pregunté si era Casimiro Poblete.

—Yo soy —dijo, aprovechando una pausa entre los mordiscos que prodigaba a su bocadillo—. Y usted, ¿quién es?

—Heredia. Teníamos una cita, ¿lo recuerda?

—Como usted no llegó a la hora, salí de la oficina por unos minutos. Necesitaba comer alguna cosilla —dijo, al tiempo que limpiaba su boca con una servilleta de papel. Luego, al ver la mayonesa sobre su corbata, lanzó una maldición e intentó sacarla con otra servilleta. En la corbata se extendió un lamparón que el editor observó con desconsuelo.

—Va a necesitar un lavaseco o comprar otra corbata —le dije.

—Me fascinan los hot dog. Además, son económicos —dijo Poblete. Sonrió, y sus mofletes se expandieron como una esponja a la que se le pone más agua de la que puede absorber. Luego observó los restos de su comida y con cierto desaliento en la mirada dio por concluida su colación.

—¿Usted es el detective privado? —preguntó—. Cuando hablamos por teléfono no le entendí muy bien qué es lo que anda investigando. Solo recuerdo que era algo relacionado con la muerte de Ritter.

Me armé de paciencia y le hice un resumen de mi trabajo a partir de las inquietudes de Berta Zamudio.

—¿No le parece una tontería? —preguntó después de escuchar con atención—. En lo que a mí respecta, mi discusión con Ritter no fue más que un incidente menor, sin importancia. No le dije algo que no supiera o que no hubiera dicho antes en alguna entrevista o presentación de libros. Si asesinara a los críticos que comentan mal los libros que edito, estaría en la cárcel hace treinta años. Uno se enoja con ellos, considera que son injustos o que están errados en sus apreciaciones, pero de ahí a pasar a la violencia hay una gran distancia.

—Una crítica negativa puede influir en las ventas de los libros. Entiendo que eso fue lo que usted argumentó en contra de Ritter.

—No recuerdo haber dicho eso. La verdad es que a nadie le importan las críticas literarias. Sólo la leen los autores y sus amigos. Las ventas que logre un escritor suelen ser un misterio, aunque reconozco que pueden estar influidas por la presencia de los escritores en los medios de comunicación. Entrevistas en semanarios, participación en programas de televisión, fotos en las páginas sociales de los diarios. Eso ayuda a la promoción de los libros, pero no las críticas literarias. También sirve lo que los editores llamamos el contacto boca a boca. Es decir, cuando a una persona le gusta un libro se lo dice a sus amigos, y éstos lo compran.

—¿Pensarán lo mismo Mario Cabanes o la señora León?

—Voy a ser franco con usted, Heredia. Lo que piense Genoveva León es irrelevante. Si la invitamos a la cena es porque su hijo mayor es uno de los

accionistas más importantes de la editorial y eso nos obliga a tener algunas atenciones con ella. En cuanto a Cabanes, creo que esa noche lo traicionaron las copas. Es un buen muchacho, talentoso, del que estoy seguro se hablará mucho en el futuro.

—Puede que pronto se hable de él en la crónica roja.

—No festine el asunto, Heredia. Hablo en serio. Cabanes dará que hablar por su obra literaria. Si se trata de ser sinceros y no perder nuestro tiempo, le diré que pienso que su investigación está mal encaminada. De los asistentes a esa cena, ninguno sería capaz de cometer un asesinato. Ritter estaba borracho, salió a mirar la luna desde la terraza de su departamento y se cayó. Eso es todo.

—¿Conocía bien a Ritter?

—¿Qué significa conocer bien a alguien? —preguntó Poblete, con cierta solemnidad, como si se dispusiera a reflexionar sobre el origen de la vida—. A veces conversaba con él por teléfono o lo encontraba en alguna actividad literaria. Un trato profesional, no amistoso. El resto eran los chismes que siempre corren en el medio literario. Que favorecía en sus críticas a algunos escritores, que era un escritor frustrado, que se casó con la vieja Zamudio por interés, que últimamente vivía un romance con Patricia Nogueras. ¿Verdad o mentira? La gente dice muchas cosas. Lo mejor es dejar en paz a los muertos.

—¿Qué hay de cierto sobre su romance con la escritora Nogueras?

—No acostumbro a poner mis manos al fuego por nadie. Pero si quiere una opinión, pienso que se trata de un infundio. Y si no es así, ¿quién podría criticar a Ritter? Aún era joven, y aunque los atractivos de Patricia Nogueras no son muchos, siempre pudieron remover sus hormonas. Al fin de cuentas, en términos sexuales, su vida al lado de Berta Zamudio debió ser similar a la de un reo.

—Me contaron que Berta Zamudio echó a la Nogueras del departamento de Ritter.

—Primera noticia que tengo de eso —dijo Poblete volvió a mirar la mancha que ensuciaba su corbata—. La cree capaz de eso y también de empujar a Ritter por el balcón.

—¿De verdad piensa eso?

Poblete lanzó una carcajada y me quedó mirando; con desdén.

—Por supuesto que no. Bastantes problemas tengo con mi trabajo de editor, como para meterme en otros acusando a la gente de crímenes que, sin duda son imaginarios. ¿Tiene alguna otra inquietud, Heredia? Debo volver a la oficina. Los segundos valen oro, usted sabe.

—Por ahora, solo una cosa más.

—Usted dirá...

—No olvide limpiar su corbata.

Dejé al hombre de la mancha y con más dudas que certezas en mi mente conduje hasta un estacionamiento ubicado en las inmediaciones de la Plaza de Armas. El atardecer comenzaba a caer sobre los escaños, donde unos ancianos veían el fin del día, aprestándose a regresar a sus hogares sin más alegría que haber sobrevivido a otra jornada, mirando pasar a la gente, a los jugadores de ajedrez reunidos en la glorieta de la plaza o a los artistas que exhibían sus óleos, acuarelas y retratos. Era la vida y su rutina, arrastrando a las personas con su oleaje inagotable.

Caminé hasta el «City». Frente a su puerta vacilé entre seguir de largo o pasar a beber una copa. Opté por lo segundo, y al atravesar la penumbra del bar vi a mi amigo escritor, junto a una mesa, garrapateando sus apuntes en un cuaderno de tapas negras que apoyaba sobre unas revistas de tebeos.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó al verme ocupar una silla—. ¿Sigues dedicado a las investigaciones literarias?

—Continúo tras las huellas de Ritter, sin grandes novedades ni sobresaltos —respondí, al tiempo que llamaba a un mozo para pedir una copa de vino—. Sigo haciendo preguntas y descubriendo las distintas facetas del crítico literario. No es fácil conocer la historia de una persona que provocaba diferentes sentimientos entre sus conocidos. Pero no me quejo. Parte de mi trabajo es hacer preguntas y unir los hilos que se van desprendiendo de las respuestas. ¿Y tú? ¿Aún consigues seducir a las musas?

—Hoy la página en blanco logró mantener su pureza. He gastado mis horas buscando excusas para no sentarme frente al computador y recién ahora, en el bar, conseguí escribir dos párrafos aceptables que me permitirán finalizar el día sin sentimientos de culpa.

—Es la segunda vez en el día que escucho la misma queja. ¿Conoces a Carmen Trigo?

—Alguna vez compartimos una mesa redonda sobre el tema del escritor y el nuevo milenio. Ni ella ni yo estuvimos muy cómodos con las preguntas del público. Me dio la impresión de que estaba asustada y que deseaba irse a su casa lo más rápido posible. ¿A qué viene la pregunta?

—Tuve una entrevista con ella.

¿Y, qué tal?

—Bien —dije, evasivo—. Es una mujer interesante.

—¿No quieres hablar? Te pareces al niño que comió un trozo de torta antes de la fiesta y no quiere reconocerlo. ¿Tan mal van las cosas?

—Necesito encontrar un motivo —dije para derivar la conversación hacia otro tema—. De lo contrario va a ser difícil avanzar gran cosa en el asunto. Dame un motivo y descubriré al culpable; eso es algo que solía decir Dagoberto Solís.

—El viejo Solís. Aún no olvidas su muerte en el Mercado Central.

—Lo extraño, y a pesar del tiempo transcurrido, me cuesta aceptar que ya no puedo hablar más con él. En un caso como el de Ritter, él habría sabido qué hacer. Podía detectar el motivo de un crimen y a partir de ese punto, actuaba como un perro de presa.

—Quizás estás buscando el motivo por un camino equivocado.

—¿En qué estás pensando?

—En lo que me contaste acerca del poeta Román. Es un hilo frágil, pero tal vez puede conducir a algo interesante. Considerando que se conocían y que su muerte se produjo casi al mismo tiempo que la de Ritter, es posible establecer una relación entre ambos hechos.

—Román es un camino cerrado. Fue víctima de un asalto callejero, nada más.

—Yo no lo dejaría en el tintero.

—¿Crees que Berta Zamudio pudo empujar a Ritter?

—Si así fuera, ¿para qué iba a contratar tus servicios? —preguntó mi amigo.

—No lo sé. Solo divago...

El escritor probó el contenido de su copa de Jack Daniels y luego anotó algo en su cuaderno.

—Estás con poco entusiasmo, Heredia. Ni siquiera has probado tu vino.

—Estoy cansado.

—Te noto distraído.

—Los últimos días han sido un poco agitados. Demasiadas personas extrañas en mi vida.

—¡Pamplinas!

—¿A qué viene eso?

—Tú interés por la literatura está llegando muy lejos.

—¿Qué quieres decir?

—Parece que te buscan —dijo mi amigo, indicando la puerta del bar—. ¿En qué lío estás metido, Heredia?

Miré hacia donde indicaba el escritor, y junto a la puerta la vi sonreír.

Mi amigo guardó el cuaderno en su bolsón de cuero y puso unos billetes sobre la mesa.

—Dos son compañía, tres multitud —dijo, y se puso de pie.

Luego oí la voz de Carmen Trigo.

TERCERA PARTE

1

«El otoño en mi corazón dura demasiado», dicen los versos del poeta chino Tschang Tsi, en los que Gustav Mahler se inspiró para componer la segunda parte de «La canción de la tierra». Lo recordé al oír a Mahler en mi dormitorio, junto a Carmen Trigo. Afuera, como un coro imperturbable, la lluvia volvía a imponer su rigor sobre los techos santiaguinos. Habíamos bebido unas copas de vino en el bar. Después salimos a caminar por los alrededores hasta que la lluvia se hizo presente y nos obligó a correr hacia la desordenada soledad de mi departamento.

—Deseaba verte —dijo Carmen, abrazada a mi pecho y bajo las frazadas que cubrían nuestros cuerpos desnudos, luego de hacer el amor con la arrebatada curiosidad de dos amantes primerizos. Desde el dormitorio oíamos la música y el rasgueo de la lluvia sobre las ventanas. Simenon, discreto y comprensivo, nos había dejado a solas para buscar refugio en un rincón cálido de la biblioteca.

—Perdí la tarjeta y no sabía cómo ni dónde ubicarte, hasta que recordé el nombre del bar que mencionaste la otra noche —agregó Carmen—. Busqué su nombre en la guía telefónica y sin pensarlo dos veces, salí a tu encuentro. Me costó dar con el bar, porque no conozco mucho el sector céntrico de la ciudad. Pero, tuve suerte y al final te encontré.

—Para otra vez, ya sabes dónde ubicarme y cómo llegar a mi departamento. No necesito arrojarte migas de pan en el camino.

—No me presentaste a tu amigo que estaba contigo el bar.

—Dice que alguna vez estuvieron juntos en una mesa redonda.

—Debe haber sido hace mucho tiempo, no lo recuerdo. ¿Qué escribe?

—Novelas policiales. La mayoría de sus textos están basados en las historias que

le cuento. Sin mí su vida sería tan aburrida como la de una monja en su convento.

—No es el único al que inspiras. Ayer volví a trabajar en mi novela y además, inicié un cuento donde la protagonista recibe la visita de un extraño y...

—Decidiste venir a saber cómo sigue —dije, interrumpiéndola.

—A veces la realidad es más luminosa que la ficción.

—Espero no contribuir a tu desengaño.

—Tenía ganas de verte, pero también deseaba conversar sobre el asunto de Ritter.

—¿Quieres jugar a los detectives?

—Esa noche, después de la cena, y cómo tú sabes, un grupo de los comensales fuimos a beber unas copas a otro lugar. Al momento de entrar al bar, Golconda advirtió que Verón y Ritter se habían quedado atrás y mandó a Santiago Torrejón a que los fuera a buscar. Torrejón volvió sólo con Verón.

—Ritter tomó un taxi y se fue a su casa.

—Eso dijo Verón.

—No me has dicho nada que yo no sepa. ¿Cuál es tu inquietud? —pregunté a Carmen, al tiempo que sacaba un cigarrillo de la cajetilla que tenía sobre el velador.

—Verón estaba molesto. Bebió su primera copa rápido, como si hubiera estado llena de agua. Luego pidió una segunda y dijo que tenía que hacer una llamada telefónica. Cuando fue al teléfono público instalado junto a la entrada del bar, Torrejón nos contó que había sorprendido a Ritter discutiendo con Verón.

—Verón recriminó a Ritter su conducta pasiva frente a los ataques de Cabanes y Poblete.

—Perdona. Olvidé que ya entrevistaste a otros invitados a la cena —dijo Carmen, algo molesta por mi interrupción.

—Estoy escuchando —dije y la besé brevemente en los labios—. Agradezco que quieras ayudarme en mi trabajo.

—Cuando Verón volvió de hacer su llamada parecía más tranquilo. Luego Golconda dijo que estaba cansado y que por esa noche nos abandonaba. Verón lo secundó en la idea de finalizar la juerga, pese a que aún no tocaba su segunda copa. Yo no quise quedarme sola con Torrejón y Zegarra. Me sumé a las despedidas y en la calle tomé un taxi. ¿Crees que servirá de algo lo que te acabo de contar?

—Verón reconoce que discutió con Ritter. Ellos eran amigos y, seguramente, entre los dos existía la confianza suficiente como para hablar sin tapujos. No creo que la discusión tenga importancia.

—Durante la cena Ritter parecía estar en otro lado. Cuando Poblete, Cabanes y la León se fueron en su contra, se limitó a escuchar. Verón asumió su defensa, y en menor medida, también lo hizo Golconda. Si hubiera sabido lo que iba a pasar, habría puesto más atención.

—La gracia de la vida está en las sorpresas —agregué, al tiempo que me apoyaba en uno de mis codos para ver mejor el rostro de Carmen—. Hasta hace unos días, tu nombre no significaba nada para mí. Tú misma, si hubieras imaginado lo que nos

esperaba la otra noche, ¿me habrías abierto la puerta?

—Habría tenido miedo.

—¿Habrías venido a mi departamento, si hubieras sabido que te esperaba el interrogatorio de un detective confundido?

—¿Me interrogas? ¿Siempre trabajas en la cama?

—Sólo cuando las sospechosas son hermosas.

—¿Sospechas de mí?

—A cada rato más. Sospecho que te estás enamorando.

—No seas pretencioso, Heredia. No quiero oír hablar de amor. Vine a seducirte para que me sacaras de tu lista de sospechosos.

—Aún no haces méritos suficientes para salir de la lista.

—¿No?

La besé entre sus pechos, olvidándome del ruido de la lluvia y la música de Mahler. Nos dejamos abrazar por la noche, sin preocuparnos de nada más.

—Verón nos persigue —dijo Carmen al día siguiente, al tiempo que me pasaba el diario. Habíamos dormido hasta bien entrada la mañana, y seguíamos en la cama, con nuestros desayunos a medio consumir y la presencia de Simenon que vigilaba desde un rincón de la pieza.

—No creo que este comentario le guste —comenté, minutos más tarde, después de leer la crítica que había llamado la atención de Carmen.

Andrés Galland, un comentarista del que ella no tenía referencias, señalaba que la reciente novela de Leandro Verón, si bien era interesante y seguía fiel a los temas desarrollados por el escritor en sus obras anteriores, tenía defectos que evidenciaban la prisa en la publicación del texto. Según el crítico, la última de las cinco partes de la novela no cerraba bien las tramas planteadas al inicio, y su estilo era descuidado. El resto del comentario reseñaba la trayectoria de Verón, con algunas referencias a sus obras anteriores, como «La noche ausente» y «La estrategia de un traidor».

—Si mañana Galland aparece muerto, ya sabes a quién acusar —dijo Carmen, que parecía disfrutar de los mandobles propinados a Verón por el crítico.

—Es malo gozar con la desgracia ajena.

—Un par de piedrecillas en el lomo no le hacen ni cosquillas a un mamut viejo como Verón.

—No te gustaría recibir una crítica como esa.

—Bebería una botella de Bacardí y estaría deprimida durante quince días.

—Parece que sedujo a una loca.

—¿Adónde vas? —preguntó Carmen, cuando me vio salir de la cama, dispuesto a recibir las caricias de una ducha.

—Intento seguir con mi trabajo.

—¿No puedes tener un día libre? Te puedo invitar al cine o a pasear a dónde tú quieras.

—Me pagan por gastar las suelas de mis zapatos, y aunque no descubra nada,

quiero completar la pesquisa.

—No pareces muy convencido de la utilidad de tu trabajo.

—Hay dos o tres cosas girando dentro de mi cabeza. Nada concreto, pero si logro que dejen de girar, es posible que vea algo de luz. En mi oficio conviene tener paciencia y los ojos bien abiertos. Donde menos se espera salta la liebre.

—¿Te puedo ayudar?

Mi respuesta quedó en el aire, suspendida por la imprevista llamada telefónica de una señora que deseaba conocer los pasos de su hijo. Le dije que estaba ocupado, y cuando conseguí que dejara de insistir en la contratación de mis servicios, corté la llamada y entré al baño.

2

Después de acompañar a Carmen hasta su departamento, llamé por teléfono a Mario Cabanes y acordamos reunimos en una cafetería de la Plaza Mulato Gil, cerca de la librería donde días atrás había conversado con Javier, el amigo del poeta fantasma. El escritor me esperaba junto a una mesa desde la cual tenía una buena panorámica de la feria de artesanía y antigüedades que esa mañana estaba instalada en la plazoleta. Cabanes no tenía el aspecto habitual de los escritores. Era un sujeto alto, moreno y vestía con la elegancia de un ejecutivo bancario que gana lo suficiente como para comprar corbatas de cien dólares y encargar la confección de sus trajes a un sastre. Lo saludé y me senté frente a él.

Bebía un jugo de naranjas. Sobre la mesa, a su alcance, había tres libros voluminosos, dos revistas y una cajetilla de cigarrillos Marlboro. Me miró de pies a cabeza, evaluando la calidad de mi corbata de dos dólares y de la chaqueta que había comprado diez días atrás en un depósito de ropa usada de la calle Bandera.

—¿Qué es todo ese cuento sobre Ritter que me contó por teléfono? —preguntó, sin darme tiempo de pedir algo al mozo que se había acercado a nuestra mesa. Antes de responder hice una pausa para encender un cigarrillo y cuando mis pulmones estuvieron atiborrados de humo, lo miré a los ojos.

—Investigo su posible asesinato. Hay antecedentes para pensar que fue empujado por el balcón de su departamento —le dije.

Deseaba poner un poco de presión sobre la mesa, como el tenista que recurriendo a sus mejores golpes, obliga a su rival a permanecer en el fondo de la cancha, a la defensiva. —Sé que estuvo con Ritter la noche de su muerte, en una cena donde usted

lo amenazó.

—¿Quién le dijo eso? —preguntó Cabanes.

—Hay a lo menos tres testigos dispuestos a confirmarlo. Pero no se inquiete, el caso aún no llega a manos de la policía.

—Discutí con él —dijo Cabanes. El tono de su voz había perdido fuerza, y deduje que bajo su traje elegante ocultaba una osamenta de mantequilla.

—Por ahora, olvidaré que usted ofreció golpes a Ritter, y me conformo con escuchar su versión de lo sucedido.

Cabanes se concedió unos segundos para ordenar sus pensamientos, encender un cigarrillo y beber de su copa hasta vaciarla.

—Me ha costado ganar un espacio en el medio literario y recién este año logré que la editorial Visual acogiera una de mis novelas en su catálogo. Soy un autor que no tiene padrinos. Todo lo que he conseguido es producto de mi trabajo y de mi talento. Cuando se publicó mi novela, Ritter la destrozó. Tomó su título, «Laberinto de la noche», para decir que era un texto oscuro, incomprensible, y que su autor se había perdido sin llegar a ninguna parte. Durante quince días fui el hazmerreír de los escritores. Sin duda ese comentario incidió en las ventas del libro. Le cuento esto para que entienda que mi bronca contra Ritter era justificada, y esa noche, durante la cena, no me pude contener.

—También le ofreció pelea.

—Reconozco que eso fue una estupidez. —Cabanes observó su copa vacía y agregó—. Necesito otro jugo.

—Aproveche el viaje del mozo y pídale un café para mí.

Cabanes llamó al mozo que nos atendía y le hizo el pedido.

—Una estupidez —repitió, recuperando el hilo de la conversación—. Pero tenía que decir lo que pienso sobre Ritter. También me encabronaron las intervenciones de Verón. ¿Qué se cree ese fósil? Ni siquiera me miró durante la cena y cuando defendía a Ritter lo hacía dirigiéndose a los demás comensales. Todos saben que él y Ritter eran amigos y por eso el crítico siempre lo cubrió de elogios. Somos pocos y nos conocemos.

—Su bronca pudo darle energías para empujar a Ritter —dije en el instante en que a él le servían su jugo y a mí el café. —¿Qué hizo al término de la cena?

—Me despedí y fui a un bar, solo, a emborracharme. Los demás se fueron a seguir la charla a otra parte, pero a mí nadie me invitó. Si quiere confirmar lo del bar, hágalo. La «Nieve» es su nombre y el mozo que me atendió se llama Julio Menares. También puede hablar con Fernando Juárez, un amigo contador al que encontré en ese lugar y me acompañó.

—Parece una coartada bien urdida.

—Si quiere creer, bien; si no, investigue. Aparte de Menares y Juárez, había otras personas que pueden confirmar mi presencia en el bar hasta la ocho de la mañana. También pueden decir que Menares me obligó a beber varias tazas de café y luego

llamó a un radio taxi para que me llevara a mi casa —dijo Cabanes, ofuscado—. Y no sé por qué le doy tantas explicaciones. Usted ni siquiera es policía.

—Le creo —dije—. Cuando se habla con rabia, generalmente se dice la verdad. ¿Qué más recuerda de la cena?

—Nunca debí aceptar la invitación a esa cena. Poblete dijo que era la oportunidad de conocer a Verón y a otros escritores importantes para mi integración en el ambiente literario. ¿No le parece irónico? Al menos Ritter está muerto, porque lo que es Verón, la próxima vez que lo encuentre, ni siquiera me va a saludar. Me comporté como un imbécil. Por lo menos Golconda demostró ser de madera más noble. A la salida del bar, me tomó de un brazo y me dijo: No se preocupe por lo que digan un par de maricones como Ritter y Verón. Ya alguien les dará lo que merecen. Se refería a que los dos eran personas poco confiables, traicioneras. Usted entiende, ¿no?

—Alguien les dará lo que merecen. ¿Qué cree que quiso decir con eso?

—Sólo fue la expresión de un deseo o una manera de consolarme.

—¿Está seguro?

—Así lo entendí en ese momento. Supongo que no estará relacionando esos dichos con la muerte de Ritter. Golconda es un autor de prestigio y hasta donde sé sin motivos para llegar a algo tan extremo. Desde luego, cabe la posibilidad de que existiera entre ellos otro tipo de rencillas. El medio está lleno de trucos y zancadillas.

Bebí un sorbo de café y miré hacia la feria de artesanía buscando inspiración para una nueva pregunta. Tres o cuatro personas recorrían la muestra. Las expresiones de los vendedores oscilaban entre el tedio y la ansiedad. ¿Por qué había solidarizado Golconda con Cabanes? ¿Lástima? ¿Adhesión a las supuestas verdades del escritor? ¿Deseo de ver disminuido a Verón? A los escritores basta con leerlos, sin otro incentivo que la magia de sus escritos; a solas, con la posibilidad de cerrar sus libros en cualquier momento o de seguir en sus lecturas, conquistado por la propuesta de sus historias o el armónico hilván de sus frases.

—¿Qué sabe de escritores fantasmas? —pregunté a Cabanes.

Sorprendido por mi pregunta, demoró algunos segundos en contestar.

—En otros países los escritores fantasmas son algo común, sobre todo para redactar biografías de estrellas de cine, cantantes o políticos. En Chile no es una práctica muy frecuente. A veces, a la hora del pelambre se menciona a cierto escritor, premio nacional de literatura, de quien se dice tenía un secretario que le escribía sus novelas. También está el caso de un ministro que pagó los servicios de un narrador para dar algún sentido a su novela. No recuerdo otros casos. ¿A qué apunta su pregunta?

—Simple curiosidad —dije y volví a beber otro sorbo de café—. Por ahora no tengo más preguntas. Agradezco su tiempo y si es preciso, volveré a recurrir a usted para otras consultas.

Cabanes respiró hondo, como si viniera saliendo de una profunda zambullida en la piscina, y recuperó el tono ufano que tenía al comienzo de la entrevista.

—No obstante lo sucedido, lamenté la muerte de Ritter —dijo—. Incluso, al enterarme de la noticia, llamé a Patricia Nogueras.

—¿Son ustedes amigos?

—Los caballeros no tienen memoria, pero aún así, debo reconocer que tiempo atrás fuimos pareja. En la época en que ella pensaba obtener algo de mí —respondió el escritor con cierto desaliento.

—Se dice que ella y Ritter eran amantes.

—No me consta. Tampoco me extrañaría que fuera verdad. Ella es aficionada a buscar aleros donde cobijarse.

—Me parece que habla por una herida abierta.

—Es cierto que la quise, pero de eso ya ha pasado mucho tiempo.

Las palabras del escritor sonaron poco convincentes, pero no se lo dije.

—¿Aún cree que pude matar a Ritter? —preguntó Cabanes.

—Como usted dijo hace un rato, no soy policía.

—¿Qué clase de respuesta es esa? Se supone que usted investiga su muerte.

—Recojo cabos sueltos, eso es todo —respondí, y sin decirle nada más, me puse de pie y salí de la cafetería. Cabanes tendría algo en qué pensar o un nuevo tema para conversar con sus amigos.

Saqué del impermeable la libreta donde tenía la lista de los asistentes a la cena, y junto al nombre de Cabanes marqué una cruz. Releí la lista. Me faltaba conversar con Genoveva León, Patricia Nogueras y Golconda. En cuanto a Raimundo Jorquera, decidí no hablar con él, salvo que fuera absolutamente necesario. Intuía que su versión no sería diferente de la entregada por Casimiro Poblete, su jefe en la editorial. Julio Zegarra y los escritores argentinos habían regresado a sus casas y de acuerdo a mis averiguaciones en el hotel donde se habían alojado, estaban en sus piezas a la hora en que ocurrió la muerte de Ritter.

3

Pese a mi deseo, no llegué muy lejos después de salir del café. Llamé a la casa de Patricia Nogueras desde un teléfono público. Una mujer, que dijo ser su madre, me informó que la escritora se encontraba en la feria del libro de Temuco y regresaría al día siguiente. Recordé que también debía esperar un día para la cita con Genoveva León, y sin saber qué más hacer, comencé a caminar hacia la librería «Paradiso».

Javier seguía en su sitio, junto al escritorio desde donde vigilaba los movimientos

de sus clientes. Pero no estaba solo. Un hombre grueso, de pelo cano y ojos claros se encontraba junto a él. En otro rincón de la librería, una anciana vestida con un abrigo de color granate, escudriñaba los estantes.

—¿Llegó algún libro de Horace Mac Coy? —pregunté al muchacho que parecía no reconocerme.

—¿Horace Mac Coy? —se preguntó a sí mismo, y luego de una pausa para rescatar mi nombre de su memoria, agregó—. Usted es el detective interesado en Claudio Román.

—¡Bingo! —dije, y noté que su acompañante me miraba de reojo, con interés.

—Nada de Horace Mac Coy —dijo Javier—. Pero sí algunas novelas de Donald E. Westlake y Ross MacDonald.

—Los dos son muy buenos, pero estoy interesado en Mac Coy. Busco su novela «Los sudarios no tienen bolsillos». Soy un lector compulsivo y sistemático. Leo a un autor hasta que comienzo a odiarlo.

—Yo lo leo hasta que deja de entretenerme —dijo el hombre que acompañaba a Javier. Su rostro me era familiar y recordé haberlo visto en la contraportada de varios libros.

—El amigo está interesado en los escritores fantasmas —dijo Javier, dirigiéndose al escritor.

—Los escritores fantasmas me dan en los cojones —dijo el hombre grueso—. Cuando estuve exiliado en Venezuela me ofrecieron varios trabajos de ese tipo. Pagaban bien y servía para sobrevivir durante un buen tiempo. Hice la biografía de un campeón de ciclismo, de un cantante de ópera y de una mujer de sociedad, ricachona y ya entrada en años, famosa por sus aventuras eróticas con artistas y políticos. No puedo olvidar la historia de esa vieja. Cuando acepté escribirla pensé que sería un libro sin repercusión. Me ofrecieron una cantidad fija o un porcentaje de las ventas. Preferí ir a la segura y estuve de acuerdo en la primera modalidad de pago. Tremendo error. A la semana de publicado, el libro agotó dos ediciones de diez mil ejemplares. Al mes, había superado todas las ventas imaginables. Es el libro que más he vendido y nunca pude decir que yo era el autor. Comprenden ahora por qué los escritores fantasmas me dan en los cojones.

—Se le escapó una buena bolsa —comenté.

—Ni me lo recuerde —dijo el escritor. Parecía malhumorado, pero de inmediato soltó una carcajada y sus ojos se iluminaron con una especie de alegría infantil—. Pero siempre hay una opción de revancha. Después de la biografía escribí una novela que vendió bien y con mi nombre en la portada.

—¿Ha tenido que hacer un trabajo similar en Chile? —pregunté.

—Nadie me lo ha ofrecido ni yo he tenido necesidad de buscarlo.

—Pero ha escuchado que se hace ese tipo de trabajo.

—Solo cosas similares. Pulir el estilo de un libro, corregir sus errores ortográficos. Nada con las características de lo que le conté. A un escritor no hay que

exigirle que conozca las reglas ortográficas. Lo importante es que tenga vida e imaginación.

Guardé silencio y Javier se apartó de la conversación para atender a la anciana que se había acercado al escritorio con tres novelas de Agatha Christie. El muchacho fijó el valor de los libros y la mujer pagó sin chistar.

—Vive en el vecindario y es una de mis mejores clientas —dijo cuando vio salir a la anciana de la librería. Está chalada. Compra los libros y después de unos días vuelve a venderlos. Podría ser normal, pero algunos títulos los ha comprado y vendido tres veces.

El escritor soltó una carcajada. Después, miró su reloj y dijo que debía seguir su camino porque lo esperaban para una entrevista.

—Es insuperable contando historias —dijo Javier indicando al escritor. Luego, cuando lo perdió de vista, agregó—. Estaba por llamarlo, pero extravié su tarjeta.

—¿Novedades sobre el poeta fantasma?

—No sé si tenga importancia. Recordé que además de los sobres que traía Ritter, hay otros que pasaba a dejar un hombre que habitualmente vestía cotona azul, como las que usan los dependientes de las ferreterías o los mayordomos. Recibí el último cuatro o cinco semanas antes de la muerte de Claudio.

—Nunca tuviste curiosidad por saber quién enviaba esos sobres.

—No, pero si vuelve a venir, se lo preguntaré.

—Dudo que aparezca de nuevo —dije, mientras miraba hacia la puerta, como si en ese instante hubiera podido entrar el hombre de la cotona azul.

—Otra cosa que deseaba contarle se relaciona con esos libros —dijo Javier, indicando una caja junto a su escritorio—. De vez en cuando, Claudio aparecía con cajas como esa, llenas de libros que él me vendía a cambio de unos pocos pesos. Pensé que le gustaría revisarlos antes de que los clasifique y ponga a la venta.

Puso la caja sobre la mesa y comenzó a sacar los libros. La mayoría correspondían a publicaciones recientes de autores cuyos nombres solía encontrar en los diarios. Poesía, ensayos, novelas. Escogí un par de libros al azar, y al abrirlos vi que estaban dedicados a Ritter.

—El profesor se los regalaba a Claudio —dijo Javier. Libros que no le interesaban o tenía repetidos.

Tomé dos libros más y descubrí que estaban dedicados a otro de los escritores de mi lista.

—¿Qué te parece? —pregunté, mostrando las dedicatorias.

El librero movió los hombros en un gesto de sorpresa.

—Revisé superficialmente la caja. Tal vez Ritter los puso en la caja por error.

—Puede ser. Lástima que ya no podamos pedir una explicación a Ritter.

—¿Le sirve para su investigación?

—No lo sé —dije y enseguida di algunos pasos por la librería, como si con ello pudiera disipar mis dudas.

—Parece confundido.

—Necesito una copa y tiempo para ordenar mis ideas.

—Suelo tener una botella de pisco, pero anoche pasaron mis amigos del taller literario y...

—Conozco la historia —dije, interrumpiendo al librero—. Las musas siempre andan sedientas.

Javier sonrió. Me acerqué al escritorio y dejé sobre él una de mis tarjetas de visita.

—Si recuerdas algo, llámame.

—Lo haré.

—Y avísame si llega una novela de Horace Mac Coy.

—Esta vez no perderé su tarjeta, Heredia.

—Nada como un muchacho obediente —dije y caminé hacia la salida.

4

El hombre que pregunta solo conseguía perfeccionar sus dudas. Tomaba una copa de vino en un bar de la calle Merced, a poco pasos de la Casa Colorada, donde años atrás funcionó el Black and White, famoso por sus platos de locos con salsa verde y sus jarras de chicha. Había estado en ese bar con mis compañeros de la Escuela de Leyes, y en ese mismo lugar, junto a una de sus mesas, escuché hablar a Francisco Coloane de barcos balleneros, patagones y animales prehistóricos, mientras sacaba de su chaqueta un puñado de dientes de ajos que fue comiendo a medida que su historia avanzaba por imágenes de la pampa patagónica y los canales magallánicos.

Estaba abrumado por un sinfín de preguntas sin respuestas. Los maceteros rotos en la terraza de Ritter. El posible romance del crítico literario con Patricia Noguera. Los celos de Berta Zamudio. Las palabras de Golconda a la salida de la cena. La ira de Cabanes. Los extraños sobres que recibía el poeta fantasma. Los últimos escritos de Ritter.

Antes de pedir el vino había llamado a Razetti para contarle los pormenores de mi investigación y los alcances de mis dudas. El abogado escuchó pacientemente, y a pesar de mis aprehensiones, me motivó a seguir investigando hasta urdir un cuento que satisficiera a Berta Zamudio. Luego, y para rubricar su interés, preguntó si necesitaba más dinero, y antes de escuchar mi respuesta, ofreció mandar a mi oficina un cheque suficientemente generoso como para mirar con optimismo los próximos

quince días. Le dije que no había nada mejor que trabajar con amigos, y él respondió que eso no era motivo para holgazanear ni para sumergir los honorarios en el fondo de una copa. Le aseguré que solo gastaba el tercio de mis honorarios, y que el resto iba a las arcas de la Asociación de Alcohólicos Anónimos. En ese punto de la conversación, Razetti mentó a mi madre y cortó la llamada.

Todas las preguntas albergaban una sospecha e incluso, la charlatanería de Torrejón y la tristeza de Carmen Trigo alimentaban mis inquietudes. ¿Qué más podía hacer? Mi bola de cristal tenía las baterías agotadas y mi fe ni siquiera alcanzaba para colocar cuatro velas a Santa Teresita de Los Andes. No tenía más alternativa que trabajar. Vacíe la copa de vino y pedí una más. Pensé en los escritores que hasta ese instante había entrevistado y recordé un párrafo leído en la novela «Pasado negro» de Rubem Fonseca: «Escribir es una experiencia penosa, desgastadora, por eso existen entre nosotros, los escritores, tantos alcoholatras, drogadictos, suicidas misántropos, fugitivos, locos, desgraciados, muertos-jóvenes y viejos gagá». Parecía exagerado, pero ¿lo era? Comenzaba a estar harto de conversar con escritores que se incriminaban unos a otros. Sin embargo intuía algo oculto en aquellos diálogos. Algo turbio, que podía alterar la certeza tejida en torno a la muerte de Ritter. Para transformar mi intuición en hechos concretos debía trabajar y esclarecer las señas que encontraba en mi recorrido por tantas vidas ajenas.

Pagué las copas de vino y salí del bar dispuesto a visitar a Marcos Campbell, en la oficina de la calle Diez de Julio que compartía con sus tres computadores, una mesa de billar y el wurlitzer con las canciones de Sandro, Leo Dan y otros cantantes que habían acompañado su adolescencia.

Lo encontré embebido en la redacción de un texto para la revista que publicaba quincenalmente. El nombre de mi amigo no figuraba en los catálogos editoriales, pero sin duda escribía mucho más que todos aquellos autores a los que había conocido durante la última semana.

—Decidí visitar el templo de la sabiduría —dije, al tiempo que entraba a la oficina.

—Guarda tus ironías —respondió el periodista—. Seguro que andas buscando un trago gratis o quieres saber qué contenía el computador de Ritter. Te conozco, Heredia. Tus visitas nunca son inocentes.

—Andaba por el barrio, vi luz en la oficina...

—Déjame terminar un texto sobre las bondades del cordero magallánico y la salsa de calafate, y te atiendo —agregó Campbell—. Mientras esperas puedes llenar dos vasos con el vodka que está sobre la mesa de billar.

Me acerqué a la mesa y entre dos bolas blancas, encontré una botella de Absolut y dos vasos. Serví en ellos una generosa ración de vodka, dejé uno al alcance de Campbell y luego di unos pasos hasta quedar junto al wurlitzer. Seleccioné una canción interpretada por Sandro y me acomodé en un sillón, frente al escritorio del periodista.

—¿Cómo haces para escribir sobre temas tan disímiles? Las bondades del cordero magallánico, los beneficios de la aspirina, el alerce chilote, la pampa del tamarugal o la incidencia de la caca de paloma en la economía mundial.

—Pego un billete de diez mil pesos sobre la pantalla del computador y las ideas me nacen de inmediato. Literatura comprometida con mis finanzas y las necesidades de mi familia.

—No deja de ser una causa valiosa.

—Me asombra tu comprensión. En otra ocasión me habrías mandado a la mierda, en un viaje sin escalas.

—Con los años he aprendido que el género humano no tiene arreglo, eso es todo.

—Te agradezco que me consideres dentro del género humano.

—El mundo se desmorona y la irracionalidad no cesa.

—Conozco ese discurso, Heredia. No necesitas repetirlo.

—¡Lástima, comenzaba a inspirarme! —dije, y enseguida concentré mi atención en los versos de Sandro: «Tengo el vodka cerca de mis labios, y por ti y por mí he de brindar, mientras los gitanos van cantando...».

—Siempre pones la misma canción de Sandro. Estás viejo para seguir recordando a tu pololita del colegio. Hoy debe ser una señora gorda, con cinco hijos y un marido aficionado a la televisión por cable. Necesitas un psicólogo, Heredia —dijo Campbell, y luego, para desviar la conversación hacia otro tema, preguntó—: ¿Cómo van tus andanzas por el mundillo de los literatos?

—Más complicadas que el «Ulises» de Joyce.

—Revisé el disco duro que nos entregó el mayordomo. Logré rescatar la mitad de los archivos y en cuanto disponga de tiempo libre, sigo con los que faltan. Es un trabajo lento, pero afortunadamente se puede hacer. ¡Ten paciencia!

—Paciencia tengo. Y prisa, también.

—He rescatado varios documentos antiguos. Aún no llego a los que Ritter pudo escribir en los últimos meses. Si me indicaras qué buscar, sería más fácil. Un tema, un nombre, cualquier cosa que facilite el trabajo.

—Ni siquiera estoy seguro que exista un documento de interés. ¡Es un tiro al aire!

—En el peor de los casos, vendemos los archivos a la señora Zamudio.

—Hablaré con Razetti. Mal que mal estás invirtiendo varias horas de trabajo —dije y me puse de pie.

—¿Adónde vas? —preguntó el periodista.

—Es hora de regresar a mi casa, saludar a Simenon y acostarme con un buen libro entre los brazos.

—¿Solo con un libro entre los brazos?

—¿Qué insinúas?

—No me engañas, Heredia. Te conozco al revés y al derecho. Intuyo que la muerte de Ritter no es lo único que ocupa tus pensamientos. ¿Cómo se llama?

Di unos pasos hacia la salida de la oficina. Me detuve junto a la mesa de billar,

tomé una de las bolas y la hice rodar sobre el paño verde.

—Creo que tengo una buena justificación para invitarte a comer —agregó Campbell—. ¿Aceptas?

5

La invitación de Campbell nos llevó hasta un restaurante chino de la avenida Matta. Sin gran originalidad, pedimos dos porciones de filete mongoliano que demoraron menos de lo que dura un suspiro en llegar a la mesa. Campbell comió con apetito de atleta y yo me limité a picotear el filete. No le hablé de Carmen Trigo. Nada quería decir de ella ni sobre nuestros encuentros que hasta ese momento no pasaban de ser la feliz coincidencia de dos soledades. Ambos habíamos vivido lo suficiente como para no engañarnos con ilusiones y preferíamos seguir apostando a la complicidad de lo inesperado.

—Tengo muchas derrotas en el cuerpo —dije cuando Campbell intentó poner sobre la mesa el tema de mi supuesto romance.

—Si no quieres contarme, no insistiré en el asunto —respondió el periodista y luego comenzó a hablar de su trabajo computacional—. Dijiste que no sabías qué buscar en los archivos, pero debes tener alguna idea de lo que te gustaría encontrar.

—Es una pista más a seguir. Tal vez una carta dirigida a alguien en particular o una confesión de suicidio. Un texto que permita cerrar la investigación.

—Recuperaré los archivos que faltan y luego, habrá que leerlos, uno a uno.

—Nos encargaremos de eso cuando llegue el momento.

—¿Y si no aparece nada de interés?

—Será un nuevo paso en falso. Por ahora me queda esperar y seguir con mi pauta de trabajo.

Y así lo hice al otro día, cuando dirigí mis pasos hacia el departamento de Genoveva León.

La escritora, una mujer alta y de cabellos teñidos, me recibió en una sala adornada con fotos donde ella aparecía acompañada por escritores y personajes políticos. Durante media hora soporté el monólogo de la mujer, preocupada en mostrar que era una figura literaria de méritos incuestionables. Después, cuando se percató que sus anécdotas me interesaban tanto como la vida doméstica de las mangostas, me obsequió unos minutos para exponer el motivo que me había llevado hasta su departamento.

—¿Por qué pierde su tiempo? —preguntó una vez que escuchó mis apreensiones respecto a la muerte de Ritter—. Desde que tengo memoria, los escritores hemos descargado nuestros dardos contra los críticos que no nos simpatizan o consideramos antojadizos. Alguien lo ha estado asesorando mal, señor Heredia. Reconozco que Ritter no era un sujeto de mis afectos, pero de ahí a querer causarle algún mal, hay mucha distancia. Estoy segura que los otros colegas le han dicho lo mismo.

—Cabanes, Poblete y usted fueron especialmente agresivos con Ritter.

—Me limité a reprocharle que su interés crítico se reducía a las publicaciones de los escritores más exitosos. Mi animosidad contra Ritter no pasó más allá. De hecho, concurrí a su sepelio, solté varios lagrimones y desde luego, sentí su fallecimiento. Pasó el tiempo de las rivalidades eternas y de los escritores que manifestaban a voz en cuello su malestar. Recuerdo a Gracielita Ordóñez. Cuando un crítico se atrevió a decir un par de cosas negativas sobre el poemario que acababa de publicar, lo esperó a la salida de su trabajo y le dio de carterazos. Después de eso, el hombre escribió otro comentario. Falta un Gabriel Avellaneda, quien para rebatir a sus críticos, contratava avisos en los diarios o pagaba a unos muchachones para que escribieran en los muros: «Avellaneda es un genio». Tampoco son los tiempos de Alejandro Dumas padre. Fíjese que cuando estaba por estrenar su obra Enrique III, fue atacado por el comentario venenoso de un periodista. Dumas no perdió su tiempo, fue en busca del crítico, y con un grueso bastón en la mano logró que le pidiera disculpas de rodillas.

—De Alejandro Dumas se podía esperar cualquier cosa.

—¿Por qué lo dice?

—Es un asunto entre él y yo. No me gusta que maten a mis héroes —dije, y para no dar pie a otros recuerdos de la escritora, pregunté—: ¿Fue a su casa después de la cena?

—¿Qué más iba a hacer? No estoy en condiciones de patiperrear como una muchacha alocada. Además, todos salieron apresurados del restaurante —dijo Genoveva León y se puso de pie para contemplar su figura en el espejo adosado a una de los muros de la habitación.

—Seguir a Ritter, por ejemplo.

—Insiste en preguntar tonterías.

—Gracias. Sus palabras estimulan mi trabajo.

—No se ofenda, joven. Sólo soy sincera —dijo la escritora, y siempre frente al espejo, preguntó—: ¿Qué edad cree que tengo?

Pensé en una cifra cercana a la centena, pero no respondí.

—Ayer fui al médico y se sorprendió cuando le revelé mi edad. ¿Usted qué cree? —insistió Genoveva León, al tiempo que levantaba su vestido y dejaba a la vista sus piernas—. Si supiera cuántos hombres se volvían locos por estas piernas. Podría dar los nombres de varios poetas que hoy gustan de andar tras las muchachas. ¿Cree que me veo bien? Mi piel sigue tersa y mis apetitos no se han extinguido.

Me puse de pie y di unos pasos hacia la puerta de la habitación.

—¿Ya se va? —preguntó.

—Como usted dice, sólo pregunto tonteras.

—Quédese. Almuerce conmigo y después de la siesta le muestro mis libros.

—Detesto dormir siestas.

—Usted no sabe quién es Genoveva León —dijo la mujer. Deduje que ya no me escuchaba y sin distraerla de su autocontemplación frente al espejo, abrí la puerta y busqué la salida del departamento.

—Todos deseaban a la bella Genoveva —la escuché decir antes de cerrar la puerta y observar el pasillo que conducía hacia los ascensores del edificio.

Cuando estuve en la calle, pensé en llamar a Razetti y exigirle un seguro contra riesgos profesionales. Corrí hasta donde estaba estacionado mi auto y una vez en su interior respiré profundamente. Por lo menos ya puedo borrar un nombre de la lista de sospechosos, me dije y aceleré el auto para distanciar mis huesos de los delirios eróticos de la escritora.

6

Detuve el vehículo a un costado de la plaza Almagro. Encendí un cigarrillo y bajé del auto para recorrer la plaza y la feria de libros instalada a un costado de la iglesia de Los Sacramentinos. Genoveva León había retrotraído mi ánimo al inicio de la investigación. Por un instante, mientras observaba a los estudiantes y ancianos que ocupaban las bancas de la plaza, pensé en ir a la oficina de Razetti y renunciar a la pesquisa. Quería olvidar a Ritter y a los demás escritores. Sin embargo, sabía que mi deseo no sería más que un paréntesis, y que una vez recuperado el entusiasmo, volvería a examinar mis apuntes y a cumplir el itinerario de preguntas.

Durante un rato revisé los libros expuestos en la feria y cuando pensaba que la fortuna me sería esquiva, descubrí un ejemplar de «Seis problemas para don Isidro Parodi» de Borges y Bioy Casares, y la novela «El caso de la mujer azul» de Mortimer Gray, seudónimo de Luis Enrique Délano. La novela, que había leído en la Biblioteca Nacional, estaba protagonizada por Philip Dañe, un doctor en letras y hermano del inspector de policía Thomas Dañe. Philip Dañe era un personaje peculiar, aficionado a las citas en latín y a las bellas mujeres. Seguí mi búsqueda, y luego de un rato, en otro de los puestos encontré un libro de Patricia Nogueras, titulado «Casa de mujeres». El volumen contenía doce cuentos que un prologuista desconocido consideraba de «gran profundidad psicológica y dotados de finales

imprevistos que causarán el asombro de sus lectores».

El hallazgo me recordó que tenía pendiente la cita concertada con ella el día anterior. Compré el libro y enseguida ubiqué un bar, lo suficientemente tranquilo como para beber una cerveza y hojear mis adquisiciones hasta la hora de mi reunión con la escritora.

Patricia Nogueras miró el libro y sonrió. Era delgada y tenía el atractivo de una grisácea ratita de laboratorio. Sus cabellos rubios caían lacios sobre sus hombros, y su rostro, apenas intervenido por las líneas rojas de sus labios, seguía siendo el de una adolescente desafortunada en los romances. Para autografiar el libro que dejé sobre la mesa de la cafetería en la que nos habíamos reunido, sacó de su bolso unos anteojos de cristales gruesos y con una letra menuda escribió una frase ilegible. Mi intuición había sido certera, ya que apenas vio el libro de su autoría, derribó la barrera de suspicacia que había interpuesto entre los dos desde nuestro saludo inicial. Después me observó con sus ojos pequeños y no pude evitar imaginarla como polilla merodeando en torno a una ampolleta.

—Le van a gustar los cuentos —afirmó, y enseguida prestó unos segundos de atención a su café con leche.

Puse su libro junto a los otros dos libros que portaba y ella, mirando de reojo, leyó sus títulos.

—Literatura policial —dije, y la escritora hizo una mueca de desdén.

—Bustos Domecq, no conozco a ese autor —dijo, al tiempo que bebía su café—. Debe ser un autorcillo de novelas policíacas.

—Es uno de los seudónimos de Bioy Casares y Borges.

Un súbito rubor coloreó el rostro de la escritora. Consideré que era el momento de explicar los motivos que tenía para reunirme con ella, y una vez más desde que había aceptado el caso, resumí las ideas de Berta Zamudio respecto a la muerte de su amante.

—Cuesta creer que esté muerto —dijo Patricia Nogueras—. En cuanto a la comida, reconozco que fue una situación odiosa, pero dudo que tenga relación con la muerte de Francisco. A lo más, provocó el término abrupto e inesperado de la cena. En lo que me concierne, esa noche rechacé la invitación de Golconda para ir a beber unas copas a otro lado y me fui a mi casa. Estaba cansada y a la mañana siguiente debía viajar a Valparaíso, donde dirijo un taller literario para estudiantes universitarios. Quise morir cuando supe lo sucedido a Francisco. Pensé que debí ser más cariñosa con él al despedirnos. Pero, quién podía imaginar que caería de la terraza.

—¿Eran ustedes buenos amigos?

—¿Qué insinúa? —preguntó Patricia Nogueras, a la defensiva.

—Se comenta que usted y Ritter eran amantes. También se dice que usted lo sedujo para obtener un buen respaldo en su carrera literaria.

El rostro de la escritora adquirió un tono púrpura y por un instante no supo qué

hacer con sus manos que, nerviosas, parecían buscar algo sobre la mesa. Finalmente, sacó de su cartera una cajetilla de cigarrillos y encendió uno, lentamente.

—La gente dice tantas cosas. Los celos y la envidia afilan las lenguas.

—Suelen decir muchas cosas, y algunas de ellas son verdaderas —insistí.

—Es cierto que Ritter me ayudó en la publicación de mi primer libro y que éramos buenos amigos. Pero no fui yo la que buscó esa relación. Él me invitó alguna vez a almorzar a su departamento. Francisco era un hombre muy solo.

—Sin embargo, en una ocasión, la señora Zamudio la expulsó del departamento de Ritter.

—Esa mujer está enferma. Perseguía a Francisco con sus celos, lo obligaba a permanecer recluido, y sin motivo imaginaba intrigas amorosas entre Ritter y las mujeres, viejas o jóvenes, que lo visitaban. Ritter no la soportaba. Me lo dijo en más de una ocasión. Ella escuchaba sus llamadas telefónicas, revisaba su correo, simulaba enfermedades cada vez que Ritter era invitado a un seminario o congreso fuera de Santiago. Berta Zamudio tiene muchos años y muchas frustraciones en su vida. Si alguien empujó a Ritter por el balcón, no me extrañaría que fuera esa mujer.

—¿Seguro que usted y Ritter no eran amantes?

—¡Insiste en eso!

—Intuyo que sus palabras no son sinceras —dije, y percibí una mueca de ira contenida en el rostro de la escritora—. Cualquiera cosa que me diga será un secreto entre nosotros.

—Ritter no podía ser amante de ninguna mujer. No al menos en términos concretos, ¿me entiende? —respondió y creí vislumbrar en sus ojos el brillo de una lágrima contenida.

—¿Era homosexual? Si es así, usted no sería la primera en insinuarlo.

—Imagino que no. Los escritores suelen tildar a sus críticos de maricones, débiles mentales o de vendidos al mejor postor de las editoriales. Pero no es el caso. Ritter era impotente. Por culpa de la vieja Zamudio. Desde que él tenía cuarenta años y la Zamudio, sesenta y cinco, él nunca pudo estar con ella en una cama. Lo castró, psicológicamente lo castró.

—¿Ritter le contó eso?

La rabia se hizo más evidente en la escritora. Apachurró su cigarrillo y me miró con la simpatía de un doberman al que le acaban de arrebatar su comida de la semana.

—Le diré la verdad —agregó Patricia Noguerras—. Pero usted debe prometer que no volverá a molestar con más preguntas.

—Soy el hombre que pregunta. Me pagan por averiguar cosas.

—Lo que usted sea me da lo mismo. Quiero que sea discreto.

—Prometo no divulgar su verdad.

—Cuando dije que no habíamos sido amantes, era una verdad a medias. Nos queríamos y en algún momento pensamos en vivir juntos. Pero, él temía que yo llegara a sentir el mismo desprecio que él experimentaba por Berta Zamudio.

—Eso es interesante, pero no responde a mi pregunta.

—Una vez, tres años atrás, fuimos a Viña del Mar. Nos encerramos todo un fin de semana en un hotel, lejos de la vigilancia de Berta Zamudio y del temor que sentía Francisco de que nos vieran juntos en un restaurante o a la salida del teatro. Era la ocasión de llevar nuestro romance más allá de los encuentros furtivos. Nos deseábamos y sin embargo, fue incapaz de tocarme. Yo estaba a su lado, desnuda, y él sólo veía el cuerpo decrepito de la Zamudio. Creo que eso es suficiente, ¿o no? Los detalles sobran. Volvimos a Santiago y me pidió que no volviéramos a vernos. Accedí a eso durante dos meses. Después Francisco me llamó y volvimos a reunirnos como en los primeros tiempos. Un mes atrás, repetimos la experiencia del hotel y sucedió lo mismo.

—Esa situación pudo alentar un suicidio.

—No en él, señor Heredia. Francisco tenía principios bastantes rigurosos acerca del valor de la vida. La eternidad, Dios como único dueño de la existencia. Además, pensaba recurrir a la ayuda de un psicólogo. Si su muerte no fue accidental, la responsable debe ser Berta Zamudio.

—Si así fuera, ¿por qué iba a contratar mis servicios?

—¿Nunca ha oído hablar de la conciencia culpable? Ella lo mató, pero como no se atreve a reconocerlo, recurre a usted para descubrir la verdad. Es una mujer enferma. Se lo dije antes y lo repito.

—Me cuesta imaginar algo así.

—Problema suyo. Yo me limito a decir lo que pienso. Al fin de cuentas, de un modo u otro, Berta Zamudio destruyó la vida de Francisco.

—Gracias por su confianza. Sé que para usted no debe ser fácil...

—No quiero su consuelo. Sólo espero no equivocarme y que usted desenmascare a esa mujer.

Patricia Noguerras tomó su cartera y salió de la cafetería sin despedirse. Como al comienzo de la entrevista, pensé en una ratita de laboratorio que corría a refugiarse en su madriguera. Pedí otro café y recordé el viejo adagio: uno ve caras pero no corazones. Hurgar en las vidas ajenas era un oficio agotador.

7

La tarde era un horizonte de edificios y nubes grises. Había dejado de llover, pero en el aire persistía el presagio de nuevas lluvias. El invierno se prolongaba más de la

cuenta, castigando los espacios de una ciudad desacostumbrada a los rigores del agua y el barro. En la televisión continuaban las imágenes de las barriadas anegadas y los rostros de muchos pobladores sorprendidos en su pobreza, desamparados y tristes, como perros apaleados.

Llamé a Razetti para concertar un encuentro. Dijo que estaba ocupado en sus asuntos y me invitó a su oficina. Lo imaginé tras de su escritorio, con sus anteojos al borde de la nariz, estudiando los escritos que al día siguiente debía presentar en los tribunales. La conversación con Patricia Nogueras seguía dando vueltas en mi mente y a pesar de la seguridad de sus palabras me costaba aceptar que el encargo de Berta Zamudio pudiera ser una trampa. Prefería pensar que las palabras de la escritora Nogueras eran solo el fragmento visible de una verdad más oscura, a la que era necesario acercarse con el sigilo de un cazador.

Entré a un bar de la calle San Pablo y luego de pedir una cerveza, regresé a las páginas del libro de Patricia Nogueras. Sus cuentos eran breves, escritos al ritmo de frases cortas y sobre personajes que parecían equilibrarse en la desesperanza. ¿Qué ocultaba tras su apariencia frágil para escribir de ese modo? ¿Era su opción retratar la vida desde ciertos márgenes, sin que necesariamente sus relatos fueran el reflejo de sus experiencias? Más preguntas para mi colección de dudas e inquietudes. Después de una hora, dejé de lado el libro de cuentos y concentré toda mi atención en las personas que veía caminar deprisa por la calle, huyendo de la lluvia que volvía a caer.

Antes de seguir mi camino rumbo a la oficina de Razetti, llamé a Carmen Trigo, sin otra expectativa que oír su voz. Me dijo que estaba trabajando en su novela y que para el resto del día sólo aspiraba a beber un trago y ver el vídeo de la película «Disparen sobre el pianista» de François Truffaut. No me incluía en sus planes de esa noche y algo en el tono de su voz me hizo intuir que deseaba estar sola. Me despedí de ella y salí del bar, al encuentro del abogado. Cristina, su secretaria, con la cartera en las manos y a punto de abandonar la oficina, me abrió la puerta y me indicó el despacho donde se estaba su jefe.

Avancé en silencio y divisé a Razetti junto a su escritorio, afanado en la lectura de un expediente tan grueso como una guía telefónica. Al advertir mi presencia, se sacó sus anteojos y los dejó sobre el expediente.

—Ya era hora.

—¿Cuál es el apuro? Dijiste que no te moverías de la oficina antes de la medianoche.

—Eres la excusa que tengo para dejar de trabajar —dijo Razetti, al tiempo que empujaba el expediente hacia un extremo de su escritorio—. Mi padre me engañó cuando dijo que el trabajo de los abogados era cómodo. Para pagar las cuentas hay que trabajar de sol a sol. Posesiones efectivas, juicios laborales, testamentos, nulidades matrimoniales, constitución de sociedades, excarcelaciones, cobranzas, venta de casas. No puedo hacer el quite a nada.

—Mi oficio tampoco es fácil. Y sin ir más lejos, comienzo a cansarme de los

caprichos de una anciana millonaria y delirante.

—¿Te refieres a la señora Zamudio?

—¿Qué tan bien la conoces?

—He trabajado para ella desde hace diez años. Nuestra relación es profesional y nunca hemos conversado de otro tema que no sean sus asuntos económicos y legales.

—He descubierto que ella no era precisamente el hada madrina de Ritter.

—¿Puedes ser más explícito?

—No todo era miel sobre hojuelas entre ellos. Ritter engañaba a la señora, y ésta le hacía la vida imposible con sus celos.

—¿En qué te apoyas para decir eso?

—Prometí mantener la fuente en secreto.

—Recuerda que trabajas para mí.

—Me pagas para que llegue a un resultado.

—De acuerdo. No voy a perder el tiempo en discusiones inútiles —dijo Razetti, y luego de encender un cigarrillo, agregó—. Me cuesta aceptar lo que dices. Parecían una pareja armónica.

—Se sabe que las apariencias engañan.

—Dada la diferencia de edad entre ellos, sería una situación comprensible. Pero ¿qué tiene que ver con lo que nos interesa? No pensarás que ella participó en la muerte de Ritter.

—Lo pienso, pero no tengo nada concreto en qué afirmar la idea.

—Sin embargo, encajaría con algo que hasta antes de la muerte de Ritter me costaba entender.

—¿De qué se trata?

Razetti se acercó al kardex ubicado en un rincón de la oficina. Sacó una carpeta del mueble y antes de volver a sentarse, la dejó sobre el escritorio.

—El testamento de la señora Zamudio —dijo—. Hace dos meses me pidió modificar algunas de sus cláusulas: las que se refieren a sus herederos. Sus instrucciones fueron disminuir el monto de los bienes que heredaría Ritter. Originalmente, el testamento otorgaba el ochenta por ciento de sus bienes al crítico y debía cambiar esa disposición por una simple pensión mensual.

—¿No te parece raro?

—Desde luego, y se lo comenté a la señora. Su explicación fue que Ritter no deseaba complicarse con la administración de los bienes y que por eso habían acordado reducir la herencia a una suma de dinero mensual. La explicación no me pareció convincente y cuando quise indagar en otras razones para modificar el testamento, Berta Zamudio se limitó a exigir que cumpliera sus instrucciones. No tuve más opción que agachar la cabeza.

No puedo darme el lujo de perder a una clienta como ella.

—Eso confirmaría que entre ellos había algunos líos sin resolver.

—Supongamos que era así. O que Ritter estaba interesado en la fortuna de Berta

Zamudio. Lo lógico hubiera sido que ella volara por los aires antes de firmar el nuevo testamento. Sin embargo, el que murió fue Ritter.

—Discutieron y luego Berta Zamudio empujó al crítico literario.

—No, no tiene sentido —dijo Razetti, mientras volvía a ponerse de pie y sacaba del kardex una botella de whisky—. Necesito un trago para soportar tus malos pensamientos.

—La vida es así, Razetti. Yo sólo la observo.

Razetti llenó dos vasos y dejó uno de ellos sobre el escritorio, a mi alcance.

—Primero, la señora apenas se sostiene sobre sus dos pies. No está en condiciones de empujar a nadie —dijo el abogado—. Segundo, ¿para qué iba a inventar el cuento de sus sospechas?

—Has llegado a la misma pregunta que me ha estado dando vueltas en la cabeza.

—Carajo, Heredia. Hasta hace un rato mi vida era una taza de leche. ¿Pretendes reabrir mi úlcera?

—«Maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida».

—¡Citas bíblicas! Sé que nada es fácil, pero en este caso el responsable de buscar respuestas eres tú.

—¿Te llamó hoy la señora Zamudio para saber la marcha de la investigación?

—A primera hora de la mañana.

—Si vuelve a hacerlo, no le digas nada respecto a los avances de la investigación. Dile que soy un vago, que has amenazado con despedirme o que estoy con amigdalitis. Dile cualquier cosa, menos la verdad.

—Te haré caso, Heredia. Pero considera que no podré mentir durante mucho tiempo. La mujer no es tonta, y además, tiene un genio de los mil demonios.

8

Al otro día desperté con la misma interrogante de la noche anterior. Abrí los ojos y vi a Simenon acostado a los pies de la cama, escuchando atentamente el ruido que hacía la lluvia al chocar contra los vidrios de la ventana. Durante un largo rato me entretuve en acariciar su pelaje, mientras pensaba en los inconvenientes que tendría al enfrentar a la señora Zamudio para obligarla a confesar sus ocultas intenciones.

—Has decidido condenar a esa mujer sobre la base de algunos chismes y un par de enigmas sin explicación —creí oír decir a Simenon.

—¿Desde cuándo defiendes a las ancianas perversas?

—Desde que anoche te vi llegar con la cabeza llena de dudas. Demonios, Heredia, nunca te había visto tan complicado. Si vas a golpear a la puerta de Berta Zamudio, lo único que vas a conseguir es quedarte sin trabajo. Dale otra vuelta al asunto.

—Debo reconocer que tus palabras son razonables.

—No olvides que me interesa tu maltratado pellejo. Además: «Los gatos son una especie misteriosa, en su mente pasan muchas más cosas de las que podemos imaginar».

—¿Dickens?

—Frío, frío.

—¿Balzac?

—Me decepcionas, Heredia: Walter Scott. Te puedo dar otra oportunidad: «Si se pudiera cruzar al hombre con el gato, se mejoraría al hombre, pero se rebajaría al gato».

—¿Baudelaire?

—Mark Twain.

—Estás haciendo méritos para que abra la puerta y te lance a la calle.

—Recuerda esa expresión alemana que dice: «Si echas al gato por la puerta, vuelve a entrar por la ventana».

—Tú ganas, Simenon. Hoy mi cabeza no está para citas. La entrevista con Golconda está concertada para mañana, y lo demás se reduce a esperar los resultados que obtenga Campbell con la recuperación del disco duro.

—Necesitas una filosofía de trabajo. No puedes salir a la calle a tontas y a locas.

—¡Filosofía! «Un itinerario de muchos caminos para ir de ninguna parte a la nada».

—¡Ambrose Bierce!

—Gato cabrón. Hoy no es mi día para sorprenderte —dije, mientras Simenon, ceremonioso como una estatuilla de porcelana, salía del dormitorio a su cotidiano paseo por el barrio.

Tampoco era un día para trabajar. Un rato después estaba acodado encima de mi escritorio e intentaba solucionar el crucigrama que había comenzado a llenar, luego de revisar el programa de carreras de caballos del Hipódromo Chile. Había hojeado el diario de la mañana, comprobando que ninguna noticia informaba acerca de un vuelco profundo en las costumbres del mundo. Las acciones de la Bolsa experimentaban un alza en sus cotizaciones y los índices de la pobreza disfrazaban la miseria de las calles. Mi equipo favorito, el Magallanes, estaba a punto de descender a la tercera división del fútbol profesional. La lluvia seguía inundando las barriadas y los pronósticos climatológicos anunciaban días de sol y altas temperaturas. En definitiva, el mundo seguía a la deriva. En alguna galaxia, un extraterrestre se tomaba la cabeza a seis manos intentando comprender la torpeza del ser humano. Era, sin

duda, uno de aquellos días en que más vale quedarse en cama, acariciado por el ocio y las ganas de ser otra persona con preocupaciones más normales.

Abandoné la resolución del crucigrama cuando llegué al recuadro en el que pedían un sinónimo de escritor. Literato, redactor, creador, prosista, estilista, gacetillero, argumentista, escritorzuelo, escribidor, cagatintas, plumífero, chupatintas, foliculario. Ninguna de aquellas palabras que recordaba calzaba con los casilleros propuestos en el crucigrama, y consultar el diccionario de sinónimos me pareció un recurso de dudosa moralidad. Finalmente puse las piernas sobre el escritorio y busqué la complicidad de un buen sueño. Pero tampoco en eso tuve suerte. No habían transcurrido veinte minutos cuando alguien golpeó la puerta del departamento con la suavidad de un luchador de cachacascán. Era el escritor Santiago Torrejón, quien apenas abrí la puerta, entró a la oficina con la celeridad de un maratonista olímpico.

—Siempre he tenido curiosidad de conocer el despacho de un detective —dijo, deteniéndose frente a uno de los estantes de mi caótica biblioteca—. Todo escritor debe conocer ambientes distintos a los suyos, oír cómo habla la gente, observar cómo se viste, saber cómo piensa. Nunca sabe en qué momento esa información adquiere utilidad.

—¿Cómo dio con mi oficina? —pregunté malhumorado.

—¿Quiere que le diga la verdad?

—Si no le molesta.

—Busqué su nombre en la guía telefónica. Deseaba comprobar que usted era detective.

—¿Y a qué se debe la desconfianza?

—Pensé que era un periodista interesado en escribir una crónica sensacionalista. En la «Confitería Torres» le dije cosas que, mal empleadas, pueden perjudicarme.

—¿Está más tranquilo ahora?

—Veo que tiene una abundante biblioteca —dijo Torrejón, observando algunos de los libros que tenía a dos palmos de sus narices—. Algunos clásicos, biografías de políticos y escritores, novelas de aventuras. Sus gustos son bastante amplios. Me imagino que tendrá mis libros en un lugar destacado.

—La última vez que los vi estaban en la bodega del edificio, junto a un par de zapatos viejos y una trampa para ratones.

—No estará hablando en serio —dijo el escritor y por un instante pensé que me atacaría con el bastón que portaba en su mano derecha.

—Quería poner a prueba su sentido del humor.

Torrejón dio unos pasos por la habitación y luego ocupó la silla ubicada frente a mi escritorio.

—¿Tiene algo de beber que no sea agua o leche? —preguntó, al tiempo que humedecía con la lengua el borde de los labios—. El viaje hasta su oficina me dio sed.

Busqué en el escritorio la botella de pisco y le serví una ración. Lo miré de reojo

e intuí que estaba a punto de dar a conocer el verdadero motivo de su visita.

—Agradable licor —dijo paladeando el pisco en su boca—. No se compara a un buen whisky, pero entre nada y pisco, siempre es mejor beber algunas gotas de pisco. ¿No piensa usted lo mismo?

—Cuando estoy en condiciones de elegir, opto por el señor Jack Daniels; y si no es así, la compañía de una copa de vino me resulta apropiada.

—¿Y cómo va con su investigación? ¿Descubrió que el responsable es el doctor Moriarty?

—Hasta ahora no he llegado a ninguna conclusión satisfactoria.

—Supe que conversó con Genoveva León y Cabanes. Nuestra diva de las letras me llamó para saber si usted había hablado conmigo. Supongo que la mayor parte del tiempo se refirió a sí misma. Es su tema favorito. En cuanto a Cabanes, conversé con él en la plaza Mulato Gil de Castro, y apenas le mencioné su nombre, me contó los pormenores de la conversación entre ustedes.

—Tendré que cederle mi asiento, Torrejón. Usted ha resultado mejor detective que yo. Sin embargo, y para su tranquilidad, le diré que los sospechosos siguen siendo los mismos, incluido usted.

—Pensé que éramos amigos. Si mal no recuerdo, el otro día le proporcioné abundante información.

—En asuntos criminales, la amistad no cuenta.

—Debe ser así —dijo Torrejón con aparente desconsuelo, y luego de beber otro sorbo de licor, agregó—. La otra tarde, cuando hablé con Cabanes, tuve la impresión que estaba muy preocupado por lo sucedido con Ritter. Preocupado y temeroso. ¿Me entiende?

—¿Está acusando a Cabanes?

—¡Jamás! Doy a conocer mi impresión, nada más. No olvide que Cabanes fue el que más discutió con Ritter.

—Tendré en cuenta sus palabras.

Torrejón dejó sentir un fugaz suspiro y enseguida sonrió satisfecho.

—Desearía invitarlo a almorzar, Heredia. Junto a una buena comida podremos comentar otros aspectos de su investigación.

—Gracias, pero estoy ocupado.

—Al menos acepte que lo invite a una copa. En su barrio debe haber buenos bares.

—¿Qué busca, Torrejón? —pregunté algo molesto por la insistencia del escritor—. Supongo que no se tomó la molestia de llegar a mi oficina sólo para invitarme a beber.

—Usted me ofende, Heredia. Yo...

—Quiere conocer mis avances en la investigación. Lo sé. ¿Teme ser descubierto o sólo es un metiche que desea husmear en lo que no le corresponde?

Torrejón se levantó de la silla violentamente, como si acabara de sentir una

descarga eléctrica en sus nalgas. Golpeó con su bastón en el suelo, y sin decir palabra se encaminó hacia la salida de la oficina. El eco del portazo que dio al salir quedó en el aire durante varios segundos, alertando los sentidos de Simenon que hasta ese instante dormitaba en su rincón de costumbre.

—La gente ha perdido sus modales —protestó.

—Detesto a los lateros y a los copuchentos —dije y luego de unos segundos mi protesta fue interrumpida por el timbre del teléfono.

—Heredia, necesito verte —oí decir a Carmen Trigo.

9

Había algo extraño en la voz de Carmen, un tono apagado, que asocié primero a un desperfecto en la línea telefónica y luego al miedo, como si ella hubiera estado hablando al borde de un abismo o bajo la amenaza de alguien que estaba a su lado.

—Necesito verte —insistió.

—Voy de inmediato a tu departamento —le dije—. ¿Qué sucede?

—Estoy en el hotel San Luis, en la habitación 1502. Avisé en la recepción que vendría alguien a acompañarme. Date prisa, por favor.

Saqué la Beretta del escritorio y salí de la oficina rumbo al estacionamiento donde guardaba el Chevy Nova. Junto al volante y mientras intentaba sobrepasar a una camioneta, pensé que los fierros del auto eran demasiado viejos para alcanzar la velocidad que requería en ese momento. Finalmente, dejé atrás a la camioneta y sin respetar la luz roja de un semáforo, seguí mi carrera hacia el hotel.

El hotel San Luis era un refugio para amantes furtivos, al que se entraba a través de una puerta entornada que protegía a las parejas de la curiosidad de los peatones. En la recepción encontré a un muchacho de aspecto, adormilado que leía una revista deportiva.

—Me esperan en la habitación 1502 —le dije.

—Suba por el ascensor y que le vaya bien —dijo el recepcionista, acompañando sus palabras con una sonrisa.

Cuando salí del ascensor me encontré en un pasillo que conducía hacia las habitaciones. Observé la numeración dispuesta en la parte superior de cada puerta, y luego de unos minutos estuve frente a la habitación indicada por Carmen. La puerta estaba entreabierta. Al tiempo que sacaba la pistola, la empujé suavemente y entré en la habitación. El lugar estaba en penumbras. Al medio de la pieza había una cama de

dos plazas con sus respectivos veladores a los costados. Sobre el suelo alfombrado un sinfín de hojas habían sido desparramadas junto a una botella de whisky. Llamé a Carmen en voz baja y nadie me respondió. Di dos o tres pasos más, y al llegar junto a la cama, en su interior, cubierto por las frazadas, descubrí un cuerpo encogido en posición fetal.

Levanté la frazada y reconocí el rostro de Carmen Trigo. Estaba pálido, surcado por las huellas de unas lágrimas. Parecía dormir, agitada por las sombras de una pesadilla. Estaba vestida y entre sus brazos aprisionaba unas hojas de papel, similares a las que había visto desparramadas por el suelo de la habitación. Toqué una de sus mejillas. Ella abrió los ojos y demoró algunos segundos en reconocermelo.

—Heredia —le dije—. Ya llegué.

—¿Por qué demoraste tanto? —preguntó, al tiempo que se esforzaba en acercarse a mi lado y besarme. Reconocí en sus labios un aliento alcohólico y sin decir nada la acurruqué en mi pecho.

—¿No me vas a dejar? —preguntó, en voz baja, temerosa, como una niña que aguarda su castigo.

—Duerme, te hará bien.

Me acosté a su lado y volví a cobijarla entre mis brazos hasta que ella se quedó dormida. Después, tomé las hojas que habían quedado sobre la cama, las junté con las que estaban en el suelo y las ordené de acuerdo al número impreso al pie de cada una de ellas. Se trataba de los originales de una novela inédita, que comencé a leer sin más interrupciones que las necesarias para encender un cigarrillo y mirar, de tanto en tanto, el rostro de la escritora.

Despertó poco antes de la medianoche, junto con el repicar de las campanadas de la iglesia frente al hotel, el mismo que hora tras hora había acompañado mi lectura. Abrió sus ojos y me quedó mirando como si yo fuera una aparición fantasmal que estaba a su lado para provocar el mayor de los espantos.

—¿Te sientes bien? —pregunté—. Has dormido unas ocho horas a lo menos.

—¿Llegaste? Creía que sólo eras parte de mis sueños. Te llamé tantas veces a tu oficina, y no recuerdo si llegué o no a hablar contigo.

La besé y luego acaricié los cabellos que caían en desorden sobre su rostro.

—Hablé contigo y me pediste que viniera hasta este hotel. Te encontré borracha y semidormida. ¿Qué pasó?

—Tenía miedo de estar sola, de mi fracaso y de la estupidez que me hizo llegar hasta esta pieza. Es largo de explicar.

—Te escucho.

—¿Recuerdas la primera vez que hablamos por teléfono? Acordamos una cita y luego, poco antes de la hora convenida, hice que una amiga te llamara para posponer la entrevista. Si mal no recuerdo, ella te dijo que yo había tenido que viajar o algo parecido. La verdad es que estaba borracha y deprimida, porque había pasado toda la noche revisando la novela que debo entregar a la editorial. Ayer volví a leer el texto.

Lo encontré malo una vez más y me angustié. Pensé que debía llamar a la editorial y decirle a Casimiro Poblete que postergara todo el trabajo de prensa. Pero no fui capaz de enfrentar la verdad. No llamé a Poblete ni corregí una línea. Simplemente, tomé una botella y comencé a beber esperando que el licor me diera ánimo para llamar por teléfono o insistir en la escritura. Sólo conseguí deprimirme más.

—¿Y por qué viniste a dar a este hotel?

—Te vas a burlar de mí. Fue una estupidez. Lo reconozco.

—Sigo escuchándote.

—Tengo la manía de guardar cuanto cachureo llega a mis manos, y ayer, cuando comencé a beber, me puse a revisar unas cajas en las que guardo las cosas más inverosímiles. Entradas al cine, recortes de diarios, catálogos de museos, pasajes aéreos, cartas, boletas, todo lo que te puedas imaginar.

—Sé lo que son esas cajas. Tengo varias en mi oficina.

—Te conté de mi pareja y de su partida. Lo que detonó el fin de esa relación fue una boleta de este hotel, que estaba en una de las chaquetas de Samuel. Ayer, mientras revisaba mis cachureos, encontré la boleta. Tal vez ya estaba borracha o sólo quería hacer algo para espantar los malos recuerdos. No lo sé. Vi la boleta y pensé que debía hacer algo para concluir con el duelo. ¿Y sabes qué decidí? Venir al mismo hotel donde alguna vez él estuvo con otra mujer y llamarte para que vinieras e hiciéramos el amor. Pero no fue fácil ubicarte, y al final, cuando llegaste, era tarde para seducirte.

No le dije nada. Me desnudé y luego, mientras la sorpresa iluminaba los ojos de Carmen, me tendí a su lado y comencé a batallar con los numerosos broches de su blusa. Ella guardó silencio. Acaricié sus pechos y recorrí su piel con la misma intensidad de nuestra primera noche en su departamento. Nuestras bocas se encontraron y enseguida, mientras ella aprisionaba mi espalda con sus manos, la cubrí con mi cuerpo y le dije que aunque sólo fuera por unos minutos, olvidara sus recuerdos y se aplicara a sentir el suave placer de la venganza.

—Perdona —dijo ella, más tarde—. No tenía derecho a hacerte parte de mis pesadillas.

—¿Me has oído quejar?

—No, pero lo debes estar pensando.

—Pensaba en tu soledad y la mía, en una mujer a la que sólo esperaba hacer dos o tres preguntas y luego olvidar.

—Aún es tiempo para eso.

—Una mujer que, sin saberlo, iba cerrando mis antiguas heridas.

—La otra noche, en mi departamento, te dije que no quiero hablar de amor.

—Sólo pensaba en algunas noches que pueden ser más cortas si al extender tus brazos sientes el calor de una piel a tu lado.

—No sé qué decir, Heredia.

—No digas nada —dije, al tiempo que acariciaba su espalda desnuda—. Y en cuanto a esa novela desperdigada por toda la pieza, no es un bodrio. No soy profesor

ni crítico literario, pero he leído algunos miles de páginas y puedo reconocer cuando hay vida en una historia o solo es un pescado seco.

—Me gustaría creerte, pero...

—Lo sé, sólo soy un detective al que le pagan por meter sus narices donde nadie lo llama.

—No estaba pensando en eso. Pero, tal vez tu opinión solo busca consolarme.

—Cada una de las palabras escritas en esas hojas tienen valor. Sé que la partida de Samuel o como se llame el cabrón te tiene deprimida. Pero no te confundas. Una cosa es el fracaso de tu romance y otra la calidad de la novela. Corrige las comas que están mal puestas, saca una copia y envíala a la editorial.

—Gracias —dijo Carmen, después de besarme en los labios.

—Cuando se publique la novela, no olvides regalarme un ejemplar dedicado.

Las campanas de la iglesia volvieron a repicar. Carmen consultó su reloj.

—Alquilé la pieza hasta mañana —dijo.

—Buena idea, así puedes insistir en tu venganza.

—Podemos insistir, pero no en la venganza —dijo ella y sonrió.

10

Faltaba un minuto para que dieran las seis de la tarde cuando me despedí de Carmen. Después de abandonar el hotel habíamos pasado a almorzar a un restaurante de comida italiana. Recorrimos el Paseo Ahumada, mirando las vitrinas y a la gente que pasaba a nuestro lado. Ella parecía tranquila y aferraba a su pecho los originales de la novela. Entramos al «Caribe» a beber dos cafés y luego la acompañé hasta la estación del Metro más cercana.

Decidí recuperar al Chevy Nova que tenía abandonado desde el día anterior. Al dirigirme hacia el estacionamiento, pasé frente a las enormes puertas de madera de la Librería Universitaria. Sin pensarlo dos veces, entré a la librería y comencé a recorrer los mesones donde se exhibían las novedades literarias. Dejé que la curiosidad me llevara a hojear algunos libros de poesía, y después, aún con el nombre de Carmen en la memoria, me dirigí a la sección de los escritores chilenos. Ocupé varios minutos en dar con los ejemplares de dos novelas de Carmen Trigo. Seleccioné uno y comencé a leer algunos párrafos elegidos al azar.

—Veo que no cesa su interés por la literatura chilena —escuché que decían a mi espalda.

Sorprendido, me di vuelta y enfrenté la sonrisa de Leandro Verón.

—Si no busca nada en especial, le puedo recomendar mi última novela —agregó el escritor.

—Ya la compré —dije.

—¿Qué le pareció? —preguntó Verón.

—Solo he leído algunos capítulos. ¡Promete!

—Jamás habría imaginado que un detective tuviera tanto interés en la literatura.

—Hasta donde sé, soy un ser de carne y hueso.

—Bueno, parece no ser su caso, pero hasta ahora la mayoría de los policías que he conocido son algo simplones.

—De todo hay en la viña del Señor.

—¿Y cómo va su investigación? —preguntó, intentando dar un giro a nuestra conversación—. ¿Ya descubrió que el culpable es el mayordomo?

—Hasta ahora no tenía al mayordomo en mi lista de sospechosos. Le agradezco la sugerencia —dije y noté que el escritor se esforzaba en reprimir una sonrisa—. He conversado con casi todos los escritores que estuvieron en la comida. Sólo me falta el señor Golconda.

—El bueno de Golconda —dijo Verón con cierto tono burlón—. Seguramente le hará una larga relación de sus enfermedades del último tiempo. Su hipocondría no tiene límites. Cada libro que publica le provoca alguna dolencia y cuando se acerca la fecha de entrega del premio nacional de literatura, termina en la clínica. Lleva años postulando y si no se lo conceden pronto, lo van a matar.

—Creí que ustedes eran amigos.

—Lo somos. No piense que estoy hablando mal de él. Lo que acabo de contarle es de público conocimiento. Y desde luego, merece ese premio y muchos otros.

—¿Desde cuándo son amigos?

—¿Me está interrogando, Heredia?

—No. Claro que no. Mis preguntas son las de un aficionado a la literatura. No todos los días se tiene la oportunidad de conversar con un escritor de su talla.

—En estricto rigor, debería decir que fuimos amigos en la juventud, luego dejamos de serlo, y en los últimos años hemos vuelto a relacionarnos. Es algo confuso, pero se lo voy a explicar. Nos conocimos siendo estudiantes universitarios. Entonces compartimos nuestros primeros intereses literarios. Después, él contrajo matrimonio con cierta mujer que nos distanció. Se llamaba Adriana y era muy hermosa. Me enamoré de ella y terminé quitándosela. Eso, como usted entenderá, motivó nuestro distanciamiento.

Pero, como la vida tiene muchas vueltas, al cabo de cuatro años el encanto de Adriana se extinguió y decidimos separarnos. Ella se casó con un profesor de literatura y dejó de ser un obstáculo para mi amistad con Golconda. Volvimos a vernos y recuperamos la vieja amistad.

—Deberían obtener un premio por el espíritu deportivo demostrado.

—La vida enseña a desdramatizar ciertas situaciones —señaló Verón, displicente, y luego de mirar a su alrededor, preguntó—. ¿De verdad que no tiene nada más que contar sobre su investigación?

—Su curiosidad es similar a la de Torrejón y Mario Cabanes. Los tres parecen muy preocupados por los frutos de mi trabajo.

—No intente ver bajo el agua, Heredia. No sé que inquietudes tengan ellos, pero en mi caso, es mera curiosidad.

Verón imprimió cierto tono de molestia a su voz.

—No se ofenda, señor Verón. En una de esas, debemos conversar de nuevo.

—Todas las veces que quiera —dijo el escritor y se alejó un par de pasos.

—Me resulta raro verlo en una librería.

—¿Qué tiene de raro?

—Supongo que a los escritores le regalan muchos libros.

—Las editoriales envían libros y entre los escritores nos obsequiamos nuestras obras. Pero, no todos esos libros me interesan, ni tampoco Shakespeare, Joyce o Proust están en condiciones de enviarme sus obras.

—¿Y qué hace con los libros que no le interesan?

—Bueno, no podría dar una respuesta por todos y cada uno de los escritores. Alguna vez leí que Alone, el crítico literario, guardada en una tina de baño los libros que no le interesaban. Cuando la tina se llenaba, tomaba un par de maletas, metía libros en ellas y partía a donde un librero amigo, a cambiarlos por dos o tres de su interés. También, se cuenta que Gabriela Mistral leía sentada al borde de un acantilado los libros que le enviaban. Los que no eran de su gusto, eran arrojados al mar. ¡Al acantilado!, terminó siendo su expresión favorita de juicio crítico. Y bueno, se habla de un autor que bota los libros a la piscina y de cierta crítica literaria que hace una hoguera con los textos que no le satisfacen.

—¿Y qué hace usted con los libros que no le interesan?

—Los guardo, aunque no me interesen. Siempre los guardo.

CUARTA PARTE

1

«D'Artagnan trató de levantarse, creyéndose al principio que había salido ileso. Un grito terrible partió del grupo de sus oficiales espantados: el mariscal se hallaba cubierto de sangre y una palidez de muerte invadía poco a poco su semblante varonil». Por tercera vez en los últimos días, maldije al viejo Dumas. Y si se libraba de mi maldición eterna era porque, en las memorias de su hijo, éste decía haber encontrado a su padre llorando sobre los folios en los que había descrito la muerte de Porthos. Cuando los héroes seducen a los lectores es imposible hacerlos desaparecer de una plumada. Ya no pertenecen al autor. Son seres con vida propia a los que, en el mejor de los casos, se les puede arrebatar una nueva anécdota. Cerré el ejemplar de «El vizconde de Bragelonne» y retomé la lectura de la novela de Leandro Verón abandonada cuando me quedaba por conocer su último capítulo.

Habían transcurrido dos días desde mi encuentro con Carmen Trigo en el hotel San Luis. No había vuelto a verla, pero nos manteníamos en contacto a través del teléfono. Estaba revisando su novela y parecía feliz con los progresos de su trabajo. Por la mañana había conversado con Razetti. Berta Zamudio lo llamaba a diario para saber de los avances de la investigación y mi amigo comenzaba a cansarse con las preguntas de la mujer. Decidimos prolongar mi trabajo por dos semanas más y luego, cualquiera fuera el resultado, concluir con el caso. Campbell seguía recuperando los archivos del computador. Aunque Razetti había ofrecido pagar sus honorarios, el trabajo avanzaba más lento de lo previsto. El resto de mis asuntos seguía a su ritmo habitual.

Ocupaba mis horas en leer, escuchar música y corretear a Simenon por las piezas del departamento. Podía ser un modo de vida ideal, pero algo indefinible, semejante a

un hormigueo proveniente de mis entrañas me impedía pensar en otro asunto que no fuera la muerte de Ritter. Necesitaba compartir mis inquietudes con alguien que no estuviera involucrado en la investigación. Llamé al escritor con el que solía conversar en el bar y acordamos una cita.

Concluí la lectura del libro de Verón en el bar, mientras esperaba a mi amigo. Recordé el comentario leído en el departamento de Carmen Trigo. Mi apreciación coincidía con la del crítico. El final de la novela no tenía la misma fuerza que los primeros capítulos, como si repentinamente el autor se hubiera aburrido y precipitado los hechos para terminar lo antes posible con su trabajo.

—¿Qué lees con tanta atención? —preguntó mi amigo, al que no vi entrar al bar.

—Una novela de Leandro Verón —respondí, mostrando la portada del libro.

—¿Sigues trabajando en el asunto de Ritter?

—Sí. Espero los resultados de cierto trabajo pendiente.

—Suen a frase sacada de un manual para políticos. Algo así como: estamos analizando el proyecto que nos permitirá evaluar las posibles alternativas de solución a las inquietudes planteadas por la gente. Una sarta de palabras que solo reflejan confusión.

—No es muy convincente, lo reconozco —respondí y enseguida le di mi opinión sobre el final de la novela de Verón.

—También me llamó la atención su final —dijo mi amigo, después de pedir su ración habitual de Jack Daniels—. Pensé en un ejercicio de taller literario, consistente en hacer leer un cuento sin final y luego pedir a los alumnos que lo concluyan. Sirve para desarrollar la imaginación de los talleristas y también para comprobar que, a la hora de escribir, los temas se cuentan con los dedos de una mano. Lo que marca la diferencia es el punto de vista de cada autor.

—Te faltó decir que todas las historias posibles están escritas en la Biblia. La investigación del crimen de Caín, la intriga que le costó la cabeza a Juan el Bautista, la historia de ciencia-ficción del Apocalipsis. Conozco tus ideas. A veces pienso que son aplicables en mi trabajo. Las motivaciones para cometer un delito también son pocas: envidia, celos, ambición, venganza, ira, poder.

—¿Y cuál sería la motivación en el hipotético asesinato de Ritter?

—Los celos de Berta Zamudio, la ira de Cabanes, el poder de la fama, la ambición de cualquiera de los escritores que asistieron a la cena. Pensar en eso me lleva al inicio de la investigación, a la absurda idea de que asesinaron a Ritter a causa de sus críticas. Tendría que revisar los comentarios de Ritter y averiguar dónde estaban, la noche de su muerte, todos los autores afectados por sus juicios negativos. ¡Carajo, no! Si alguien mató a Ritter debió ser por otra razón.

—Los escritores sólo asesinan en sus ficciones. Dile al abogado que encargue trabajos más sensatos. Malgastas tu tiempo, Heredia.

—¿Conoces a Pedro Angel Golconda? —pregunté, sin atender a sus palabras.

—¿Y quién no? Sus cuentos están en los textos de colegio; su obra se estudia en

las universidades y casi todas las semanas aparece entrevistado en algún diario o revista. Tiene éxito y se lo merece.

—Mañana iré a su casa, a conversar con él.

2

Saqué un diario del quiosco de Anselmo y entré a una fuente de soda con la intención de tomar desayuno. Un reloj, colgado de una de las paredes del boliche, indicaba las diez de la mañana. Dos borrachines estaban acodados en el mesón, acompañados de sus cervezas y un plato en el que reconocí un par de marraquetas y cuatro huevos duros. Pedí café y un chacarero, y me senté a leer el diario.

Minutos más tarde, mientras desayunaba, entró un hombre pequeño y flaco, vestido con una colorida colección de harapos. Arrastraba los pies al caminar y parecía extraviado en un mundo que le era tan desconocido como ajeno. Miró a su alrededor y descartando a los borrachos que estaban junto al mesón, dirigió sus pasos hacia mi mesa.

—Deme unas monedas, jefe —dijo al llegar a mi lado. Necesito viajar a San Bernardo.

La mirada del hombre recorrió los restos de mi desayuno y noté que su cuerpo tiritaba a la espera de unas gotas de alcohol que lo reanimaran.

—Unas monedas para desayunar —insistió el hombre luego de constatar que la historia del viaje no surtía efecto.

—La verdad —le dije.

—Necesito una cañita de tinto, jefe. Usted sabe...

—Una buena causa para cooperar —agregué, y luego, saqué de mi chaqueta el sobre con mis honorarios que me había dado Razetti. Tomé un billete de diez mil pesos y lo dejé en las manos del hombre.

—¡Son diez lucrecias, jefe!

—Sé lo que es andar con sed en el alma, compañero.

El hombre no supo qué más decir. Me puse de pie y me acerqué al mesón para pagar la cuenta. Un rato después, cuando caminaba hacia la salida del bar, se acercó y me retuvo de un brazo.

—Lo invito a una cañita, jefe.

—En otra ocasión, compañero. Ahora tengo que trabajar.

Golconda vivía en una casa de dos pisos, rodeada de árboles y enredaderas que

cubrían la fachada. Pulsé el timbre que estaba a un costado del portón de la entrada y casi de inmediato oí una voz a través del citófono instalado junto al timbre.

—Tengo una cita con el señor Golconda —dije.

—Pase —dijo la voz, al tiempo que se descorría el cierre eléctrico del portón.

Junto a la entrada de la casa me esperaba un hombre alto, delgado y de abundante cabellera cana. Calculé que tendría más de sesenta años, pero su vestuario, compuesto de jeans, polerón y zapatillas deportivas, le daba un aspecto juvenil.

—Soy Golconda —dijo y me observó con atención.

Me condujo hasta una habitación cuyas paredes estaban recubiertas de libros empastados. A simple vista, parecían limpios y convenientemente clasificados. A un costado de la sala había un par de sillones de cuero y junto al amplio ventanal que la iluminaba una mesa de madera rústica. Sobre ésta, una máquina de escribir que parecía sacada de un museo.

—Jamás voy a acostumbrarme a los computadores —dijo Golconda al darse cuenta que mi atención se concentraba en el artefacto—. Es la misma máquina que uso desde mis tiempos de estudiante universitario y en la que he escrito todas mis novelas. Mi hijo mayor me regaló un computador portátil, pero solo lo usé una vez. Necesito el ruido que hacen las teclas sobre el papel.

—No es una mala opción —comenté.

Golconda ocupó uno de los sillones.

—Es usted puntual, señor Heredia —agregó, consultando su reloj—. Me gusta la puntualidad, y como ya es mediodía, estoy en condición de ofrecerle una copa. Un whisky al mediodía y otro después de la cena, es lo único que permite mi médico.

—Peor es nada.

—Los pecados de juventud se pagan de un modo u otro. En mis inicios literarios conviví mucho con mis colegas. Bebíamos como cosacos. Otros tiempos, sin duda. Celebrábamos las nuevas publicaciones de los amigos, y si alguno de ellos ganaba un premio, hacíamos lo imposible para que lo gastara en una noche de juerga.

—Todo cambia, señor Golconda.

—Así es, amigo —dijo Golconda mientras llenaba dos vasos de whisky—. Pero entiendo que usted no ha venido a oír lamentos. ¿Qué desea saber sobre Ritter?

Resignado, como el alumno que ha repetido muchas veces la misma lección, puse al novelista al tanto de los antecedentes de mi investigación. Golconda escuchó con atención y en dos oportunidades movió su cabeza para expresar su disconformidad con mi relato.

—Hace mal en prestar tanta atención a los caprichos de Berta Zamudio —dijo cuando terminé mi historia—. Seguramente la muerte de Ritter la afectó, pero eso no es motivo para involucrar a tanta gente en sus fantasías.

—No es el primero que lo dice.

—Y a usted le pagan por buscar la quinta pata del gato.

—Quiero conocer su versión sobre la cena.

—Fui a esa cena porque era la oportunidad de hablar con Poblete acerca de la publicación de una selección de mis cuentos. Quería tratar algunas cláusulas del contrato. En fin, no voy a entrar en detalles innecesarios. La cena tuvo un curso normal hasta que Cabanes atacó a Ritter. Perdona la expresión, pero eso fue tan oportuno como orinar sobre el mantel. Poblete se sumó a la disputa y la querida Genoveva León puso la guinda sobre la torta. Eso fue todo. Yo, como probablemente se lo habrán dicho los otros asistentes a la cena, quedé al margen de la discusión.

—Sin embargo, antes de salir del restaurante, consoló a Mario Cabanes.

—Lo vi tan abatido y como le tengo alguna simpatía quise ser amable con él.

—Le dije que no se preocupara, porque alguien iba dar a Ritter lo que merecía.

—¿Eso dije? —preguntó Golconda, y luego se rió, como si acabara de escuchar un buen chiste—. No lo recuerdo, debo haber estado ebrio.

—Hace un rato dijo que su médico no le permite beber.

—¿Siempre hace caso a su médico, Heredia? Cuando tengo la oportunidad de beber una copa extra, la aprovecho.

—Sé que usted y Verón mantienen una amistad bastante peculiar.

—¿Ya se informó de mi vida sentimental?

—Solo escucho lo que me dicen.

—La historia de mi primera esposa con Verón es muy antigua. Leandro me hizo un favor al sacarme a esa mujer de encima. Mi relación con Adriana nunca fue buena y nuestra separación era solo cuestión de tiempo. Y bueno, hay muchas otras cosas que nos unen. Con los años uno se pone práctico. O más cínico.

—Si no le molesta, desearía beber otro poco de su whisky —dije, observando el fondo de mi vaso.

—Siempre y cuando también rellene el mío.

Obedecí a Golconda y me acerqué a la botella que el escritor había dejado sobre su mesa de trabajo.

—Usted llevó a Verón hasta su casa después de la cena.

—Hice el intento.

—¿A qué se refiere?

—Cuando llevábamos dos o tres minutos arriba del auto, él se acordó que vivíamos a bastante distancia uno del otro. Le dije que no tenía importancia y él insistió en que era muy tarde. Lo dejé en la esquina de Providencia con Pedro de Valdivia. Esperé a que tomara un taxi y luego seguí mi camino.

—¿Eso fue todo?

—¿Esperaba otra cosa?

—No esperaba nada en especial —dije, y luego de vaciar el contenido de mi vaso, agregué—: No tengo más preguntas para usted, señor Golconda.

—¡Lástima! Pensé que su interrogatorio nos daría tiempo para beber tres o cuatro copas.

Golconda observaba la botella al decir esto último.

—No necesito pretextos para beber.

—Porque seguramente no tiene una mujer que le marca las botellas ni un hijo médico que cada quince días le mide el colesterol, el azúcar y los triglicéridos.

—Tiene razón. No es fácil conseguir una mujer que comparta su vida con un detective privado.

—Alguna vez me propuse escribir una novela gótica y otra policíaca. Escribí la primera; a juzgar por las críticas que tuvo, creo que no di en el clavo. No pude sacar adelante la policíaca. Si usted me cuenta algunas de sus historias, retomaré el proyecto.

—Tengo a alguien que se ocupa de mis historias. Sin embargo, eso no es obstáculo para beber otra copa.

—Desde luego que no —dijo Golconda.

3

Salí de la casa de Golconda después de almorzar. Lo dejé sentado frente a su máquina de escribir y prometí visitarlo en otra oportunidad. Al observar sus manos sobre el teclado, daba la impresión que ese viejo armatoste era su única y real compañía. Su entorno familiar era una suerte de presidio del cual solo conseguía evadirse de la mano de sus personajes y de la historia que creaba siguiendo los antojos de su fantasía. Un personaje del cuento «Inspiración» de Isaak E. Babel decía: «Son imbéciles los que aseguran que no hay felicidad en este mundo. La felicidad es la inspiración. Ayer estuve escribiendo toda la noche y no advertí la llegada del alba».

Intuí que volvería a la casa de Golconda y con un horizonte distorsionado por el alcohol, conduje lentamente hasta los alrededores de mi oficina. Estaba satisfecho de haber terminado mi plan de entrevistas, y aunque carecía de certezas acerca del resultado de la investigación, poseía un par de pistas con posibilidades de arrojar un significado en caso de esclarecerse.

Taxis y autógrafos, pensé. Abordaba el ruinoso ascensor que me transportaba hasta el octavo piso del edificio, donde mi departamento compartía su vecindad con una oficina de contabilidad y «La Dalia Negra», un cabaré que tras un pequeño anuncio de neón ocultaba los servicios de una casa de masajes.

Encontré los recibos de cobranzas del agua potable y la electricidad junto a la entrada. Con la puntualidad de costumbre me anunciaban el transcurso de otro mes. Los dejé sobre mi escritorio y me senté a observar el caótico panorama de la oficina.

A simple vista, necesitaba de una jornada de trabajo que pusiera aseo y orden en su interior. Algunos libros estaban en el suelo. En un rincón había un montón de diarios viejos, varias botellas vacías y un par de zapatillas en desuso. Flotaba en el interior un pesado olor a humedad y encierro. «El orden es la virtud de los necios». Se trataba de la cita de un autor cuyo nombre tenía en el olvido, pero que habitualmente me servía de consuelo para aceptar que el desorden en que vivía era algo tan inherente a mí como el color de mis ojos o el largo de mis pies.

—¿No es un poco temprano para andar con tantas copas en el cuerpo?

Simenon subió sobre el escritorio y movió la cola.

—Gajes del oficio —respondí—. Tropecé con un escritor que necesitaba beber unas copas. Simpático el tipo, pero no sé si dijo toda la verdad.

—En los últimos días te he visto dudar hasta de tu sombra, Heredia.

—Intuyo que todas las personas con las que converso ocultan algo.

—¿Incluso Carmen Trigo?

—Su imagen de escritora feliz y exitosa le impone algunos sacrificios. Pero ella es capaz de salir adelante...

—Su tristeza y sus lindos ojos te han reblandecido el corazón. ¡Cuidado, Heredia! No dejes que te engañe. En una de esas, todo su cariño no es más que una pantalla para ocultar lo que sabe de Ritter.

—Cómo puedes ser tan mal pensado, gato metiche.

—Que no se diga después que no te advertí.

—Eres un gato perverso y celoso.

El timbre del teléfono sonó, inoportuno como una suegra en la noche de bodas.

Tomé el fono. Desde el otro lado de la línea escuché una voz que no pude reconocer.

—Javier, el de la librería «Paradiso» —oí que decía la voz—. ¿Se acuerda de mí?

—¿Te llegó una novela de Horace Mac Coy?

—Encontré algo que pertenecía a Claudio Román.

—¿De qué se trata?

—Prefiero que usted lo vea.

—¿Hasta qué hora estás en la librería?

—No cierro antes de las diez de la noche. ¿Puede venir?

—Salgo para allá de inmediato —dije y corté la llamada.

—¿Vas a salir de nuevo?

—Así es mi vida, gato. A saltos de mata, como un conejo.

—Acuérdate de dejarme un poco de comida.

—Tú absurda panza sólo piensa en comer. Deberías hacer dieta. ¿No sabes que a los gordos nadie los quiere, los echan de los trabajos y no les permiten subir a los juegos mecánicos?

Necesitaba borrar de mi cabeza los efectos de las copas compartidas con Golconda. Salí del departamento y en lugar de llevar mi auto, preferí ir a pie hasta la

librería «Paradiso». Cuando llegué Javier vendía una biografía de Hemingway a un sujeto que miraba de reojo a su alrededor, como temiendo que alguien lo pudiera despojar de la adquisición. Javier colocó el libro dentro de una bolsa y el cliente salió de la librería con la prisa de un asaltante de bancos.

—Colecciona biografías de Hemingway —dijo el librero indicando la puerta por la que acababa de salir su cliente—. Pasa una vez al mes a preguntar si le tengo una nueva. ¡Cada loco con su tema! Podría escribir un libro describiendo a los clientes raros. Había uno que pasaba todos los días a preguntar por las «Lecciones de Filosofía», de García Morente. Le decía que no lo tenía, y el tipo regresaba al día siguiente a preguntar lo mismo. Conseguí el libro, y cuando pasó a preguntar nuevamente, en lugar de comprarlo se limitó a decir: Me alegro, toda buena librería debe tener ese libro.

—No faltará el que siempre pregunte por las novelas de Horace Mac Coy.

—Sí. No faltan los tipos raros —dijo Javier. Luego tomó un sobre que estaba sobre el escritorio, y agregó—. Lo llamé para que vea esto. El fin de semana, la mamá de Claudio me pidió que la ayudara a ordenar los libros y papeles del poeta fantasma. Encontré este sobre.

—¿Qué tiene de especial?

—Es igual a los sobres que pasaba a buscar el hombre de la cotona azul.

Saqué del sobre una veintena de hojas escritas en computador. Me bastó leer las dos primeras para saber que, por primera vez desde el inicio de la investigación, tenía una pista significativa. El texto formaba parte de una historia más extensa y estaba redactado en un estilo que me recordó otras lecturas recientes. Pasé las hojas a Javier y le pedí que examinara las características del texto.

—¿Crees que las escribió Román? —pregunté.

—Hay frases que recuerdan su estilo —aseguró Javier al cabo de un rato—. Además, el tipo de letra es el que usaba Claudio para imprimir sus textos. Compró la impresora en el mercado persa, y por alguna razón, atribuible a la antigüedad del equipo, sólo imprimía con una fuente tipográfica. Y eso no es todo. En cuatro o cinco hojas hay correcciones escritas con la letra de Claudio. Si quiere comprobarlo, conservo algunos de sus manuscritos y textos impresos en su equipo.

—Por ahora no es necesario. Confío en tu palabra.

—¿Son importantes esos papeles?

—Quiero creer que sí.

—¿Servirá para atrapar a los asesinos de Claudio?

—No lo sé —respondí, comenzando a dudar del entusiasmo inicial.

Pedí a Javier que me prestara las hojas. Sin dar pie a otras preguntas, abandoné la librería. De regreso en mi oficina, tomé el teléfono para hablar con Razetti. Deseaba compartir mis inquietudes, mostrarle los escritos de Román y evaluar su reacción frente al hallazgo. Pero no tuve suerte. Marqué tres veces su número y nadie respondió.

La medianoche me sorprendió releendo los papeles del poeta fantasma.

—Es mejor no apurar los bueyes —dije a Simenon que jugaba con las hojas de una vieja revista Ecran—. Si mis sospechas son fundadas, la sorpresa jugará a mi favor.

4

Desperté con los golpes destemplados que alguien descargaba contra la puerta. A paso lento, luchando contra la modorra, llegué a la oficina. Los golpes se repitieron con igual violencia. Abrí la puerta y vi a Marcos Campbell que traía una enorme caja de cartón en sus manos.

—Nadie te enseñó modales —dije apuntando hacia la corbata con figuritas de jirafas que aprisionaba el cuello del periodista.

—Llevo media hora azotando la puerta sin que dieras señal de vida. No digas nada. Tu cara espanta. Seguro que enredaste tus pasos en un bar de mala muerte. ¿Cuándo sentarás cabeza, Heredia?

—No habrás venido de madrugada a sermonearme.

—¿Qué madrugada? Van a dar las tres de la tarde.

Miré mi reloj y me dejé caer sobre la primera silla que encontré en mi camino.

—Terminé el trabajo. Tu amigo abogado va a tener que pagar la impresión de tanto papel —dijo Campbell, al tiempo que ponía la caja sobre el escritorio y comenzaba a sacar una infinidad de hojas—. Traigo los documentos rescatados desde el computador de Ritter.

—¿Qué se supone que debo hacer con ellos?

—Revisarlos. ¿Qué otra cosa?

—Necesito un café —dije, desalentado frente a la expectativa de pasar el resto del día leyendo los documentos.

—Yo lo preparo. Inicia tu trabajo mientras.

—¿No me vas ayudar?

—Tengo que pensarlo, cabrón.

Campbell fue a preparar café a la cocina. Tomé algunos de los textos y comencé a leer sus títulos. «Vigencia de Robert Louis Stevenson», «Conrad y la poética del mar», «Relectura de Gabriela Mistral», «La narrativa de Pedro Angel Golconda», «Daniel Belmar, un novelista olvidado», «Rosamel del Valle y el pensamiento creador», «Goethe y sus conversaciones con Eckermann». Aparté el trabajo dedicado

a Golconda y mientras aguardaba el regreso de Campbell, encendí un cigarrillo. Por la ventana de la oficina contemplé un horizonte de nubes grises.

—Ritter no le hacía asco a ningún tema —dije al periodista cuando volvió portando dos tazones de café en sus manos.

—Un buen café te hará mirar la vida con más optimismo.

—Ojalá fuera así de fácil —respondí, luego de beber mi primer sorbo de café.

—¿Qué quieres encontrar? —preguntó. ¿Tienes alguna idea de lo que buscamos?

—Seleccionemos los artículos o comentarios relacionados con los escritores que estuvieron en la cena. Tengo la certeza de que, si hay algo, ahí está la clave.

—Te nombro a los autores y me indicas si te interesan o no —dijo Campbell y comenzó a leer los trabajos.

—Hemingway.

—«Amo escribir. Pero nunca ha sido fácil». No, déjalo de lado.

—Rilke.

—«He hecho algo contra el miedo. He permanecido sentado durante toda la noche, y he escrito». No.

—¡Carajo, Heredia! ¿En cada caso vas a recurrir a tus citas?

—No hay ninguna ley que prohíba las citas literarias.

—Sartre.

«El escritor tiene una situación en su época; cada palabra suya repercute. Y cada silencio también». No.

—Leandro Verón.

—Me interesa, Selecciónalo.

—Juan Carlos Onetti.

—«Es cierto que no sé escribir; pero escribo de mí mismo».

—José Saramago.

—«A la hora de escribir soy yo y lo que tengo conmigo».

—Cioran.

—«Un libro debe hurgar en las heridas, provocarlas incluso». No.

—Carmen Trigo.

—Está en la lista. Nos sirve.

—James Hadley Chase.

—«No se puede forzar a ningún escritor a que escriba. La cosa se presenta o no se presenta». No.

—Mario Cabanes.

—Nos sirve. Déjalo a mano.

—Pablo Neruda.

—«Salvaría a una muchacha... o una buena colección de novelas policiales... que me entretendrían mucho más que mi propia obra». No, déjalo a un lado.

—¿Es necesario seguir escuchando tus citas? —protestó Campbell.

—Mal no te hacen.

—Otra cita más y te abandono.

Al cabo de media hora, la mayoría de los artículos habían vuelto a la caja, y sobre el escritorio teníamos los dedicados a las obras de Pedro Angel Golconda, Mario Cabanes, Carmen Trigo, Leandro Verón, Patricia Nogueras y Santiago Torrejón. Genoveva León no había sido tomada en cuenta por Ritter, y de todos los textos seleccionados, más de la mitad estaban referidos a la obra de Verón y Golconda.

—Hagamos una pausa para otro café y después seguimos —propuse.

—La idea del café es buena, pero qué quieres decir con eso de seguir adelante. ¿Pretendes leer los textos seleccionados?

—Será más fácil de lo que imaginas. Buscamos un artículo que nunca se publicó. Ritter era muy ordenado en su trabajo. Al final de cada artículo anotaba el diario y la fecha en que se publicó. Solo leeremos los textos que no tengan esa información.

—Espero que sepas lo que haces, Heredia.

—Intuyo que la fortuna nos hará una caricia.

—¿Y si no es así?

—Pasaremos la pena con un par de copas.

Campbell preparó otra dosis de café y enseguida nos abocamos a la revisión de los artículos seleccionados. El trabajo fue breve. Al término de veinte minutos teníamos sobre el escritorio cinco artículos sin fecha de publicación. Estaban dedicados al estudio de las obras de Verón, Santiago Torrejón, Patricia Nogueras, Golconda y Carmen Trigo. Mientras Campbell ordenaba los textos descartados, recordé fugazmente los ojos tristes de Carmen y comencé a leer los artículos inéditos.

En cuatro de ellos reconocí el talento del crítico para analizar los aspectos medulares de una obra literaria. Pensaba con claridad y eso se notaba en la manera como escribía, sin grandes aspavientos de lenguaje, pero siempre preciso en los conceptos que exponía, sin caer en falsas adjetivaciones al momento del elogio o los reproches. El quinto y último artículo me hizo entender que el trabajo de Campbell no había sido en vano. La pluma de Ritter parecía un estilete letal, y antes de llegar al final del escrito comprendí el significado que tenían los sobres del poeta fantasma. Bebí un sorbo de café y pasé el artículo a Campbell, que había seguido atentamente mis gestos de asombro.

—No es lo que esperaba —dije.

—¿Perdimos nuestro tiempo?

—Cada segundo fue bien invertido. Solo que mis dardos apuntaban hacia un blanco equivocado —agregué. Ahora es preciso cerrar el círculo. Llama a Zelada, tu amigo policía, y dile que venga. Yo haré otro tanto con Razetti.

—¿Qué le digo a Zelada?

—Dile que ganará un ascenso.

—¿De qué demonios estás hablando, Heredia?

—Y tú tendrás un artículo que hará vender muchos ejemplares de tu revista.

Compré un diario y en sus páginas culturales encontré el artículo que informaba sobre la inauguración de la Feria Internacional del Libro de Santiago, realizada el día anterior, con la presencia del presidente de la República, autoridades del ministerio de Educación y un sinnúmero de escritores, librerías y editores. La noticia iba acompañada de varias fotos, y en una de ellas reconocí a Pedro Angel Golconda, quien parecía escuchar con aire ausente el discurso presidencial. Había pasado una semana desde mi reunión con Razetti, Campbell y el policía Zelada. A despecho de mis argumentos, debí aceptar los planteamientos del abogado y el policía, en el sentido de aguardar unos días para estudiar los antecedentes del caso y urdir una estrategia adecuada para atrapar al que creíamos responsable de la muerte de Ritter.

Junto a la noticia de la inauguración, el diario publicaba el programa cultural a desarrollarse durante la feria. Lo leí y comprobé que mis entrevistados de las últimas semanas estaban considerados en las actividades. Golconda daría una conferencia sobre novela histórica. Cabanes participaría en un foro dedicado a las nuevas tendencias en la narrativa chilena, en el cual también estaría presente Patricia Noguera. Carmen Trigo estaba incluida en una mesa redonda destinada al análisis de la literatura femenina en Latinoamérica; Raimundo Jorquera, el relacionador público, aparecía anunciado en varias presentaciones, una de las cuales correspondía a un viejo libro de relatos de Santiago Torrejón. Para el tercer día de la feria, estaba programada la presentación de la novela de Verón y una charla sobre la antigua bohemia literaria, a cargo de Genoveva León. El programa también consideraba recitales poéticos, conferencias, obras de teatro y la presencia de varias visitas internacionales. Sin duda, era una oferta atractiva aunque tenía la secreta esperanza de que una de las actividades quedaría sin el protagonista principal.

Razetti y Zelada habían insistido en efectuar otras investigaciones para confirmar lo que para mí era tan evidente como la salida del sol cada mañana. ¿Qué más querían saber? Lamenté, una y otra vez, haber compartido mis sospechas con Zelada. Heredia haría las cosas de otro modo, dije a la sombra que me seguía mientras caminaba por mi oficina como un león enjaulado. Solo necesitaba confirmar un dato, y para eso bastaba con pedir la ayuda, voluntaria o involuntaria, de uno de los escritores entrevistados. Sin embargo, dudaba sobre la conveniencia de hacerlo, tanto o más, como de llamar a Carmen Trigo, cuya distancia comenzaba a resquebrajar mi entusiasmo. Vencida la tentación de ir a su encuentro, nuestros contactos se habían limitado a un par de llamadas telefónicas en las que había sentido que, inevitablemente, estaba condenado a su ausencia.

Mientras esperaba terminé de leer «El vizconde de Bragelonne», agradeciéndole a Dumas que al menos hubiera dejado con vida al bueno de Aramis, empeñado en sus intrigas religiosas y políticas. Leí, intenté ordenar la biblioteca, boté papeles viejos y pasé varias horas en la sucursal hípica del barrio, sin fortuna ni beneficio, apostando a

caballos que volvieron a sus corrales, cabizbajos y sudorosos, como matungos de carromato. Intenté reunirme con mi amigo escritor, pero él se negó a llegar hasta el bar, pretextando que estaba escribiendo un artículo. Tampoco quise alterar su rutina adelantándole una noticia que por lo demás, debía mantener en secreto, guardada bajo las siete llaves de mi impaciencia. Pensé en Berta Zamudio que seguía llamando a Razetti sin sospechar la verdad que rompería su solitaria rutina.

Finalmente entré al bar de la esquina para reprimir mi impaciencia con una copa de vino. Pero, el vino fue un mal consejero, porque apenas probé la segunda copa decidí jugar una apuesta solitaria, y sin medir las consecuencias, volví a la oficina y llamé por teléfono a Leandro Verón.

El escritor demoró unos segundos en ponerse al habla, y otros más en recordar quién era yo y qué buscaba. Mencioné nuestra conversación y recién entonces estuvo dispuesto a concederme algunos minutos de su tiempo.

—Tengo que verlo, necesito su ayuda —le dije, imponiendo un leve tono de urgencia a mi voz.

—Imposible. Mañana presento mi novela y estoy preparando el texto para la ocasión. Además, en media hora vendrán a entrevistarme unos periodistas de la televisión.

—Se trata de Ritter —insistí—. Encontré un documento que escribió días antes de morir. Quisiera que usted lo conozca antes de tomar cierta decisión.

—¿Qué pretende? —preguntó Verón.

—Tengo antecedentes para creer que la muerte de Ritter no fue accidental. Y como usted y él eran amigos...

—Hoy no dispongo de tiempo, Heredia —interrumpió el novelista—. Mañana podemos reunirnos a una hora que a los dos nos convenga.

—Hágalo como un favor a un admirador.

—Se trata de esperar algunas horas, nada más.

—Mañana puede ser tarde. Su ayuda me puede ayudar a resolver el lío en que me encuentro.

—Lo invito a almorzar mañana en el restaurante de la feria del libro.

—¿A qué hora? —pregunté, resignado a la espera.

—Al mediodía. Tendremos tiempo de beber un aperitivo y conversar sin apremios de ninguna especie.

—Lo estaré esperando, Verón.

—Me interesa saber qué averiguó y cómo puedo ayudarlo.

—No tengo duda de que es así. Gracias, señor Verón. Sé que su tiempo vale oro.

6

Desde la ventana de mi oficina veía el techo cobrizo de la Estación Mapocho, las grandes puertas de su entrada principal y los pendones de la feria internacional del libro. La estación había sido en el pasado el punto más importante de la red ferroviaria que unía a Santiago con la zona norte del país. Diariamente recibía a centenares de pasajeros que buscaban alojamiento en los hoteles del sector. De aquel flujo ferroviario no quedaba nada. La estación había sido desmantelada y convertida en un centro para la realización de exposiciones, ferias comerciales, encuentros políticos y una que otra actividad cultural.

Llamé a Razetti y lo puse al tanto de mis intenciones. Luego, veinte minutos más tarde del horario acordado con Verón, salí de la oficina y caminé hacia la estación. En mis manos llevaba una bolsa plástica con el sobre del poeta fantasma y el artículo encontrado en el computador de Ritter. Pagué mi entrada y sin prisa, recorrí algunos de los puestos donde se exhibían los libros. Frente a un stand vi un afiche con la imagen de Carmen Trigo y no pude reprimir un repentino cosquilleo en la piel. Luego ocupé algunos minutos en hojear un libro de Jacques Prevert y partí al encuentro del escritor.

—Su puntualidad es deplorable —dijo Verón al verme llegar hasta la mesa que ocupaba en el restaurante. Tenía a su alcance un vaso vacío y otro a medio llenar—. Tuve que beber solo el aperitivo.

—Hace tiempo que dejamos de ser los ingleses de América Latina.

—Una hora de atraso. Pensé que ya no vendría.

—No es fácil trasladarse por la ciudad. Los santiaguinos cada día andan más quisquillosos. El malhumor le está ganando la batalla a la paciencia y la alegría.

—Entiendo que no quería reunirse conmigo para hablar de los santiaguinos.

—Quisiera comentar con usted la historia que debo contar a Berta Zamudio.

—¿Puede ser más claro?

—He trabajado mucho durante las últimas semanas. Me costó aceptar que la duda de Berta Zamudio tenía asidero. Sin embargo, preguntando aquí y allá, di con ciertas respuestas que me hicieron compartir la duda. Detalles, simples detalles, como encontrar sus novelas en la pieza de un muchacho al que mataron en un asalto callejero.

—¿De quién me habla, Heredia? —preguntó Verón, alcanzando su vaso.

—Claudio Román. ¿Le dice algo ese nombre?

—Nada, en absoluto.

—Sus mentiras fueron las que me hicieron dudar, Verón.

—¿Mentiras? ¡Cómo se atreve!

—Una o dos mentirillas, aparentemente inocentes. Tal vez ni las recuerde.

—Haga el favor de dejarme solo, Heredia. Sus insultos...

—La primera fue sobre la cena —agregué sin prestar atención a las palabras del

escrito—. Usted dijo que Golconda lo llevó a su casa, y no fue así. Golconda asegura que usted se bajó de su auto y tomó un taxi. Supongo que ese taxi lo llevó hasta el departamento de Ritter.

—¿Qué pretende, Heredia? Inventar una historia para justificar su ineficiencia frente a Berta Zamudio.

—Déjeme terminar la historia y después hablamos de negocios.

Saqué el libro de Verón de la bolsa y los puse sobre la mesa.

—Traje un ejemplar de su novela para que le ponga su autógrafo. La leí y aunque no soy un crítico literario ni nada parecido, me llamó la atención lo mal escrito que está el último capítulo. No soy el único que lo piensa. Leí un comentario donde opinaban lo mismo. Pensé mucho en ese comentario y luego de conocer los trabajos que realizaba Román, llegué a la conclusión que él le escribía sus novelas. ¿La última? ¿Las dos o tres últimas novelas? No lo sé.

—Si no fuera un insulto, me pondría a reír. A lo más, acepto que me precipité en la escritura del último capítulo; que fui blando con las presiones de la editorial.

—Una apreciación crítica no era argumento suficiente para desenmascarlo, Verón. Hasta dónde sé, a ningún escritor lo han metido en la cárcel por escribir mal. Necesitaba encontrar algo más concreto y tuve suerte —dije, y saqué de la bolsa el sobre del poeta fantasma—. Dudo que se publique una nueva edición de su novela, pero si así fuera, tal vez le interese saber que tengo el capítulo final, el que escribió Claudio Román. Por alguna razón, que supongo fue de dinero, él no lo quiso entregar. El estilo de esa escritura coincide con el de los primeros capítulos de la novela.

—Tiene una imaginación desbordante. No sé quién es ese Román.

—No pierda su tiempo negando lo que es evidente. No se puede tapar el sol con un dedo —dije y abrí de nuevo la bolsa plástica para sacar el artículo escrito por Ritter.

—Su bolsa parece un sombrero de mago. Está llena de sorpresas —dijo Verón.

—Hace bien en conservar el humor. ¿Sabe lo que es esto? —pregunté al tiempo que ponía las hojas sobre la mesa.

—Espero que usted me lo diga, Heredia.

—¿Sabía Ritter que el poeta fantasma escribía para usted, o se enteró cuando el muchacho quiso chantajearlo? Me inclino por pensar lo segundo, porque de otro modo no se justificaría que él escribiera un artículo revelando la verdad.

—Ese artículo no existe. Miente, Heredia.

—Usted cree que no existe porque lo borró en el computador de Ritter. Se equivocó, Verón. Borró los archivos existentes en el computador nuevo, pero olvidó o nunca supo, que Ritter tenía un equipo viejo en el que trabajó hasta pocas semanas antes de su muerte. Tengo un amigo que sabe mucho de computadores y logró rescatar los archivos.

La mención de Ritter provocó un leve temblor en los labios del escritor.

—Necesito otro whisky, Heredia.

—Pida dos —dije—. Tampoco para mí ha sido fácil.

Verón llamó al mozo que lo atendía.

—¿Sabía usted que Ritter escribió dos artículos?

Mientras esperábamos que nos sirvieran, Verón tomó las hojas y leyó los artículos.

—Sin duda, tenía simpatía por usted. Primero escribió un comentario elogiando sin reservas su novela, y luego, otro, revelando la verdad.

—Papeles, simples papeles sin importancia —dijo Verón.

En el desaliento de su voz intuí que Verón comenzaba a aceptar su culpa.

—La policía no piensa lo mismo.

—Podemos llegar a un arreglo, Heredia. Usted no gana nada con dar a conocer la verdad —dijo, finalmente.

—Es cierto que la verdad se oculta o distorsiona por moneditas. Pero mi verdad no está en venta, Verón. Y, por favor, no diga que todos los hombres tienen un precio.

—¿No es así?

—No para mí. Además, es tarde para hablar de tratos bajo la mesa.

—¿Qué quiere, Heredia?

—Su versión de la historia.

—¿Y después qué?

—Un amigo policía está por llegar a la feria. Le avisé que iba a reunirme con usted. Se tomó unos días para verificar mis pruebas, pero ya no tiene dudas.

Verón contempló el hielo en el interior de su vaso; luego miró hacia los pabellones de la feria y dejó escapar el aire de sus pulmones, como si con ello hubiera podido expulsar la inquietud que comenzaba a roerle los huesos.

—Parece que ha calculado cada uno de sus movimientos —dijo.

—Lo justo y necesario para obtener la respuesta que busco.

—Ni en mis peores pesadillas vislumbré una situación como ésta.

—Para mí tampoco es fácil. Admiro su trabajo y quisiera estar hablando de otras cosas con usted.

—Usted no imagina la angustia, el vacío que significa para un escritor no poder crear nada nuevo. Sentir que la imaginación no responde, soportar el pánico de la página en blanco, ver que las horas pasan y a lo más se logra redactar unas pocas páginas, sin vuelo ni convicción —dijo Verón, sin ánimo de continuar sosteniendo la farsa en la que había vivido sus últimos años.

—Eso no justifica un asesinato.

—Extremé mis recursos. Viajé, viví un tiempo en la playa, recurrí a historias que había desechado en el pasado, copié argumentos que había leído como jurado de concursos literarios. Nada, no tenía nada más que decir. Algo, que no sé definir murió en mi interior. Comprendí que era el fin del sueño y no quise resignarme a vivir de los recuerdos, a seguir hablando de novelas que solo estaban en mi imaginación, revisando las críticas de mis primeros libros.

—Fue entonces cuando recurrió a la pluma de Román.

—Un día le comenté a Ritter que necesitaba ayuda para revisar unas viejas crónicas que debía entregar a la editorial. Ritter mencionó a un alumno que necesitaba ganar algunos pesos y envió a Román a hablar conmigo. El muchacho tenía condiciones. Al principio se limitó a trabajar en las crónicas, y después le pasé algunos relatos inéditos. Román cambió sus finales, escribió nuevos párrafos; los mejoró sustancialmente. En vista de la calidad de su trabajo, pensé que podía escribir mis novelas; al fin de cuentas yo no sería el primero ni el último autor que tuviera a un escritor fantasma tras de sí. Le hablé del asunto, aceptó mi propuesta y escribió dos novelas basadas en argumentos míos. Desde luego no le conté nada a Ritter acerca de esto último.

—Después creció la ambición de Román.

—Debí pensar en eso y no lo hice. Fue al inicio de la tercera novela. Accedí a su deseo y aumenté la cantidad de dinero que le daba por su trabajo. Pero a medida que avanzaba en la novela, multiplicó sus exigencias. Me negué a compartir un porcentaje de mis regalías, y cuando debía entregarme el último capítulo de la novela, decidí chantajearme. Intenté llegar a un acuerdo, pero fue imposible. Recurrí a la ayuda de un amigo y él aceptó hacerse cargo del problema. No sé si llegó a conversar con Román, porque días después ocurrió el asalto que le costó la vida. Tal vez no debería decirlo, pero su muerte me sacó un gran peso de encima. Hablé con mi amigo para saber si él tenía alguna participación en lo sucedido. Me dijo que no y entonces, más tranquilo, escribí el capítulo que faltaba.

—Sin embargo, no contaba con la intervención de Ritter.

—Quisiera no recordarlo —dijo Verón, interrumpiéndome—. No era mi intención quitarle la vida, pero no sabía que Román había hablado con Ritter sobre su participación en mis tres últimas novelas. Lo supe una semana después de la muerte del muchacho. Ritter fue a mi casa. Estaba furioso. Al parecer estimaba al chico y su muerte lo trastornó. Hablamos de mi trayectoria literaria y él me dijo que haría todo lo que estuviera a su alcance para destruir mi nombre. Me dio una semana de plazo para revelar la verdad.

—Ese fue el plazo del que escuchó hablar Torrejón.

—Por ningún motivo podía aceptar la petición de Ritter. Significaba mi ruina y desprestigio. La noche de la cena vencía el plazo de Ritter, y al calor de la discusión pensé en comprar su silencio. Después de la cena tomé un taxi y fui a su departamento para tratar de dar otra salida a su ultimátum. Nadie me vio entrar ni salir del edificio. Ofrecí a Ritter todos los derechos que recibiría por la novela y él no los aceptó. Habló de la literatura como un don que no podía prostituirse y que yo, a quien él siempre había admirado, era un farsante. Leyó el comentario donde elogiaba la novela y el otro, donde denunciaba el fraude. Invoqué nuestros años de amistad y él me dijo que al día siguiente entregaría su artículo a la prensa. Comprendí que nada le haría cambiar de opinión. Estábamos conversando en la terraza. Ritter dijo que el

gran Leandro Verón era una mentira. Me ofusqué. Lo demás, usted ya lo sabe, Heredia.

Bebí el resto de whisky de mi vaso y luego guardé los papeles en la bolsa plástica.

—Cuando Berta Zamudio habló del miedo de Ritter a las terrazas, no le presté atención. Tampoco a los maceteros rotos. Debo reconocer que mi entusiasmo por el caso nunca fue muy grande. Tardé en lucubrar un posible motivo para el crimen.

—Ritter estaba tan alterado que pasó por alto su fobia. Los maceteros se rompieron cuando lo empujé.

—Me costó aceptar que usted fuera el responsable. Durante gran parte de la investigación pensé que todo era producto de las fantasías de Berta Zamudio. Después apunté mis dardos hacia los demás escritores y ninguno me pareció el sospechoso adecuado. ¿Sabe cuándo realmente sospeché de usted? Cuando dijo que guardaba todos los libros. Encontré muchos libros dedicados a usted en una librería de compra y venta. Se ve que sus colegas le tienen aprecio. Al querido escritor, al maestro, al gran novelista, al mejor narrador. Bonitas dedicatorias.

—Le regalo los libros que no me interesan al mayordomo que cuida la oficina donde usted y yo conversamos por primera vez. Román vio algunos y dijo que deseaba quedarse con ellos. Se los di. No pensé que los vendería. De haberlo sabido le habría pedido que les sacara las páginas autografiadas. El mayordomo siempre tenía el cuidado de hacer eso.

—Una vez más se comprueba que no existe el asesinato perfecto. No al menos cuando alguien tiene la voluntad de investigar a fondo.

—¿Conoce «El crimen perfecto», un cuento de Kingsley Tufts?

—La historia de Poy Quon, un niño que simula un accidente para asesinar al matón de su curso. Lo leí hace tiempo. Pero es literatura; la realidad es siempre imperfecta.

—¿Es verdad que la policía viene por mí?

—La policía y el abogado de Berta Zamudio.

—¿No puede hacer algo para ayudarme?

—Mi trabajo terminó. Me voy —dije, poniéndome de pie y tomando la novela supuestamente escrita por Verón, agregué—: Me gustaría tener su dedicatoria.

—¿Aún sabiendo que yo no escribí esa novela?

—Las rarezas literarias me atraen. Y quién sabe, hasta es posible que en unos años más tenga un gran valor comercial.

Verón sonrió y luego de sacar una lapicera de su chaqueta, preguntó:

—¿Qué quiere que ponga en la dedicatoria? Soy un escritor sin imaginación.

—A Heredia, el hombre que pregunta —dije—. Basta con eso y su firma.

—¿Qué debo hacer ahora? —preguntó después de escribir la dedicatoria.

—Beba otra copa y espere. Yo lo invito.

—¿Y después?

—«Considero a la vida como una posada en la que tengo que quedarme hasta que

llegue la diligencia del abismo».

—¡Fernando Pessoa! Admiro su memoria, Heredia.

—Coleccionar citas y bares son mis dos pasatiempos favoritos.

—Lo más probable es que se suspenda la presentación del libro.

—Lo más probable —repetí—. Y a propósito del libro, ¿quién fue el amigo que conversó con Román?

—Pensé que ya había adivinado su nombre.

—¿Quién es? Tengo una sospecha que deseo confirmar.

Antes de salir del restaurante me detuve junto a la caja, y a la muchacha que la atendía le pedí otro whisky para Verón. Pagué la cuenta y me despedí de la cajera.

7

En la cárcel tendrá tiempo para cranear una historia original, pensé mientras salía del restaurante, confundido en una ola de gente que recorría la feria escudriñando en los anaqueles y mesones de los expositores. Al igual que en otras ocasiones anteriores, luego de terminar la investigación experimenté una suerte de vacío interior que solo llenaría con el paso de las horas, unas copas de vino, y sobre todo, cuando el destino pusiera en mi camino otro caso en el cual apostar mis empeños.

Ambición y vanidad, eso era todo. Verón solo había conseguido prolongar por un tiempo su fama y el poeta fantasma jamás saldría del anonimato. Los dos estaban condenados a ser pasto del olvido. Una vez que dejen de ser noticias, sus nombres se van desdibujando y sólo unos pocos, de tarde en tarde, nos acordaríamos que ellos habían querido tocar el cielo con sus palabras.

Rehice mis pasos. Como el gato que mira de lejos la carnicería, busqué un sitio desde el cual observar el restaurante. Verón no se movió de su sitio y solo pareció salir de su perplejidad cuando el mozo le sirvió su nuevo whisky. Vi aparecer a Zelada acompañado por uno de sus hombres. Se acercaron a Verón y luego de unos minutos, como dos celosos guardaespaldas condujeron al escritor hacia la salida de la feria. Frente a un panel, Verón se detuvo a contemplar un afiche que promocionaba su última obra. Arrancó el pliego de papel y luego de romperlo en varios pedazos, lo arrojó al suelo. Zelada recogió los restos del afiche y los botó en un papelerero, a un costado de la salida.

Después dejé de verlos. Deseaba regresar a mi oficina, pero aún debía participar en el último acto de la comedia. Caminé por los pasillos de la feria, compré una

edición remozada de «Maigret y el hombre solitario» de Georges Simenon. Con el libro bajo el brazo fui hasta el salón en el que debía presentarse la novela de Verón. Faltaban dos horas para el inicio del acto. Me acomodé en una butaca y abrí el libro recién adquirido: «Sólo eran las nueve de la mañana, pero ya hacía calor. Maigret se había quitado la chaqueta y estaba ojeando perezosamente el correo».

El salón se llenó de personas a la hora anunciada para la presentación. La mayoría portaba ejemplares de la novela escrita por el poeta fantasma y parecía entusiasmada con la posibilidad de ver y escuchar a Verón. Dos vendedores de la editorial Visual se paseaban nerviosos frente a la puerta de entrada y respondían de mala gana las consultas que le hacían algunos de los lectores.

Más tarde, cuando el público expresaba su impaciencia por la tardanza en el inicio del acto, vi aparecer a Casimiro Poblete. Cabizbajo, miraba de reojo, como temiendo que alguien lo pudiera agredir. Pero no sucedió nada. Poblete llegó hasta la mesa del salón, tomó el micrófono y con voz entrecortada, explicó que Verón estaba indispuesto y por lo tanto la presentación se postergaba hasta una nueva fecha. Desencantados, los lectores abandonaron el salón y Poblete quedó junto a la mesa, solo, con un ejemplar de la falsa novela de Verón entre sus manos.

—Aún no limpia la mancha de su corbata —le dije, acercándome a la mesa—. ¿Le falta dinero para el lavaseco?

—La editorial no soportará este descalabro —dijo, extendiendo sus brazos para indicar el salón desierto y sin prestar atención a mi impertinencia—. Una edición completa se fue a la basura por su culpa. ¿Sabe cuánto cuesta imprimir diez mil ejemplares de un libro?

—Solo hice mi trabajo.

—Vengo de hablar con Verón. Tuve que recurrir a la ayuda del abogado de la editorial.

—Entonces sabe que tendrá un escritor cautivo por mucho tiempo.

—Su ironía no me hace daño, Heredia.

—¿Hablaron del amigo que le ayudó a eliminar a Román?

—¿A qué se refiere?

—Verón me dio su nombre.

—¿Me está acusando?

—Sus presiones y demandas empujaron a Verón al crimen.

—No es el primer autor que tiene un escritor fantasma tras de sí. Hemos ganado mucho dinero escribiendo las memorias de prostitutas famosas, figuritas de la televisión y deportistas —dijo Poblete. Se notaba abatido y nervioso, y seguramente deseaba estar en otra parte, lejos del salón y la feria—. Cuando me habló de Román lo alenté a usar su colaboración. Esa es toda mi culpa en el asunto. Nunca vi al escritor fantasma ni imaginé que Verón fuera capaz de asesinar a Ritter ni a nadie.

—La mentira le brota por los poros, Poblete. Supo desde un principio quién era Román y luego, cuando Verón pidió ayuda, usted contrató a los matones que

asesinaron al muchacho.

—Usted está loco, Heredia. ¿Quién va a creer en su palabra?

—Será mi palabra y la de Verón contra la suya. Es cosa de esperar unos días. Verón volverá a mencionar al amigo que le ayudó a eliminar a Román. Esta vez su ambición rompió el saco, Poblete.

—La editorial no es una sociedad de beneficencia. Si los libros no venden pierdo mi trabajo. Era necesario que los libros de Verón siguieran publicándose.

—Me gustará verlo tras las rejas, Poblete.

—¡No esté tan seguro que eso ocurra!

—Le salió el tiro por la culata. No todas las semanas se puede tener un éxito de ventas en las librerías —dije y empecé a caminar hacia la salida del salón—. Saque sus cosas de la editorial y hágase la idea de acompañar a Verón.

Los pasillos de la feria seguían repletos de gente. Por los altavoces se anunciaban los nombres de los escritores que se encontraban firmando sus libros. Parecía un lindo espectáculo, pero algo en mi interior me decía que tras el entusiasmo de los vendedores y de las sonrisas de los autores había algo falso, un juego de apariencias, como las bocas sonrientes de los payasos de un circo pobre. Sentí deseos de correr a mi oficina o hacia algún bar del barrio. Pero no lo hice. Me dejé llevar por la gente hasta que escuché pronunciar mi nombre. Miré a mi lado y vi los ojos tristes de Carmen Trigo.

—¿Qué pasa? —preguntó. Vestía la minifalda de nuestra primera cita—. Pareces borracho.

—El olor de los libros me hace llorar a gritos —respondí, parafraseando un verso de Neruda—. Hoy he bebido menos que un sacristán.

—Vengo atrasada a la presentación de Verón. ¿Quieres acompañarme?

—Se suspendió y dudo que la vuelvan a programar. Es una larga historia. Si me acompañas al departamento, tal vez te cuente todos sus detalles.

—¿Por qué tal vez?

—Necesitaré algún incentivo. Un beso. Dos. Tres. ¿Te interesa?

—¿Estás seguro que se suspendió la presentación?

—¿Desconfías de Heredia? Oirás una buena historia. Te lo aseguro.

Carmen me besó los labios. Retuve su boca junto a la mía y durante algunos segundos nos olvidamos de la gente que pasaba junto a nosotros.

—Por oír un buen chisme soy capaz de cualquier sacrificio —dijo, sonriendo.

La tomé de la cintura y la hice caminar hacia la salida de la feria.

—¿Has oído decir que la curiosidad mató al gato?

Berta Zamudio estaba frente al escritorio de Razetti. Junto a ella, sentados como dos disciplinados estudiantes, Campbell y yo la escuchábamos reiterar sus aprehensiones sobre la muerte de Ritter. Razetti me había citado a su oficina y sólo su promesa de pagar los honorarios adeudados me dieron fuerzas para abandonar a Carmen Trigo. Habíamos pasado la noche en mi departamento y pese a que conté la historia de Verón con pelos y señales, por la mañana seguía manifestando sus dudas, insistiendo en escuchar una vez más los pormenores de la muerte de Ritter y del poeta fantasma. Al final, la dejé desayunando en compañía de Simenon y de un diario que, sin entrar en los detalles, daba cuenta de la fallida presentación del libro de Verón.

—Escuché voces esa noche —agregó la mujer—. Pero necesitaba comprobar la presencia de alguien extraño en el departamento. De lo contrario, la policía habría dicho que se trataba de los delirios de una vieja descocada. Y cierto que estoy vieja, pero aún conservo mi lucidez. Por eso recurrí a los consejos del señor Razetti y él acertó al contratarlo a usted. Le agradezco su trabajo, Heredia.

—En algún momento creí que usted era la responsable. Usted, con sus celos y sospechas —dije, recordando las palabras de Patricia Nogueras.

—¿Qué sentido tiene hablar de eso? —preguntó la mujer—. Si me equivoqué con Francisco ya no tiene remedio.

—Usted creía que la responsable era la escritora Nogueras.

—Eso a usted no le debe importar —dijo Berta Zamudio—. Razetti tiene el dinero que se le adeuda por sus servicios. No necesita escarbar en asuntos que no son de su incumbencia. Bien o mal, todo lo que hice fue por amor a Francisco.

Guardé silencio y no volví a hablar hasta que la mujer abandonó la oficina de Razetti.

—Esa mujer arruinó la vida de Ritter —dije.

—Olvídalo. Ya hiciste tu trabajo, Heredia —dijo Razetti.

—Hablé con Belarmino Zelada —intervino Campbell. Anoche atrapó a uno de los asesinos de Román.

—¿Y Verón? —pregunté.

—Dijo todo lo que se esperaba. Él y Poblete pasarán varios años en la cárcel.

—Llegó el momento del pago —dijo Razetti, sacando un par de cheques desde su escritorio.

—Siempre es bueno recibir algunos pesos —dijo el periodista.

—Tendré con qué parar la olla durante unos días —comenté.

—Los invitaría a beber unas copas, pero tengo trabajo pendiente —agregó Razetti—. Quedará para otra oportunidad.

—El abogado nos está echando de su oficina —dije a Campbell.

Me despedí de Alfredo Razetti y salí de la oficina tras los pasos de Campbell. En la antesala se encontraba la secretaria y cuatro personas más.

—Siempre es próspero el negocio de las leyes —comentó Campbell.

—Sobre todo cuando sabes manipularlas.

—Escribiré un artículo sobre la muerte de Ritter —dijo el periodista cuando abordábamos el ascensor que nos conduciría hasta la calle.

—Acompáñalo con este texto —le dije, entregándole una copia del artículo que pensaba publicar Ritter antes de su muerte—. El crítico deseaba verlo impreso.

—Quedo en deuda contigo, Heredia.

—Nada que no puedas pagar con una botella de tinto.

—Tú dices dónde y yo sigo tus pasos, Heredia.

—San Diego tiene muchos bares donde recalar. Podemos empezar en «El Sena». Y después, que el azar guíe nuestros pasos. Necesito olvidar el asunto de Ritter y su asesinato.

9

Dos días después de la conversación con Berta Zamudio recibí la llamada de Patricia Nogueras. Los rumores distorsionaban los hechos en el medio literario y entre los asistentes a la cena que guió mis andanzas por las vidas de unos escritores afanados en dominar el secreto de las palabras. Le dije lo que sabía y omití todas las dudas que me acompañaron durante la investigación.

—Le parecerá extraño, pero saber que Ritter no se suicidó es un consuelo —dijo—. Ahora sé que no se mató por miedo ni arrepentimiento, que estaba dispuesto a vivir conmigo. Tenía mis dudas, tanto por la decisión de Ritter, como de lo que podría hacer esa mujer para impedirlo.

—¿Por eso quiso hacerme creer que Berta Zamudio lo había asesinado?

—No fue intencional, Heredia. Era lo que deseaba que hubiera ocurrido. Disculpe sin con ello entorpecí su trabajo.

—No fue la única que me hizo dar pasos en falso —le dije antes de despedirnos.

Era verdad. Cabanes, Golconda, Patricia Nogueras y Berta Zamudio habían contribuido a mi confusión.

Todos, de un modo u otro, me orientaron también hacia el camino correcto. Incluso el chismoso de Torrejón, al recordar la discusión entre Ritter y Verón. Pensé en ir a la «Confitería Torres» para agradecerle sus chismes.

Pero esa visita tendría que esperar. Antes, debía llevar parte de mis honorarios a Javier, como contribución al libro del poeta fantasma. No, no podía olvidar a Ritter,

porque cada vez que pensaba en Carmen Trigo, asociaba su nombre al del crítico, a su muerte, que nos había unido sin más justificación que la soledad.

Carmen había llamado a la oficina para contarme que su novela estaba en manos del nuevo gerente de la editorial, y que por la tarde participaría en un foro de la feria del libro. Le dije que pese a mi aversión a las charlas, iría a escucharla, y ella prometió una cena para dos en su departamento, después del foro.

El foro tenía una nutrida asistencia de público. Carmen compartía la mesa de los expositores con tres mujeres y un hombre que oficiaba de presentador. Me senté lejos de la mesa y desde allí escuché su exposición. Rodeada de gente, hablando de sus libros, Carmen Trigo era diferente a la mujer que había conocido en su departamento. Seguí con atención sus palabras y cuando terminó de hablar sumé mis aplausos a los del resto de la sala. Después tocó el turno a una mujer particularmente fea, que ocupó cinco minutos en explicar el significado de lo que se proponía decir. La escuché un instante y cuando empezó a hablar de ginofuerzas que se contraponían al despotismo, y del texto como pretexto para impulsar el dinamismo narrativo, cerré los ojos y busqué en mis recuerdos una mañana junto al mar, solo, lejos del mundo y sus miserias.

Desperté con otra oleada de aplausos. Las panelistas se pusieron de pie y comenzaron a abandonar la sala. Esperé a que Carmen atendiera a tres mujeres que se acercaron a pedirle un autógrafo y luego caminé a su encuentro.

—Me alegra verte —dijo cuando estuve a su lado.

—Prometí que vendría.

—Heredia cumple sus promesas —dijo, mirando hacia un rincón de la sala, donde se encontraban un hombre y dos mujeres.

—Me gustó tu exposición.

—Gracias, pero no es necesario que mientas.

—¿Ahora podemos ir a tu departamento? Me debes una cena íntima.

—Lo siento, tendremos que dejar nuestro plan para otra noche.

—¿Por qué?

—Unos editores españoles quieren conversar acerca de la publicación de mis libros en Barcelona. Me invitaron a cenar esta noche, porque mañana regresan a su país. Es una oportunidad que no puedo desaprovechar. ¿Te molestaría cambiar la cita para otra ocasión?

—Me había hecho la ilusión de estar contigo.

—Acompáñame. No creo que a ellos les moleste tu presencia.

—No tendría nada que decir.

—Escuchas. Bebes una copa. Me haces compañía.

—Ya tuve bastantes problemas con una comida de escritores.

—Entonces no te veré en varios días. Recuerda que mañana viajo a un encuentro en Córdoba.

—Es difícil que las cosas sean de otro modo. Tu mundo y el mío se tocaron por

casualidad. Como dice Serrat en una de sus canciones: «*No quiero ir por tu vida de visita, vestido para la ocasión*».

—No lo tomes a mal, Heredia. Lo nuestro no se resuelve esta noche.

—Dijiste que no debía hablar de amor. Cuando tengas deseo de verme, ya sabes dónde vivo.

Carmen se acercó a mi lado y me besó.

—No hagas esperar a los editores —le dije y miré hacia donde se encontraban el hombre y las dos mujeres.

Era de noche cuando abandoné la Estación Mapocho. El cielo lucía despejado y era posible ver algunas estrellas solitarias. Encendí un cigarrillo y comencé a caminar de regreso a mi departamento. Por la calle pasaron unos buses, y a lo lejos, entre múltiples luces de neón, reconocí las sombras del Parque Forestal. Tenía toda la noche por delante y nadie con quien compartirla. Me detuve frente a un bar y miré hacia su interior con la esperanza de ver un rostro amigo. No era mi noche de fortuna. Deseché la idea de entrar al bar y seguí la ruta hacia mi hogar.

Llegué a la oficina y me senté junto al escritorio. Simenon entró en la habitación y se acomodó sobre mis piernas. Puse la cuarta sinfonía de Mahler, giré el sillón y quedé frente a la ventana.

—¿Por qué llegaste tan temprano? ¿No tenías una cita? Pensé que esta noche no asomarías tu nariz por el departamento.

—Estaba cansado y con ganas de ver a mi gato regalón.

—Tal vez un perro pueda creer esa babosada. A mí no me puedes mentir, Heredia. ¿Qué pasa? ¿La escritora cambió de tintas?

—Nada en especial, Simenon. Estoy cansado de hurgar en las vidas ajenas y no encontrar a nadie que se interese por la mía.

—¿Desde cuándo te preocupa la soledad?

Giré una vez más el sillón y saqué del escritorio la botella de pisco reservada para las emergencias. Tomé los artículos de Ritter que estaban sobre el escritorio, los rompí en varios pedazos y los arrojé al canasto de la basura.

Bebí un sorbo de licor, cerré los ojos y durante unos minutos concentré toda mi atención en la música de Mahler.

—Dime, Simenon, cuando pasen los años y nos hagamos más viejos, ¿crees que alguien se acordará de nosotros?

San Miguel, 15 de julio de 2000 al 1 de septiembre de 2002.



RAMÓN DÍAZ ETEROVIC, (Punta Arenas, Magallanes, Chile, 1956). Ha publicado los libros de poemas *El poeta derribado* y *Pasajero de la ausencia*; los libros de cuentos *Cualquier día*, *Obsesión de Año Nuevo*, *Atrás sin golpe* y *Ese viejo cuento de amar*; y las novelas *La ciudad está triste*, *Nadie sabe más que los muertos*, *Ángeles y solitarios*, *Correr tras el viento*, *Nunca enamores a un forastero*, *Los siete hijos de Simenon*, *El ojo del alma* y *El hombre que pregunta*. Es autor de la novela infantil *R y M investigadores* y de la antología *Crímenes Criollos. Cuentos policiales chilenos*. También es coautor de las antologías *Contando el cuento*; *Andar con cuentos, joven narrativa chilena*; y *Cuentos en dictadura*.

Desde 1982 y hasta 1995 editó la revista literaria *La Gota Pura*. En la actualidad es colaborador habitual de las revistas *La Calabaza del Diablo*, *Punto Final* y *Libros & Lectores*.

Su obra ha sido reconocida en numerosos premios literarios, tales como el Premio del Consejo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura a la mejor novela del año 1995 y el Premio Municipal de Santiago, en los años 1982, 1994, 1996 y 2002. Fue finalista del Premio Casa de las Américas, Premio Dashiell Hammett, de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos, y del Premio Planeta Argentina de Novela. El año 2000 obtuvo el Premio Las Dos Orillas, del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón.

Algunas de sus novelas y relatos han sido traducidos al croata, portugués, francés, griego, holandés, alemán e italiano; y sus cuentos están incluidos en más de treinta

antologías publicadas en Chile, España, México. Bulgaria. Colombia, Puerto Rico, Italia. Croacia, Portugal, Alemania, Argentina. Ecuador y Estados Unidos.